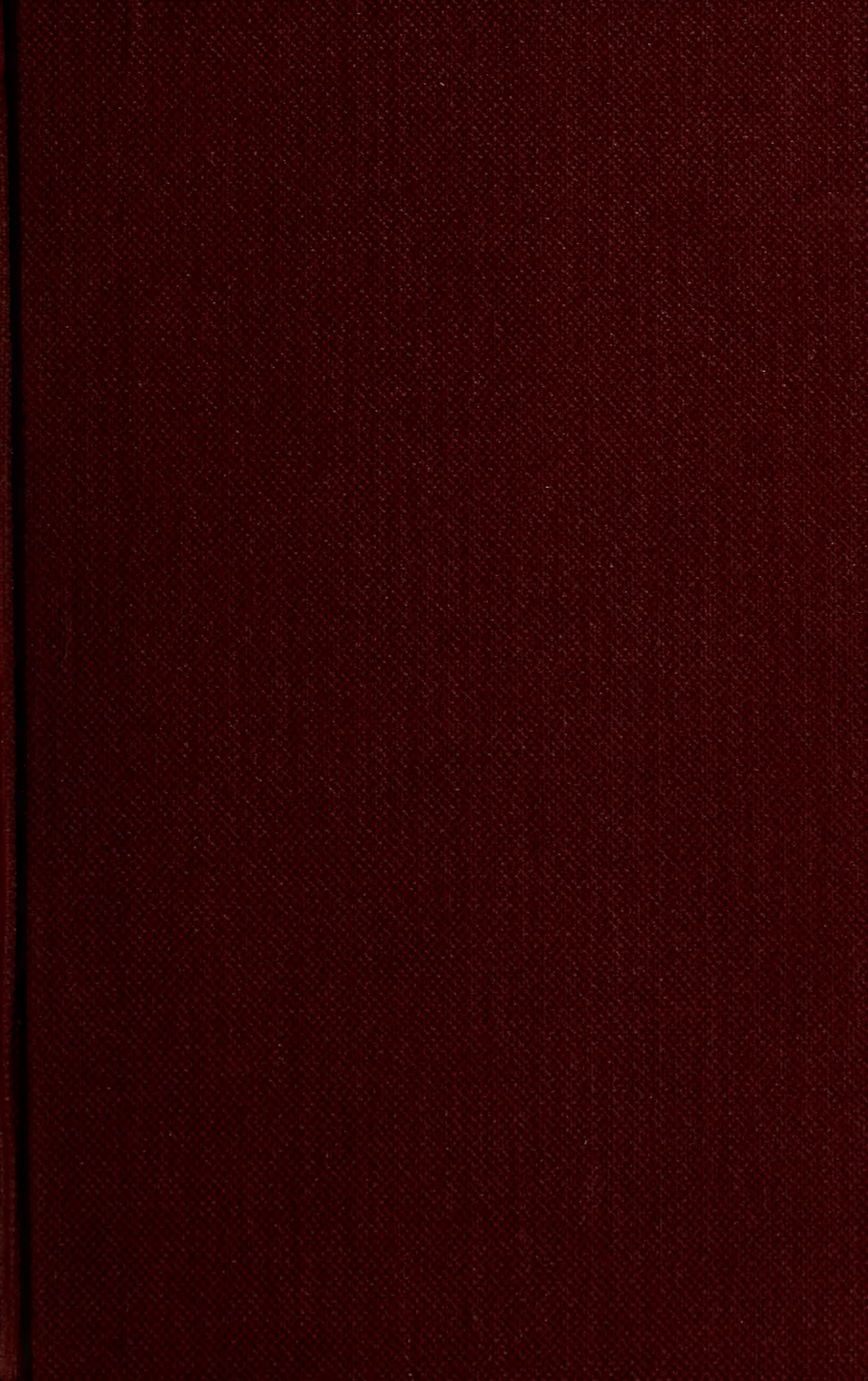
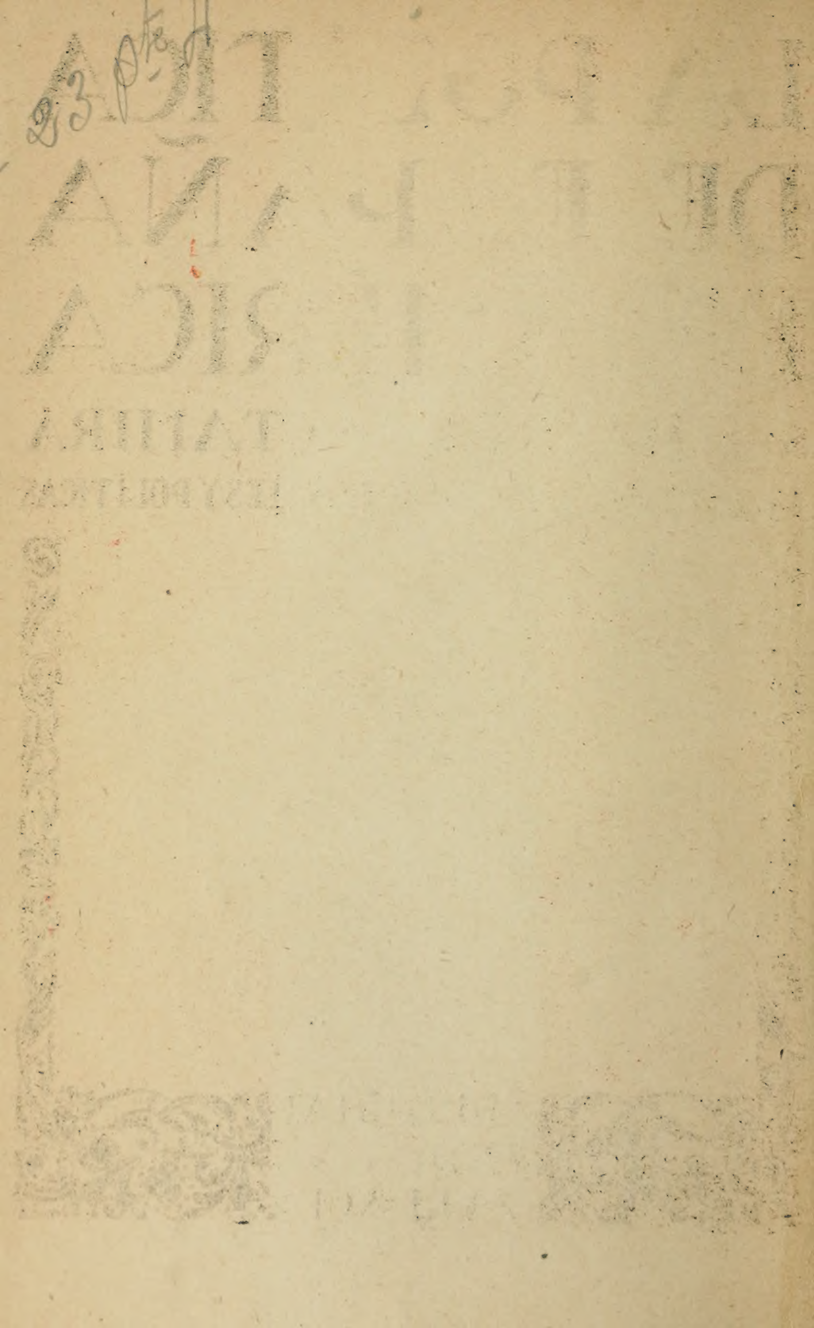
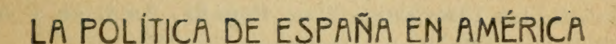



LA POLÍTICA
DE ESPAÑA
EN AMÉRICA
POR RAFAEL ALTAMIRA
DE LA R. ACADEMIA DE Cs MORALES Y POLÍTICAS
EDITORIAL
EDETA
VALENCIA
S. Simón





LA POLÍTICA DE ESPAÑA EN AMÉRICA

OBRAS AMERICANISTAS DEL AUTOR

Cuestiones Hispano-Americanas.—Un volumen.

España en América.- Un volumen.

Mi Viaje a América.—Un volumen.

Cuestiones de Historia Política y Social Americana.—Cuaderno primero.

Cuestiones Internacionales: España, América y los Estados Unidos.—Conferencia.

España y el Programa Americanista.—Un volumen.

Medios de difusión del Libro Español en América.—Conferencia.

El Punto de vista Americano en la Sociedad de las Naciones.—Conferencia.

La Huella de España en América.—Un volumen. (En prensa).

Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América.—Tomo I. (En vías de imprimirse).

Revista de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispanoamericanas.—1895 - 1898.

A D. Juan C. Cebrián

Gran patriota español, de los que conocen, sienten y practican nuestro americanismo.

LA POLÍTICA DE ESPAÑA EN AMÉRICA

POR

Rafael Altamira y Crevea

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL
ACADÉMICO DE LA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

VALENCIA - 1921
EDITORIAL EDETA
BAJADA S. FRANCISCO, 7

Imp. y Lit. de José Ortega, Ruzafa, 45, Valencia

PRÓLOGO

A comienzos del año 1920, que acaba de extinguirse, publiqué en el diario madrileño *El Fígaro* un breve artículo del que es ahora pertinente reproducir algún párrafo.

«Todo el que conoce un poco no más de lo que pasa en la América del Sur,—decía yo—sabe que allí la gran competidora de España, la única verdaderamente formidable, es Italia. Lo es por el número de sus emigrantes; por las condiciones de trabajo que éstos poseen, iguales, por lo menos, a las de los españoles; por la atención que sus Gobiernos les dedican; por la organización de su movimiento emigratorio; por el gran patriotismo que les anima siempre, y que hizo posible el famoso cambio de orientación doctrinal en Ferri.

»Pues bien; esa colonia, o, si se quiere, los países en que ella vive y desarrolla sus actividades, van a ser visitados, en el año actual, por el Rey de Italia. Así nos lo comunica un despacho telegráfico de Buenos Aires, fechado el día 5.

»Juntamente con esa noticia (que es oficial), los diarios porteños nos dicen que desde 1.° de octubre de 1919 hasta la fecha ha exportado la

Argentina, para Italia, en 42 vapores, 129.467 toneladas de trigo, 24.000 de maíz y 11.448 de carnes congeladas; los de Santiago de Chile nos informan que en 21 de Diciembre último llegó a la capital referida el comandante italiano Benedetto Accorsi, encargado por su país de estudiar la situación comercial de la República chilena, a fin de dar impulso al intercambio mercantil con Italia; y, por último, un despacho de la Habana nos participa que, según declaraciones del presidente de la Cámara de Comercio italiana en aquella ciudad, muchos compatriotas suyos están dispuestos a emigrar a Cuba».

Y después de dar estas noticias, terminaba el artículo con la siguiente pregunta:

—«¿Qué hay del proyectado viaje de nuestro Rey a la América del Sur?»

La respuesta ha tardado un año casi en llegar, pero ya creo que podemos estimarla como afirmativa. El Rey irá a nuestra América, si hemos de creer los varios testimonios que dan por cierto ese hecho para un plazo breve. Y en cuanto a la importancia de él, no es mala prueba la atención que, con solo haberlo anunciado, le dedican gentes de otros países. Sirva de ejemplo el recientísimo artículo de Mr. Droen publicado en el diario de Nueva York, *The Globe.*

Yo bien sé las dificultades que ofrece ese viaje por la delicada cuestión que plantea el natural deseo que todos los países hispano-americanos han de tener, de que los visite la más alta representa-

ción oficial de España, y por el tiempo que la realización de todas esas visitas supone; pero como estoy convencido de la conveniencia del viaje, y aún más que de su conveniencia, de su necesidad, y me resisto a la idea de que no lo comprendan así nuestros políticos, creo que habrá el suficiente patriotismo para allanar las dificultades de ese orden que puedan preverse aquí, en atención a los inmensos intereses nacionales que tenemos en juego allá. Las declaraciones hechas por el Presidente de nuestro Senado en su Mensaje de saludo al Rey en el día de San Ildefonso y la respuesta del Monarca, son buenos indicios de ello.

Pensando, pues, en que ese viaje será un hecho próximo, publico este libro, el sexto de los que he dedicado a cuestiones americanistas. Sin inmodestia alguna (que no padezco), y también sin la falsa modestia que renuncia a decir las cosas como se sienten, aspiro a contribuir con esta publicación al conseguimiento de los fines implícitos en la regia visita. Porque es indudable que, independientemente de la gran importancia personal que en sí misma tiene, sus resultados prácticos y concretos han de depender del programa que el Gobierno español (el que exista cuando el hecho se cumpla) se proponga seriamente realizar, y de la asistencia de una opinión pública bien orientada en ese respecto. Ningún Gobierno puede dejar de responder al esfuerzo personal y a los deseos del Monarca, con un plan de actos efectivos de política americanista, y ningún Gobierno puede llegar a la efica-

cia del plan sin el concurso de la referida orientación pública.

A esa orientación creo que puede contribuir el presente libro como sus anteriores. Con él quiero demostrar dos cosas e informar de muchas.

Lo primero que aspiro a demostrar (una vez más, ciertamente, por ser el tema relativamente viejo) es que, siendo notablemente favorables las condiciones en que podemos desarrollar una política americana, en el más amplio y elevado concepto de la palabra, estamos muy lejos de haber realizado todavía ni la vigésima parte de nuestras posibilidades, y que ese retraso nuestro cada día se halla más amenazado por la competencia extranjera y por el desengaño que, aun en los mejor dispuestos, ha de causar, más pronto o más tarde, nuestra inacción.

Juntamente, presento testimonios de que esa política se puede aplicar con solo que se produzca la voluntad resuelta de aplicarla, porque tiene programa.

Ya sé que quienes blasonan de hombres prácticos—políticos y no políticos—, suelen decir que nuestro americanismo, el que se ha predicado hasta ahora, es todo él retórico y vacío de substancia. Si a esto pudieran añadir que ellos han «realizado» un americanismo positivo, tal vez su reproche tuviera un fondo de razón. Pero el hecho es que quienes pueden «practicar» americanismo (ministros, jefes de partido, banqueros, capitalistas, comerciantes, navieros, libreros, editores, etc.),

salvo poquísimas y muy recontadas excepciones, *no han hecho nada,* y la diferencia entre la retórica y la vida práctica no está en el modo de hablar, sino en la que media entre *proponer* y *hacer*.

En cambio, puede afirmarse que todo lo que debe hacerse está (como más de una vez he dicho) perfectamente determinado y concretado por los que se pueden justamente llamar en España (y en nuestras colonias de emigrantes) «americanistas»; pero como ninguno de ellos ha sido ni es jefe de partido, ministro, banquero, capitalista, comerciante, ni siquiera editor, no se les puede pedir que conviertan en hecho lo que en ese sentido está fuera de sus alcances. Bastante es que prediquen a los otros y les ofrezcan materia gacetable y operable, estudiada y contrastada con el conocimiento real de las cosas. No son ellos los retóricos, sino quienes, llamándose «prácticos», no pasan de decir que «hay que hacer», estando en su mano el «llegar a hacer».

Y las circunstancias no pueden ser más propicias al éxito de quien se decida a realizar ese programa, en el que hay labor para todos, políticos y no políticos. En los capítulos que siguen se hace inventario de hechos recientes que indican la buena disposición de hombres y cosas para que España, de acuerdo y en perfecta concordia con los pueblos americanos, singularmente sus afines, dé satisfacción a los anhelos comunes y a los privativos y cumplimiento a sus deberes en aquel mundo, a cuyo nacimiento como factor de la

civilización moderna contribuyó en tan gran medida.

Mas para eso es preciso *sentir* vivamente el interés americanista; ejecutar rápidamente todo lo que está en nuestra mano; procurar todo lo que los demás pueden ofrecernos, y no dificultar el camino con incomprensiones y retrasos como los que últimamente, y con relación al proyectado Congreso de Juventudes Hispanoamericanas, han causado tan pésimo efecto en América, o como los que a diario se cometen con los estudiantes hispanoamericanos que solicitan continuar sus estudios en España. Y no cito más hechos por no complicar las cosas que deseo llevar camino de la armonía, de la acción eficaz y de la rectificación de atonías e indiferencias pasadas.

A la opinión pública—que es decir la de todos, los altos y los bajos,—entrego pues mi libro, con la sincera ilusión de que, como su precedente, ESPAÑA Y EL PROGRAMA AMERICANISTA, encierra algo útil para la obra que algunos predicamos y nadie (aun quienes no la ayudan con sus hechos) se atreve a calificar de inconveniente o baldía. Continúo así cumpliendo un deber patriótico, en cuyo juicio de residencia futuro tengo la tranquilidad de que no habrá contra mí ningún cargo, ni de dicho ni de hecho, porque no los he escatimado en ninguna ocasión propicia, a favor de nuestra política americana.

Enero, 1921.

PARTE PRIMERA

LAS BASES Y EL CAMINO DE NUESTRAS RELACIONES CON AMÉRICA

I

Las bases de nuestra situación en América

Aunque la mayoría de las cosas que he de decir bajo este primer epígrafe son muy conocidas de quienes han estudiado algo los asuntos de América, creo conveniente mencionarlas ahora: de una parte, porque constituyen bases y puntos de partida insustituíbles para los razonamientos que vendrán después; de otra, porque habrá lectores para quienes sean novedad, por lo menos en la forma sistemática que aquí he de darles.

En tres factores reposa nuestra situación actual en América. De ellos procede también su fuerza como hecho histórico, que nos permite desarrollar una acción determinada.

Es uno de ellos nuestra propia historia, esa historia tan discutida y tan de buena fe repudiada por los espíritus que quieren ser modernos, como si todo lo que de ella se dice fuese ciertísimo y como si en la parte que lo es no hubiese más que cosas totalmente contrarias a nuestras doctrinas actuales y a la corriente central de la verdadera civilización. Tal como fué nuestra historia de América, y aun mezclada con mil leyendas calumniosas y visiones erróneas, ha dejado en el alma de los pueblos nuevos un estrato amplio y profun-

do, que es en ellos como las rocas primitivas en el sistema geológico terrestre. No profeticemos en cuanto a su perduración; pero, hoy por hoy, es un hecho en virtud del cual es exacto decir «América española», y no lo es decir «América latina». Aceptando la acepción restringida que de *Hispania* han ido dando desde hace pocos siglos las vicisitudes de la historia política, podría decirse «América ibérica», para comprender el Brasil; pero también es exacto, con Brasil y todo, decir *española*, sin la menor intención absorbente, con sólo el respeto a la gran unidad substancial que, por encima de todas las divergencias que el pasado—¡y el presente también, por desgracia!—puso entre ellas, cobija a España y Portugal.

El segundo factor lo constituyen nuestros emigrantes, que son refuerzo continuo de hispanismo remachador de la historia, incluso cuando y donde menos se les estima y considera. Como tantas otras cosas de la vida, actúan a pesar de las voluntades contrarias y, a veces (durante muchos años así ha sido), con inconsciencia de su poder y su significación.

Historia y emigrantes son idioma que expresa y difunde mentalidad, orientación fundamental de vida, rasgos profundos de psicología popular que siguen presentes, acreciendo, o por lo menos conservando, los grandes acumuladores de energía que representan y que no son pasivos nunca.

El tercer factor es una consecuencia de los dos anteriores, y consiste en el hispanismo de la gran mayoría de las gentes que hablan español. Ese hispanismo, de que aún está (y quizá en ciertos sectores lo estará siempre) empapado su espíritu, es elemento esencial de su vida aun en los casos en que reflexivamente quisieran librarse de él, como

en algunos puntos (o en ciertas esferas o grupos más o menos numerosos de algunos pueblos) ocurre. Aunque lo negasen, continuaría siendo un hecho cuya desaparición, de intentarse y no ser contrarrestada, exigiría mucho tiempo y esfuerzos gigantescos.

Pero como no es imposible esa desaparición si esas intenciones se produjeran, o si nuevos factores étnicos viniesen a soterrar y anular los troncales, tiene más interés para nosotros el hispanismo consciente y simpático que existe también en todos los países de América a la hora presente. Ya sé que alguien lo niega, pintándonos aquellos pueblos (aunque probablemente sin conocimiento directo más que de una parte social de algunos) como resueltamente hostiles a España o despreciadores de lo que de ella procede: verdaderos despañolizados, desenraizados de su tronco europeo civilizador. Pero contra todas las negaciones están los hechos, que por ser múltiples y de variados orígenes constituyen testigos de mayor excepción (1).

Ese hispanismo consciente de los americanos a que ahora me refiero, tiene dos manifestaciones: una, que diríamos sentimental, de los que siguen mirando a España (o la han vuelto a mirar tras desprenderse de pasajeros prejuicios) como la madre de ayer, la hermana mayor de hoy y, en todo caso, como el pueblo de Europa de quien más ha recibido su espíritu y con quien más hondamente están ligados y se estiman más afines. Esos nos quieren, incluso por conveniencia propia (aparte reconocerse como nuestros hermanos), más ganosos de ser europeos, *aunque sean españoles*, que de buscar su entronque en romanticismos indígenas,

(1) Aparte los que se consignan en este capítulo, véase los que menciono en el de *Hispanismo y antihispanismo*.

que suelen pagarse caros cuando se les alimenta con exceso. La otra manifestación es intelectual y, dando a la palabra su más alto y noble sentido, podríamos decir que *política*. Es la de aquellos hombres clarividentes y entusiastas que vieron o ven la unidad y la substantividad de la civilización *latina* que España y Portugal llevaron a América, la estiman grande, predican la necesidad de afirmarla y defenderla manteniendo su pureza substancial (que no contradice, ni el aprovechamiento de otros aportes, ni la fraternidad de relaciones más amplias), y al prevenir en este sentido a sus compatriotas, hacen labor de hispanismo a la vez que labor nacional, y sientan los cimientos de un «alma americana» que aleteará algún día sobre todos los pueblos del mismo origen, por encima de sus especializaciones nacionales.

Las expresiones de ambos hispanismos—matizados, claro es, por infinidad de variantes, que responden a una amplitud mayor o menor de programa—son ya numerosísimas. A ellas van ligados nombres prestigiosos, tras de cada uno de los cuales hay una obra y una posición original, concurrentes al mismo fin: Rodó, Joaquín V. González, Ugarte, Rojas, Mesa, Gálvez, Reyes, Esquivel...

No pocos de los discursos pronunciados en América con motivo de las últimas celebraciones del 12 de Octubre, pertenecen a esta misma literatura, y en ella significan algo más que retórica y cortesía diplomática.

En anteriores trabajos he citado y comentado algunas de esas fuentes (1). De un modo especial he llamado la atención, hace poco, sobre dos de esas manifestaciones: una, que se refiere a la esti-

(1) *Cuestiones hispanoamericanas* (1900); *España en América* (1909); *Mi viaje a América* (1910); *España y el programa americanista* (1917).

mación del tipo noble de nuestros conquistadores (Alvarado), que convendría estudiasen los que aún dicen que nuestra conquista en América fué toda a sangre y fuego, hija de la codicia y de la barbarie dominadora (1); otra, que corresponde a la concepción del «alma americana» de tronco hispánico (2). No he de repetir lo ya dicho; pero conviene a mi propósito añadir aqui otra manifestación de un escritor hispanoamericano que, a mayor abundamiento, bien dice en su apellido que no procede de sangre española. Me refiero a la conferencia dada recientemente en el Ateneo Hispanoamericano de Montevideo por D. Clemente Onelli (3).

El tema fué la presentación de un cráneo español del siglo XVI, hallado en la finca que posee D. Aarón de Anchorena, en la Colonia. Vale la pena trasladar integramente algunos párrafos del conferenciante:

«Traigo aquí este cráneo—dijo—para consagrarlo al culto de la nuestra y de las generaciones futuras, pues revolver así las cenizas es cosa aconsejable y muy digna. He aquí, pues, la reliquia venerable, que detengo en mi poder hasta esta noche para que ustedes la consagren con su alta autoridad; he resuelto depositarla después en el Museo Histórico de Luján, de reciente creación, instalado en las viejas aulas del Cabildo Colonial.

»Es una reliquia que dice todos los trajines dolorosos de la raza castellana, genial, atrevida, apasionada y valiente; reliquia preciosa y que

(1) V. el juicio del escritor chileno Vicuña Makenna acerca de Alvarado (*Psicología del pueblo español*, 2.ª edición, páginas 113-114).

(2) *El alma de América*, por D. F. G. de Mesa, y un comentario mío. (En *La Lectura*, año de 1917).

(3) Publicada en la *Revista* del citado Ateneo, año I, núm. 2 (Junio y Julio de 1918).

debería estar sobre los altares de la patria como objeto de veneración y de gratitud para los pueblos civiles que más tarde surgieron a la orilla del Plata; quizá, y sin quizá, es el único despojo mortal que se conozca de los primeros conquistadores en este lado oriental de América. Este cráneo es de un español que en el año 1552 navegó por las aguas de este mar dulce del Plata, y, junto a otros cien españoles, se encastilló en un pobre reducto de piedra y ladrillo, levantado por ellos mismos para resistir a los embates y a las asechanzas de los feroces e implacables charrúas.

»Era, probablemente, un simple soldado—agregó el Sr. Onelli—; por tanto, su cráneo representa mejor el esfuerzo común de la nación española; así, hombre de tropa, guerrero de fila o arcabucero en la tronera de su miserable choza, caracteriza la democracia de siglos posteriores mejor que los directores de la conquista, llenos de ambiciones y rivalidades mal disimuladas» (1).

Refiriéndose, no sólo a ese soldado, sino también a los hombres de quienes proceden otros restos óseos encontrados en el mismo punto, concluye el Sr. Onelli con estas consideraciones:

«¿Quiénes eran ellos? ¿Cómo se llamaba el dueño de este cráneo? No es difícil la contestación: eran abnegados y valientes entre los valientes conquistadores, porque fueron escogidos para la atrevida expedición; quizá sean de los más veteranos de la tierra, residuos de la expedición de Gaboto, y por eso enviados a ese punto como ya prácticos, desde entonces, de la isla San Gabriel y de los ríos Salvador y San Juan; quizá por eso conocieron la bondad y la belleza de la legendaria Lucía Miran-

(1) No todos. Ejemplo, el mismo Alvarado.

da, tan casta como la Virginia Romana; quizá fueron prácticos adoradores de la Maldonada, que yo quisiera denominar la Biendonada, pues fué la primera cuartelera guapa que acompañó a las tropas de la conquista. Pero fueron seguramente los primeros conquistadores que vinieron a estas playas del Plata a explotar las verdaderas riquezas de la tierra: su fertilidad. Son los precursores infortunados de la agricultura; si no tuvieron resultados por las asechanzas del salvaje, indicaron, sin embargo, el filón de explotación más segura, más noble y más necesaria para el hombre.

»Fueron los primeros chacareros del Plata, los que al fin descansaron tranquilos bajo las glebas fértiles de San Juan, donde debido a ellos se levanta ahora un alegre y señorial castillo.

»Es por eso que D. Aarón de Anchorena en todas las primaveras hace celebrar una misa de campaña sobre esas ruinas, llenas de recuerdos y llenas de gloria».

¿Podría decir algo más caluroso y entusiasta el español más patriota? ¿No es eso de un hispanismo admirable y sólido a prueba de leyendas y de pasiones chauvinistas?

Por último, es también derivación de la historia — de *nuestra* historia — otro hispanismo que arrastra aun a los menos susceptibles de sentir los demás: el que deriva de tener en nuestra mano, en nuestro suelo peninsular, la llave de una parte considerable de la historia hispanoamericana. El Archivo de Indias—lo he dicho cien veces—es un imán que siempre atraerá, con poder indecible, las miradas y el interés de todos los americanos.

Suponiendo que en futuro remoto (muy remoto) lo hicieran inútil las copias e impresiones de docu-

mentos, aún disponemos de muchos años para utilizar su enorme energía acumulada, años en los cuales, a pesar de nuestra incuria, seguirá siendo un lazo de atracción hacia nosotros; por tanto, una base de nuestro americanismo.

II

El valor social de nuestros emigrantes

Volviendo sobre una de las bases a que me refiero en el capítulo anterior, he de añadir algunas consideraciones dignas de ser tomadas en cuenta.

Contra los escepticismos españoles que desesperan de todo lo patrio o lo condenan ligeramente, y contra los hispanofobismos que esporádicamente se muestran todavía en algunos puntos de América, he sostenido siempre que nuestros hombres son un excelente elemento colonizador, y que lo han sido siempre. La historia de ayer y la experiencia de hoy, muestran de consuno, no sólo eso, sino también que nuestro colono es superior a casi todos los otros, europeos, asiáticos o americanos.

Confirmación de esto la hallo en un reciente artículo de la revista norteamericana «The Literary Digest», del que copio algunos párrafos muy notables.

«Un hecho importantísimo—comienza diciendo—puede notarse entre las muchas personas que hablan el Español en los Estados Unidos, y es que son españoles solamente la minoría de los inmigrantes que han arribado a la nación durante los últimos años. Español, como fácilmente puede re-

cordarse, es el idioma nacional de Sudamérica, con excepción del Brasil.

»Al presente, miles de almas han llegado aquí procedentes de aquellas regiones. Pero sólo estamos interesados nosotros en la asimilación de los verdaderos «españoles de España», que han emigrado hacia los Estados Unidos y que se han establecido aquí para disfrutar de una vida regalada durante un lapso de tiempo fijo y luego regresar a su Patria.

»Se ha comprobado que, al presente, el número de españoles en los Estados Unidos asciende a 80.000. Ellos acostumbran a formar colonias con sus compatriotas. Un grupo puede hallarse en las minas de carbón del Estado de West Virginia. Allí, según se dice, hay establecidos cerca de dos mil en un estilo genuinamente español.

»Existe también un notable elemento de su población en los grandes centros fabriles, tales como Filadelfia, Cleveland, Nueva York, Elizabethport, Nueva Jersey, Bayonne, Waterburg, Connectituc y Tampa.

»En fin, se nos informa que ellos están diseminados por toda la nación, y obligados por el cambio de las condiciones actuales del trabajo, se mueven en diferentes direcciones.

»De los españoles que aquí han llegado a trabajar en fechas recientes, una gran parte son casados. Tienen la costumbre de enviar mensualmente a España grandes sumas de dinero para la manutención de sus familias.

»Transcurrido un tiempo adecuado, ya están en condiciones y traen sus familias al país, y aquí crían sus hijos, bajo los auspicios de instituciones americanas. El alto costo de la vida en los años de la guerra, claro está, no les permitía hacer

esto. Pero, según se dice, una vez que la situación vuelva a normalizarse, los españoles en seguida volverán a establecerse, a encarrilarse en los Estados Unidos.

»Dos razones les impelen a estas resoluciones, de las cuales, la primera es que el trabajador español gana aquí más dinero y goza de mejores condiciones de vida que las que puede brindarle su Patria. La segunda razón, más apreciada por los trabajadores mejor informados, la constituye las grandes oportunidades que se les presentan para el desarrollo y educación de sus hijos.

»Un punto principal que reclama en favor del trabajador español, es que él es cumplidor de la ley y económico. Los «records» judiciales rara vez revelan un cargo contra españoles por delito de mayor o menor cuantía. Claro que hay muchas excepciones a la regla; pero, en general, se sabe que el español es gente de hábitos moderados y muy constante en su trabajo. Pocas veces se encuentra uno que sea una carga pública. Su gran Sociedad benéfica, La Unión Benéfico-Española, mira por el indigente y el enfermo y por los que necesitan de su concurso en asuntos legales, según ocurrió en los casos del servicio militar. Pero la mayoría, realmente, jamás solicita ayuda de fuera, y solamente pide, cuando lo hace, como miembro de su Sociedad. Esta Sociedad tiene sucursales donde quiera que hay españoles residentes en el país, y también presta su ayuda a los españoles que no pertenecen a ella.

»De entre los españoles, cerca del 90 por 100 saben leer y escribir en su idioma, y la mayoría de ellos no hablan o escriben el inglés. Por lo tanto, algunas autorizadas personalidades españolas aconsejan que se les invite y estimule al aprendi-

zaje del inglés, pues de ese modo podrían hallarse más preparados para la ciudadanía americana. De otra parte, aunque la clase de españoles que pertenecen al comercio y las profesiones, están en minoría, se inclina a aceptar la ciudadanía nuestra, porque se ha decidido quedarse aquí.

»Como exportadores e importadores, especialmente en la costa del Atlántico, los españoles ejercen gran influencia en nuestra vida cívica, y como profesionales ocupan puestos de significación y valer».

Después de esto, pueden seguir desprestigiando a España algunos «buenos españoles».

III

Nuestro campo de acción

Las bases anteriormente detalladas nos ofrecen un punto de apoyo—mejor dicho, tres—para asentar en firme, y con gran ambiente de simpatía, nuestras relaciones de todo género con América.

A ellas se unen circunstancias especiales del momento actual que han producido o intensificado manifestaciones hispanistas de géneros muy diversos en países cuyo idioma nacional no es el español (1); así se ha creado una serie de *posibilidades,* singularmente favorables (pero también muchas de ellas momentáneas) a nuestro programa americanista Esas posibilidades se dan, no sólo en los países hispanoamericanos, sino también en los mismos Estados Unidos del Norte, aunque con la natural diferenciación de orientaciones y de esferas de actividad. Aun siendo ésta restringida y,

(1) Los hechos referentes a estas manifestaciones están expuestos en mi libro *España y el programa americanista,* primera parte, cap. III *(Las posibilidades de España);* en la conferencia dada en la Real Academia de Jurisprudencia (Cuestiones internacionales: España, América y los Estados Unidos ; en el discurso inaugural de la Sección de Estudios históricos en el Congreso de la Asociación para el progreso de las Ciencias (reunión de Sevilla, Mayo de 1917); en varios artículos recientes publicados en *Diario Español* (Habana), entre ellos el que se titula «Nuevos signos de hispanismo» (19 Julio 1918).

por de contado, careciendo necesariamente de la trascendencia que lleva implícita la que se refiere a los pueblos de nuestro tronco, sería una locura despreciarla, incluso porque también allí se asienta en la firme base de un hispanismo que otras naciones más avispadas hoy que la nuestra en materia internacional, hubieran ya fomentado y utilizado convenientemente (1).

Nuestras posibilidades—las permanentes y las de circunstancias—se pueden distribuir en dos grandes grupos: económicas y espirituales. Esta división, como casi todas, no tiene más valor que el de una cierta comodidad para las explicaciones. Por lo demás, en el segundo grupo hay no pocas cosas de que se deriva inmediatamente un provecho material, y que se ligan, por tanto, con otras del grupo económico.

Estas se refieren principalmente a la venta de algunos de nuestros productos (primeras materias y manufacturas) en América. Concretamente he dado noticia de las principales y de los trabajos auxiliares o preparatorios que para su aprovechamiento es necesario desarrollar, en escritos que antes cité y en una conferencia sobre *Relaciones económicas de España con América,* dada en el Ateneo Mercantil de Valencia (Mayo de 1912). A ella se refieren también, entre otros, varios libros de D. Julio de Lazúrtegui, el de D. Rodrigo Zárate, *España y América. Proyecciones y problemas derivados de la guerra,* los de Federico Rahola: *Aspectos económicos de la gran guerra* y *Programa americanista. Post-guerra,* con varias publicaciones más y los trabajos de la Casa de América, de Barcelona, y de

(1) Las pruebas principales de este aserto búsquense en la Conferencia de la Academia de Jurisprudencia, en el discurso de Sevilla y en el prólogo a *Los exploradores españoles del siglo* XVI, de Ch. E. Lummis.

otros Centros análogos de Madrid y provincias, amén de algunos que proceden de nuestras colonias de emigrantes.

Las afirmaciones substanciales de todos esos documentos son que España produce materias que tienen ya o pueden tener, si se procuran debidamente, mercados seguros y amplísimos en toda América, incluso los Estados Unidos del Norte; que la naturaleza de esos productos los hace susceptibles de una política mercantil de armonía con las naciones hispanoamericanas y también con los Estados Unidos en gran parte; que el verdadero peligro para nosotros no está, por lo que a eso concierne (a lo menos, hoy por hoy), en América, sino en Europa (países de producciones iguales o semejantes a las nuestras), y que el consumo de las españolas tiene por base la demanda de nuestros emigrantes (cuyos gustos, naturalmente, van hacia lo que conocen desde la infancia), la carencia de ellas en muchos países de aquel continente y la superioridad de alguna de sus especies sobre las análogas que allí se producen; todo lo cual motiva un movimiento de preferencia hacia lo nuestro, fecundo, pero no explotado todavía, como en el caso de los Estados Unidos respecto de ciertos productos genuinamente españoles (1).

Entre los productos de más valor presente (no obstante nuestro descuido) y de más seguro porvenir, está el libro impreso en castellano: originales y traducciones. Todo lo que podía decirse acerca de este punto se ha dicho ya. Sobria y elocuentemente ha venido a resumirlo D. Gustavo Gili en la comunicación leída ante la conferencia de Amigos del Libro, celebrada en Barcelona a fines de Junio

(1) Citas, en mi conferencia de la Academia de Jurisprudencia.

de 1917 (1). Siempre que no abandone la lucha—como hasta ahora ha ocurrido, salvo excepciones honrosas y escasas que, aun así, no han desarrollado toda la actividad necesaria—, nuestro libro no ha de temer la competencia de los editores extranjeros que imprimen en castellano. Cuando digo *nuestro libro,* quiero indicar el de autor español, antiguo o moderno, y las traducciones, salvo las de escritores actuales, porque éstas nos las pueden impedir los editores de los respectivos países que quieran explotarlas. Aun sin estas, nos queda un campo de acción enorme, que comprende todo lo español, todo lo clásico y oriental y todo lo europeo que haya caído en el dominio público; réstanos atraernos la producción hispanoamericana, orientándola hacia nuestras Casas editoriales, como ya en parte se ha hecho espontáneamente, pero en escala reducida. La base de mercado lo representan, por lo menos—todo el mundo lo sabe—, 19 naciones de habla española y 51 millones o más de hombres que la tienen por suya; digo «por lo menos», para dejar fuera de la cuenta la difusión que el hispanismo de los Estados Unidos y la existencia en la gran República del Norte de copiosos grupos españoles o de gentes que hablan el español, puede proporcionar a nuestros libros clásicos y escolares, como ya ofrecen colocación a nuestros profesores y lectores de castellano y literatura (2).

(1) Véase el folleto *Conferencia de Editores y Amigos del Libro*, Barcelona, 1917. En él va incluida la comunicación del Sr. Gui. Nuevos desarrollos concretos del mismo problema se encuentran en el *Número extraordinario dedicado a la expansión comercial del Libro español*, publicado en Mayo de 1918 por la *Revista Comercial y de la Exportación Española* (Barcelona, Editorial «Minerva»).

(2) De todo esto he dado noticias en los escritos antes mencionados. Confirmación de lo que dije entonces se ha visto luego en referencias del señor Onís (de que han hablado los periódicos) y del Sr. Romero Navarro en sus conferencias de Coruña, Gijón, Oviedo, Bilbao, Madrid, etc. (verano y otoño de 1918), y en su libro sobre *El hispanismo en Norteamérica*.

Nuestras *posibilidades* del grupo que he llamado espiritual, comienzan por esta misma del libro y se extienden por el campo del intercambio docente, de las pensiones de estudio en América, de las exposiciones de Arte recíprocas, de la creación de escuelas españolas en aquellos países, del envío de profesores y maestros para las que allí se fundan y necesitan personal europeo, como ya se ha hecho en Centro América, en Colombia, en Bolivia, etc.

Quizá es esta parte del programa americanista la que con más detalle se ha estudiado y expuesto. Como yo he sido uno de los que han tratado la materia insistentemente y ha predicado con el ejemplo, me considero dispensado de una repetición (1). Es además este asunto uno de los que más fácilmente penetran en el espíritu de las gentes que, sin necesidad de meditaciones, comprenden en seguida cuánto podemos y debemos hacer en este orden para continuar el entronque de la civilización hispanoamericana con la nuestra, defender el legado latino en la acepción que Rodó le daba, e incluso refrescar nuestro espíritu mediante el contacto y la íntima comunicación de los brotes nuevos que nuestra vieja savia produce allí, cada día con más vigorosa personalidad y matices más originales.

Hay, pues, en este campo de acción juntamente un provecho económico y una finalidad esperitual, de las que alcanzan trascendencia histórica y entroncan con los grandes problemas de la civilización humana. Quien no se sienta movido por éstos, hallará siempre acicate bastante en el negocio mercantil que supone la venta del libro español, cuya difusión, naturalmente, depende de nuestro

(1) Véanse no obstante nuevos datos en algunos capítulos referentes al grupo de *Americanismo práctico*.

prestigio intelectual, de nuestra influencia de este género.

Pero hasta ahora nuestros capitalistas no han sabido ver ese negocio, o si parece que lo han visto lo han organizado de modo tan deplorable (por ceder a preocupaciones y fetichismos eruditos o sabios), que prácticamente serán infructíferos. Esperemos que algún día despierten de ese error y de aquella indiferencia. Pero ¿no será tarde?

IV

La competencia extranjera

Hasta aquí he señalado los hechos favorables para nuestra actividad americanista; pero tanto como éstos es necesario conocer los que nos son desfavorables, para ver si podemos eliminarlos o contrarrestarlos; cuando menos, para tenerlos en cuenta como factores de lucha.

Dos orígenes tienen esos factores: el interés y la actividad de otras naciones europeas y americanas y nuestra apatía. Comencemos por examinar los del primer origen.

Las naciones europeas que principalmente han procurado, y seguirán procurando, influir en América y sus mercados de todo género, son Italia, Francia, Alemania e Inglaterra.

Ninguna de ellas tiene en los países hispanoamericanos lazo histórico ni de idioma que contrapese al nuestro. Francia e Inglaterra carecen también de emigración apreciable. Alemania cuenta con ella sólo en el Brasil. Con esto terminan las desventajas de la competencia europea frente a nosotros. No son insignificantes si sabemos sacar partido de ellas.

En cambio sus ventajas son serias. Italia posee una numerosísima, poderosa y organizada emigra-

ción en gran parte de la América del Sur. Constituye allí, por esto y por la igualdad o analogía de sus productos agrícolas con los de España, una competidora formidable. Lo es por naturaleza y procura serlo reflexivamente.

La conciencia de esta acción social y económica no la tienen sólo sus hombres de gobierno, sino también la misma masa emigrante. Frecuentes hechos, que conocen bien quienes han estado allí, demuestran lo que decimos.

Francia no tiene emigración, pero sí un gran prestigio intelectual y político. Políticamente, Francia es para aquellas democracias jóvenes la autora de la Revolución de 1789, que aún representa (salvo para algunos superficiales jóvenes españoles) un valor histórico, y también la nación europea más progresiva en este orden. La guerra última ha exaltado ese prestigio con toda razón; y del efecto que en América han producido el patriotismo heroico, la disciplina y el talento de los franceses en la gravísima crisis actual, hay manifestaciones diarias en aquellos países.

De las condiciones alemanas para la expansión mercantil y el dominio de los mercados, es inútil hablar. Todo el mundo las conoce. La guerra cortó el aprovechamiento de ellas, y probablemente lo disminuirá mucho después de la paz, no obstante los recientísimos planes de emigración en grandes masas a varios países de América. De todos modos, es un enemigo formidable, pero de menos efecto positivo contra nosotros que Italia y Francia, porque sus productos mercantiles no tienen ninguna analogía con los nuestros y su influencia intelectual no puede ser intensa sino a través de traducciones, y aun así, el genio espiritual de sus escritores, tan diferente del que llamamos

latino, no es temible en relación de competencia (1).

En cuanto a Inglaterra, bien sabido es que su influencia tiene una dirección capitalista e industrial. Como en ninguno de estos órdenes (salvo un poco en manufacturas de cierto género) podemos competir, no nos interesa este factor, que en otros particulares está contrarrestado por los Estados Unidos.

Todas estas condiciones naturales e históricas se hallan acrecentadas en las naciones referidas por una clara visión de sus conveniencias americanas y por una actividad incesante para afirmarlas y extenderlas. En los escritos antes citados y en artículos más recientes, que de un modo especial exponen ese tema (2), he consignado numerosos hechos que prueban esa actividad en los momentos mismos en que las agobiadoras y dolorosas atenciones de la guerra podrían explicar un aplazamiento de toda otra acción. Entre nosotros, y especialmente para nuestros gobiernos, esa sería una excusa de gran fuerza que justificaría el hecho cómodo de cruzarse de brazos.

Mencionaré aquí, un poco al azar, algunos de aquellos hechos: los estudios y gestiones emprendidos por el Gobierno francés para establecer nuevas líneas de comunicación naval mercante con América (3); el viaje de propaganda que por

(1) Véase el artículo *El peligro alemán en la América española*, de E. Gómez Carrillo, publicado en *El Liberal* de Madrid (25 Octubre 1915). Ese peligro (en la acepción en que aquí lo tomo) se ha vuelto a acentuar después de la guerra, por la grande actividad de los productores y comerciantes alemanes.

(2) «La realidad de nuestra situación en América» (en *El Día* de 15 de Agosto 1918), «Detalles de política americanista» (ídem 29 Agosto), y varios artículos en *El Fígaro* (1919-1920).

(3) Véase el artículo de M. G. Bureau, subsecretario de Estado de la Marina mercante, en el número especial de la *Lecture pour Tous*, 15 Octubre de 1915.

las Repúblicas hispanoamericanas hizo el Cónsul general del Uruguay en Francia, Sr. Lomba, para crear en todas ellas Casas de América, cuya entidad central radicará, naturalmente, en París; la Embajada extraordinaria enviada por Italia al Brasil, y que ha visitado también otros países suramericanos; las Comisiones y Delegaciones especiales, con autonomía de acción, que Francia e Inglaterra están enviando a cada momento; la actividad incesante del *Groupement des Universités et grandes Ecoles de France pour les relations avec l'Amérique latine,* cuyo *Bulletin* circula allí profusamente, al paso que el de *L'Alliance Française* se reparte gratis; la obra sistemática de las Semanas de la América latina, que en Francia se prosigue con entusiasta concurso de hombres de prestigio hispanoamericanos; la propaganda de Eugenio Garzón (1); la organización en París del Comité Francia-América (2), que preside M. Gabriel Hanotaux, y que ya tiene grupos correspondientes en varios países hispanoamericanos (v. gr., Cuba); las publicaciones inglesas en castellano que se dirigen a difundir en Inglaterra el conocimiento de los asuntos americanos y en América a facilitar la penetración económica inglesa; los anuncios de nuevas emigraciones italianas a países que hasta ahora no las habían recibido, y el proyecto del viaje a Suramérica del propio Rey de Italia; las nuevas líneas trasatlánticas que varias nacio-

(1) Véase resumida en sus líneas generales en el libro *Discours prononcés en 1914*. París, 19 8. Para el cuadro general de la acción y el programa francés, hasta la fecha de su publicación, el libro de G. Lafond *L'effort français en Amérique Latine*. París, 1917.

(2) Un ejemplo reciente de la eficacia de este Comité nos lo da la creación en Santiago de Chile, bajo el patronato de aquél, de una librería francesa que, según dice un diario de París, ha vendido en sólo tres días, más de 3.000 volúmenes. Aunque hubiese exageración en esta cifra, la advertencia es para ser oída.

nes de Europa preparan o tienen ya en principio de explotación; la federación de importantes Casas editoriales francesas para la venta del libro francés y español (editado por ellas) en países americanos (1); la revista *América Latina* que en Londres pública D. Benjamín Barrios y que circula profusamente; la reconstitución de la sociedad naviera Mihanovitch con el concurso de capitales ingleses y franceses y las gestiones para conseguir lo mismo respecto de las Compañías peruana y chilena del Pacífico; la Exposición de documentos de la guerra y de catálogos comerciales organizada en Quito por las colonias unidas de los países aliados; la misma difusión de la enseñanza del castellano en Inglaterra y Francia; la constitución de nuevas sociedades y Academias alemanas, cuyo punto de mira es la América española, y muchos más que pudieran añadirse.

A ellos vino a juntar la guerra otro de importancia considerable: la dependencia comercial en que las circunstancias han colocado a las naciones

(1) La «Maison du Livre français» que se creó hace unos diez meses, (en Mayo 1920) está formada por 105 casas editoriales y 534 librerías y se propone mejorar y desarrollar en lo posible el comercio del libro francés, tanto en Francia como en el extranjero.

El objeto esencial de la nueva institución es llegar con más seguridad y rapidez al lector gracias a una organización comercial más moderna y metódica, y para ello ha entrado ya en relaciones con más de un millar de libreros extranjeros.

La «Maison du Livre français» centraliza las demandas, las expediciones y los pagos.

Emprenderá la publicación de importantes obras de bibliografía, que permitan a los libreros tener una comunicación regular y poder informar exactamente a los clientes.

Esta nueva organización creará inmediatamente una Escuela de librería, que permitirá la formación de los viajantes del libro y de todos los que acepten su representación en el extranjero.

Para poner al público al corriente de los programas del libro francés, tanto desde el aspecto artístico e industrial como comercial, organiza un Museo del Libro y Exposiciones, que serán constantemente renovadas.

La «Maison du Livre français» será un poderoso instrumento de coordinación y de acción, que permitirá a toda la librería francesa irradiar por todas partes y extender el conocimiento de la civilización francesa.

hispanoamericanas respecto de las potencias de l'Entente. Una explicación clara y precisa de este hecho puede hallarse en la Memoria escrita por el profesor Lorin, sobre «Las repercusiones económicas de la guerra en los Estados de la América Latina» y presentada a la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París (1). América tiene para vender mucho más de lo que puede exportar. Necesita, pues, transportes.

Esos transportes no los pueden obtener por los medios normales que anteriormente se utilizaban, y los únicos países en condiciones de suministrarlos son los aliados. «Por eso, los gobiernos suramericanos reconocen que deben acercarse a las naciones de la Entente..., y aquí se evidencia todo el valor de la ventaja que los aliados tienen sobre sus adversarios con el dominio del mar. Todos los cálculos alemanes previsores de la acumulación de *stocks* de primeras materias, han fracasado por el solo efecto de la duración de la guerra. Una cosecha ha venido a expulsar la otra; todas las provisiones se han vendido, a veces averiadas. Los vendedores reclaman, no compradores a plazo, si no transportes inmediatos. El problema grave es para ellos el del flete disponible. Han sido, pues, llevados a establecer convenios en que el suministro de tonelaje libre sea el elemento principal, ya movilizando sus propios barcos, caso de tenerlos, ya poniendo en circulación los de Alemania internados en los puertos neutrales. En la indigencia general de fletes, que les aprieta a unos para colocar sus productos, a los otros para satisfacer sus necesidades urgentes, los Estados de la América latina y los aliados están de acuerdo

(1) Está publicada esa Memoria en *Séances et travaux de l'Académie,* 8ª livraison, Aout, 1918.

para condenar la inmovilidad de todo navío capaz de navegar. *Sobre esta solidaridad de intereses se han fundado todas las recientes convenciones, de las cuales es un modelo la de Francia con el Brasil*».

¿Se adivina la fuerza inmensa que esto representará en las futuras relaciones entre América y los países europeos que poseen una potencia naval de seguro desarrollo una vez terminada la guerra, como ya lo está?

Vengamos ahora a la competencia en la propia América. Es doble. Procede, por una parte, de los Estados Unidos; por otra, de las mismas naciones hispanoamericanas, en su despertar reciente económico y de solidaridad política y social.

El interés de los Estados Unidos por penetrar (si fuera posible, dominar) en todos los mercados de América y por influir en la orientación docente y política de las naciones hispanoamericanas, es bien conocido.

Los hechos expresivos de sus trabajos sistemáticos para conseguir una y otra cosa han, sido relatados más de una vez en diarios y revistas europeos. En mi citada conferencia de la Academia de Jurisprudencia y Legislación y en el libro *España y el programa americanista*, he consignado algunos. Añádanse a ellos unos cuantos recientes: las Comisiones y Delegaciones especiales que a cada momento están enviando a los países de la América del Sur, no sólo el Gobierno norteamericano, sino también la banca, el comercio y las Universidades de la gran República; el aumento, ya preparado, de tonelaje (400.000 toneladas) para el comercio entre los Estados Unidos y las naciones del Sur, con el plan de «sustituir al tonelaje neutral en las rutas hispanoamericanas»; la gestión (una entre tantas del mismo Centro) del presidente de

la Oficina Unión Panamericana en Wáshington, Mr. Barret, para que se publiquen en inglés extractos y antologías de literatura latinoamericana (esto de *latino* no es mío, sino de Mr. Barret) y la mayor cantidad posible de revistas o *magazines* dedícados al estudio de los países americanos de habla española y redactados por escritores de esos mismos países; el ofrecimiento hecho por no pocas revistas norteamericanas de ayudar en esta gestión a la Oficina Wáshington... En el orden bancario y de los grandes negocios, lo que representan actualmente los Estados Unidos está bien expresado en el fragmento siguiente de la Memoria de M. Lorin: «Para la América del Sur son ahora como el pariente rico, que tiene en sus manos las comanditas decisivas. La National City Bank, el Guaranty Trust y otras Sociedades más, han enviado Misiones de estudio y abierto sucursales en diversas ciudades del Sur. Las reservas en oro de la gran República se estimaban a mediados de 1917 en 15 millares de millones de francos, y háblase de lanzar en Nueva York un empréstito brasileño de 500 millones de francos, así como emisiones de valores con destino a obras públicas y ferrocarriles en Bolivia y Perú. La transformación moderna de las salitreras de Chile está dirigida por capitalistas americanos, y lo mismo ocurre con los nuevos frigoríficos de Argentina, Uruguay y Brasil. En fin, los Estados Unidos trabajan para crear, con pabellones exclusivamente americanos, una flota mercantil para el servicio de todo el continente en sus dos costas atlántica y pacífica» (1).

Renuncio a traducir más. M. Lorin añade otros testimonios, de algunos de los cuales ya me ocupé

(1) Muy útil para el estudio de este hecho es el reciente *Atlas América Latina*, publicado en New York por la General Drafting Company (1919).

anteriormente. Pero con los referidos aquí hay suficientes para fundamentar de manera sólida mi afirmación inicial. Y si alguno faltase, recuérdese la última Conferencia económica panamericana.

Las aspiraciones de los Estados Unidos han sido favorecidas por la guerra. El hecho es tan conocido, que sería ocioso detenerse aquí en exponerlo y explicarlo. Toda América—aun la que permanece neutral—giró fundamentalmente en la órbita que en punto a la actitud internacional hubo de marcar la decisión de los Estados Unidos. El efecto principal ha sido impulsar la corriente panamericanista en el sentido favorable a la República del Norte y estrechar con ella las relaciones y simpatías de casi todas las de habla española. He citado recientemente algunos hechos que corresponden a esta materia (1). El mensaje enviado a los universitarios de Norteamérica por los estudiantes uruguayos es bien significativo. El envío de la Misión diplomática presidida por el ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay, Dr. Brum, no lo es menos.

Cierto es que contra esto sigue operando el recelo del imperialismo norteamericano, muy vivo en algunas naciones y en grupos de opinión de otras. De estos recelos, que a veces son convicción hondísima en cuanto a las intenciones absorbentes de los Estados Unidos, tenemos recientes manifestaciones literarias en España.

Los hechos, no lejanos, en que ellas se apoyan son, a juicio de quienes las mantienen, la verdadera expresión del programa político americano

(1) En los artículos publicados por *El Día* y que antes cité, y en la sección *Las rutas de América* que he dirigido durante mucho tiempo en el diario de Madrid *El Fígaro*, y que ofrece un arsenal abundantísimo de hechos que podrían formar un interesante apéndice de este libro, si no fuese por su gran extensión.

de los Estados Unidos y destruyen el valor de las seguridades verbales que se han prodigado. Sin terciar ahora en la discusión, el balance de hechos en que principalmente consiste el presente trabajo, obliga a reconocer que esa opinión pierde de día en día terreno en América. La tendencia dominante es a creer en las declaraciones y protestas del presidente Wilson. Si, como M. Lorin recomienda, velando por los intereses del grupo beligerante a que pertenece, el Gobierno de los Estados Unidos tradujese en actos sus manifestaciones mediante una «gestión espontánea», no sólo se «desvanecerían los últimos rastros de la desavenencia que separa a los Estados Unidos y a Colombia a propósito de la República de Panamá», sino también otros muchos motivos de desconfianza.

Prodúzcase o no esa gestión, hoy por hoy lo que triunfa es la confianza en los Estados Unidos y el acercamiento de los demás países a la República del Norte (1).

Aun en el supuesto de que «el espectro del monroísmo agresivo» no se desvaneciese, y por tanto no prosperase el panamericanismo de polarización norteamericana, existe actualmente otro movimiento de análoga orientación, que importa considerar para conocer totalmente los factores que integran nuestro problema americano. Es el aludido antes al indicar la competencia que en la propia América procede de las naciones afines a nosotros.

Desde que comenzaron a sentirse en ellas los efectos económicos—mucho más cuando se han añadido a éstos otros de índole política—se dibujó

(1) Recientes sucesos políticos que examino en mi conferencia *El punto de vista americano en la Sociedad de las Naciones*, han venido a rectificar en parte la conclusión que en el texto se afirma.

un sentimiento encaminado a organizar la vida americana con independencia de la europea en todo lo que fuese posible. No procedía ese sentimiento de ninguna hostilidad hacia Europa, sino, sencillamente, de la necesidad en que las naciones americanas se vieron (al faltarles elementos económicos del Viejo Mundo con que antes contaban) de proveer a sus necesidades con medios propios. El resultado ha sido despertar en aquellos países grandes actividades industriales y mercantiles (1) cuyo desarrollo futuro restará, indudablemente, algo de nuestras posibilidades comerciales. A nuestros economistas y hombres de negocios toca estudiar hasta dónde alcanzaría ese peligro.

Esas mismas necesidades económicas, y las relaciones de índole política que la guerra ha suscitado, están produciendo el efecto de una intimidad hispanoamericana—por lo menos, suramericana—, cuya consecuencia natural es el nacimiento de un panamericanismo de índole distinta del que procede de Norteamérica; y al acercar los diferentes países de tronco español y portugués, que antes estuvieron distanciados, moverá a resolver en común, y mediante la combinación de recursos, problemas para los cuales se recurría antes a Europa. Ya ha sonado diferentes veces la idea de considerar América como un mundo aparte, que atenderá por sí propio a la satisfacción de sus necesidades y a la resolución de sus cuestiones privativas, por lo menos, como un mundo que tiene una esfera de vida aparte de todo otro. Y aunque en esa separación pretendida por algunos haya mucho de irrealizable—los datos de relación económica y espiritual con diversos países de Europa,

(1) Ejemplos de ellas pueden encontrarse en la citada Memoria de M. Lorin, que tiene la ventaja de presentarlas reunidas.

que antes hemos expuesto, lo prueban bien—, y aunque la misma intervención en la guerra europea origine, por otro lado, nuevos motivos de solidaridad con el Viejo Mundo, no cabe duda que ese movimiento americanista de que venimos hablando es un elemento de competencia para nosotros. En los proyectos del Cónsul Sr. Lomba, a que antes aludí, hay no pocas cosas que llevan esa dirección y que necesitamos estudiar (1). Panamericanismo integral (entrando el Canadá, como opina el Sr. Lomba), panamericanismo hispano, ibérico o sólo del Sur, o panamericanismo de orientación yanqui, son todos y cada uno de ellos movimientos que envuelven necesariamente cierta disociación de Europa; por tanto, de España. Y aunque a la vez se está produciendo una corriente intensa de hispanismo en aquellos países, es problemático qué tendencia vencerá a la postre, sobre todo teniendo en cuenta que nosotros hacemos poquísimo por favorecer la que no es propicia.

Y ese es el punto grave de nuestro americanismo; el que en primer término necesitamos conocer y en el que urge que nos resolvamos a una acción enérgica y sistemática, para que la competencia extranjera no acabe por anularnos en absoluto.

(1) Véase la entrevista con el Sr. Lomba de que dió cuenta en Mayo último *La Nación*, de Buenos Aires, y el artículo que al mismo asunto dedicó en los primeros días de Junio, el diario porteño *La Epoca*.

V

Dos notas más sobre las bases de nuestro americanismo

I.—NUESTRO JUSTO TÍTULO

Durante muchos siglos, la Humanidad entera creyó que las conquistas, las colonizaciones y aun las evangelizaciones de los pueblos enemigos ó considerados como inferiores, podían hacerse, con pleno derecho, en beneficio exclusivo del dominador. Todavía pretenden lo mismo, a título de doctrina *moderna,* algunos tratadistas de colonización. A España le cabe la gloria de haber alzado su voz, antes que nadie, contra aquella teoría, y de haber luchado bravamente por llevar a la práctica su sistema de *tutela colonial.*

En cierto respecto, muy fundamental, la historia toda de nuestra colonización es la de una lucha entre las ideas y los sentimientos generosos de los hombres (muchos) que en España y en América representaban la nueva manera de considerar las relaciones con los *pueblos inferiores,* y la masa egoísta pegada, aquí y en todas partes entonces, al más grosero utilitarismo y educada secularmente en las viejas doctrinas de la explotación del hombre por el hombre. El balance verdadero de las

veces en que los hombres *nuevos* lograron la victoria en esa lucha empeñada, será, cuando se sepa, el criterio justo para juzgar lo que España realizó en uno de los aspectos esenciales de la colonización americana.

Pero aunque no sea más que por lo que intentó hacer, e hizo repetidamente, bien ganado tiene el título para festejar como cosa propia el 12 de Octubre y para pedir a la humanidad entera—la que quiere un mundo nuevo mejor que el presente—que se asocie a la celebración de la fecha memorable.

II.—MADRE DE PUEBLOS

Ser madre de pueblos no es solo—como en la maternidad individual—materia de orgullo, sobre todo cuando los hijos honran a la madre por uno o varios conceptos. Debe ser, también, materia de deberes.

Esos deberes van bastante más allá de lo que se llama el cariño. El querer suele quedarse, para muchas gentes, en un puro orden sentimental que no se traduce en ningún acto favorable a la persona amada, a excepción de la caricia. Pero si la caricia es halago, y a ese título conforta siempre el espíritu de los hombres, ella sóla es de muy limitada eficacia.

La madre debe, en primer término, esmerarse tanto en su propia conducta y perfeccionamiento, que pueda ser siempre un alto ejemplo para sus hijos. Debe luego probarles que se interesa por ellos, estudiando su vida, y tomar de ella, sin sentir menoscabo, todo lo nuevo y bueno que pueda ofrecerle. Debe, en fin, llamarles amorosamente al culto ancestral, haciéndoles ver el provecho

que hay en vivir bien con los afines y en estrechar los lazos familiares que suponen intereses comunes de orden espiritual humano, trascendentes a todas las direcciones de la existencia.

Y en todo eso, ella ha de ser quien dé el ejemplo de la iniciativa y de la persistencia, sin aguardar a que los hijos le pregunten por qué no cumple con sus deberes.

Cuando la madre España, colectivamente, no por medio de una pequeña minoría de sus hombres advertidos ya de la verdad de las cosas, cumpla enteramente con esos mandamientos de su maternidad, *pensando en sus hijos,* la fiesta del 12 de Octubre será fiesta de cosecha y no de sembradura.

Y en la vida, importa sin duda sembrar, pero a condición de cuidarse de que lo sembrado se encamine a una esplendorosa granazón de frutos. Para eso, no basta la lluvia, que cae del cielo cuando así lo disponen fuerzas que no está en nuestras manos dirigir, ni basta el buen deseo de coger mucha miés cuando llegue su época. Hace falta añadir el trabajo del hombre, respecto del cual la palabra solo es, si acaso, un anuncio, pero en manera alguna una realidad.

VI

La realidad de nuestra situación en América

Terminé uno de los anteriores capítulos con la conclusión natural y lógica que se desprende de los datos expuestos, a saber: que si España cuenta con bases importantísimas de acción en América y esas bases se hallan amenazadas por competencias extranjeras y por movimientos sociales y económicos propios de la misma vida americana actual, nuestro primer deber, y también nuestra elemental reacción instructiva, tendrían que ser el desarrollo, en las esferas oficiales y en las particulares, de una extensa e intensa política americanista que aproveche las referidas bases, evite todo motivo de descontento (especialmente de los pueblos hispanoamericanos), aproveche activamente las buenas circunstancias presentes y demuestre a todos los elementos que nos son afines y están prontos a ayudarnos, que poseemos juntamente la conciencia clara de lo que conviene hacer y la voluntad firme el hacerlo.

¿Lo hemos hecho?. Es evidente que no.

Los pocos americanistas documentados que tenemos, no pueden hacer más que hablar o escribir de estos asuntos. Las entidades sociales que se ocupan de ellos en Barcelona, Madrid, etc., care-

cen de medios materiales y de intervención oficial para realizar actos eficaces, en el supuesto que pensaran decididamente en realizarlos. En cuanto a los elementos gobernantes, ¿qué han hecho, si se descuenta algún reciente tratado de reducida influencia económica y algún Decreto de Instrucción Pública que prácticamente no ha producido nada? Supongo que no apuntarán en la lista de los actos positivos la creación de la Embajada de Buenos Aires, que aún no nos ha servido casi para nada; y si me equivoco, que digan lo que ha conseguido o intentado en favor nuestro (1). No hay en estas palabras mías censura alguna para el embajador, sea quien sea, porque ni éste ni nadie puede hacer nada si los Gobiernos no le dan un programa concreto de acción y medios e independencia suficiente para realizarlo. Como no le dieron nada de esto al Sr. Soler, el doctor Avellaneda siguió, hasta su deplorada marcha, sin encontrar aquel colaborador que estimaba necesario para que fructificasen sus buenos propósitos respecto de las relaciones hispanoargentinas.

Y si del campo de la diplomacia vamos al de las instituciones docentes, pregunto cuántos pensionados envió la Junta para ampliación de estudios a las Repúblicas hispanoamericanas en estos últimos cinco años, y si las Universidades han pensado siquiera en imitar a las francesas en la formación de un Comité para las relaciones con aquellos países, a lo cual alguien las llamó en 1910.

Lo mismo digo de los libreros y editores españoles, que a pesar de conocer bien el problema, no han sido capaces aún de constituir una fuerte

(1) Lo poquísimo conseguido desde la fecha en que escribí esto, no sirve realmente más que para poner en evidencia su exigüidad frente a lo que queda por hacer y puede hacerse.

empresa de exportación, que es lo que primeramente necesitamos.

En cuanto a los hombres de negocios, no obstante las clarísimas advertencias de Lazúrtegui y otros especialistas, ni han acometido briosamente el problema de los transportes marítimos a los paises americanos, ni han tenido agallas para colocarse en primera línea (como les corresponde) para la conducción siquiera de emigrantes y viajeros ordinarios, ni han sabido comprender el negocio que hay en la venta de libros españoles y en otras empresas semejantes (1).

Cierto es que se ha hecho algo en alguno de estos órdenes de actividad mercantil; pero todo ello es diminuto frente a las necesidades y a la competencia extranjera, e incluso comparándolo con lo proyectado que no pasó de palabras, gestiones y papeleo. Bastaría confrontar lo preconizado y planteado en estos años últimos por la Casa de América de Barcelona, por alguna otra entidad americanista y por varios entusiastas de nuestra acción en aquellos países, con lo ejecutado realmente, para obtener un balance desconsolador.

También en las esferas oficiales—con estar tan dormidas—hay una desproporción evidente entre lo pensado y lo hecho.

Recuérdese sino la proyectada Comisión de Ingenieros que el Ministerio de Abastecimientos pensó enviar, en 1919, a la América del Sur, y las Misiones comerciales que, consignadas en Presupuestos (2), aún no sé que se hayan siquiera iniciado.

(1) En el momento de enviar a la imprenta estas páginas, se noticia el proyecto de organizar en Barcelona una Sociedad anónima, que con el título de «El Libro español», trabajara para lograr el predominio, en todas las naciones de habla española, del libro editado en España. Pero eso mismo se propuso la Cámara del Libro español (véase el cap. IV de la Segunda Parte) y no lo realizó. Seguimos en el mundo de los proyectos.

(2) Véase la Parte II de este libro, cap. XIV.

Lo obtenido por la Academia de la Lengua en punto a las Academias análogas y correspondientes en las naciones hispanoamericanas; la igual relación científica (base posible de futuros trabajos comunes o de acuerdo), lograda por las Academias de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas; la Misión, ciertamente muy provechosa, pero aislada, del ingeniero Sr. Boix, cuyos resultados informativos publica la Oficina de Información Comercial del Ministerio de Estado; el envío de dinero español a alguna República, como la de Colombia y las gestiones, favorablemente acogidas aquí, pero no aceptadas, para que la Banca española prestase ayuda a la cubana en las actuales circunstancias; la expedición de viajantes de comercio que salió no hace mucho de Barcelona, festejada por la Casa de América; la presencia de Comisiones militares nuestras, solicitadas por varios países, y la de profesores y maestros que particularmente han procurado para Costa Rica, Colombia, Bolivia, Méjico y otras naciones hermanas, la solicitud de algunos españoles patriotas de aquí y de allí, respondiendo a gestiones de nuestras colonias y de hispanoamericanos que tienen fe en el valor de nuestro concurso intelectual; el premio Hispanoamericano creado en 1919 por la Academia de la Historia; la recientísima gestión de la de la Lengua para dar efectividad práctica al proyecto de Unión Internacional Hispanoamericana de Bibliografía y Tecnología científicas, en parte debido a nuestro Torres Quevedo; la Exposición de productos españoles preparada para Septiembre de 1921 por la colonia española de Costa Rica, con el apoyo de aquel Gobierno; la reciente creación, por elementos españoles, hispanoamericanos y norteamericanos de un «Instituto

de las Españas» en la Columbia University de Nueva York, son, con otras pequeñas acciones de género intelectual y económico que sería prolijo enumerar (creo no haber olvidado nada importante), todo lo que podemos consignar en nuestro haber efectivo, a más de lo ya indicado en párrafos anteriores.

Si a ello se añade lo conseguido en el reciente Congreso Postal de Madrid, principalmente por la resuelta actitud de los delegados americanos (sin que esto sea quitarle un ápice de valor a la gestión acertadisima de nuestro Director general de Comunicaciones, Sr. Conde de Columbi), creo que queda cerrado el balance (1).

Hora bien; de este escasísimo haber tiene que derivarse, necesariamente, fatalmente, la pérdida gradual y rápida de terreno para el desarrollo en América de los intereses españoles, no obstante las grandes bases que allí ofrecen (como vengo repitiendo) nuestra emigración, nuestro idioma, el pasado común y la manifiesta inclinación hispanista de los elementos intelectuales en muchos países.

La única manera de evitar este segurísimo peligro (que es en gran parte ya un hecho) consiste en aprovechar esas bases mediante una serie de medidas ejecutadas con rapidez y con intensidad, y no solo desde aquí, sino en el propio terreno americano, sin limitarse a la estrecha esfera diplomática, por encima de la cual vienen saltando

(1) Véanse otros hechos en la Parte II de este libro. Como se verá, en los citados aquí me limito a cosas hechas, y prescindo de los proyectos y de las gestiones (numerosísimos aquellos y estas) que figuran en el haber particular de algunos americanistas y en el social de entidades como la Unión Iberoamericana, la Casa de América, el Centro de Cultura Hispanoamericana, etc. Todo esto, con tener mucho valor, es programa, y a ese título deben conocerlo quienes han de producir acción; pero no es acción positiva y eficaz.

todos los pueblos cuya actividad americanista contrasta con nuestra indiferecia.

Pero yo no confío en nuestra acción oficial. Dudo mucho que despierte tan pronto como es necesario del sopor que la invade hace tiempo en esta parte tan considerable de nuestra política internacional, y que sepa salir del terreno de las promesas parlamentarias (1). Lo que puede salvarse de nuestra representación y de nuestros intereses en América, por su esencialidad dentro de la vida de aquellos países y porque, a fuerza de ser nuestro, no pueden crearle substitutivos otras naciones europeas, eso lo salvarán, si acuden pronto y con empuje, las iniciativas privadas de los americanistas (en la reducida esfera donde su actividad puede ser eficaz) y de los hombres de negocios españoles, si al fin se percatan de que América no es solo un campo de sentimentalismo patriótico, sino un mercado que puede rendir mayores beneficios que muchos mercados europeos y que el propio mercado nacional.

Y para remachar el clavo en punto al efecto de nuestra inacción frente a la acción ajena, y subrayar alguna de las gestiones prácticas y fáciles que podrían realizarse en seguida, ahí van dos ejemplos extranjeros:

El uno nos lo da el reciente número 16 del

(1) ¡Hay tantas cosas fáciles de hacer! Cito el ejemplo de la rapidez en la tramitación de las instancias de estudiantes hispanoamericanos que vienen a terminar sus estudios en nuestras Universidades. Las hay entradas en el Ministerio en Septiembre de 1919 y que a mediados de Enero de 1920, aun no han sido despachadas. Ya sé que de esto no se puede culpar a los Ministros y que el desdichado expedienteo de nuestra burocracia obliga a infinidad de dictámenes, pases de una oficina a otra, etc.; pero hay también que considerar el pésimo efecto que produce en esos jóvenes (venidos unos, por entusiasmo hispanista; otros, enviados oficialmente por sus gobiernos respectivos) ver transcurrir los meses sin que se cumpla su deseo de ser alumnos oficiales de nuestras cátedras. Si hubiera *intención americanista* en nuestros centros oficiales ¡quién duda que esos asuntos se tramitarían con toda urgencia!

«Boletín» del Departamento del Interior de los Estados Unidos: Oficina de educación, dedicado a divulgar las «Facilidades ofrecidas a los estudiantes extranjeros en los Colegios y Universidades de los Estados Unidos de la América del Norte». (Wáshington, 1919). La amplitud de esas «facilidades» puede deducirse del hecho de formar el mencionado «Boletín» un volumen de 220 páginas.

¿Qué facilidades ha procurado hasta ahora nuestro ministerio de Instrucción Pública y nuestros claustros universitarios a los estudiantes hispanoamericanos? No nos referimos a la acogida cordial de los que han querido venir a estudiar con nosotros y a las amabilidades que con ellos personalmente se tienen, sino a las ventajas positivas y a las facilidades apetecibles que de un modo sistemático y general les ofrezcan nuestro régimen de enseñanza y los distintos centros en que pueden querer trabajar.

Oficialmente, nada se ha hecho, y aun en materia de reconocimiento de estudios, cada caso es una cuestión que renueva la discusión de la doctrina. Salvo la Real orden de 16 de Abril de 1910 sobre intercambio universitario, dirigida a la Junta para ampliación de estudios, y que no sabemos que ésta haya tratado siquiera de cumplir; la de 6 de Mayo del mismo año, que ignoramos si cumple la Residencia de estudiantes, y la de 8 de Junio, también de 1910, que aún no ha salido de la categoría de encargo, en ningún otro momento se ha visto que Instrucción Pública se acuerde de la parte que le corresponde realizar en esta obra de americanismo, salvo lo que luego diré de las becas. En cuanto a las Universidades mismas, veremos si, al conseguir la autonomía, piensan o no en emular, hasta donde es posible, el ejemplo de los Estados

Unidos; bien entendido que no es dinero (es decir, becas), lo que puede halagar a los estudiantes hispanoamericanos y atraerlos, como con excelente intención pero notorio error se ha hecho últimamente o, por lo menos, se ha ordenado hacer. Los estudiantes hispanoamericanos estimarían mucho más (estoy seguro de ello) que el expedienteo a que aludo en una nota anterior, se aligerase en beneficio de los que desean continuar aquí sus estudios y que ya son numerosos, enviados por sus respectivos Gobiernos.

El otro ejemplo práctico nos lo da la Conferencia comercial Panamericana, que se ha celebrado en Wáshington. Frente a esas propagandas, ¿qué hace nuestro comercio, nuestra industria, nuestras Compañías navieras, nuestro ministerio de Fomento?

Una obra de conjunto, de solidaridad, de empuje, bien concertada, bien dirigida desde arriba... de eso, ni un indicio. Pero «eso» lo vienen predicando hace años los americanistas españoles. Son los hombres prácticos—políticos y no políticos—quienes no lo realizan.

Como una comprobación más concreta, del estado actual de cosas, copiaré (y con ello termino esta materia) algunos párrafos elocuentísimos, no por retórica, sino por lógica, de cierta carta escrita al conocido editor barcelonés Sr. Araluce, en fines de 1919, por un distinguido venezolano:

«La propaganda americanista que preocupa hoy más que ayer a los pensadores españoles, ha llegado a producir espiritualmente sus generosos resultados; pero es preciso confesarlo: es el momento de que los hechos sustituyan a las palabras. En los presentes días los Estados Unidos de Norte América desarrollan un impulso asombroso para su

imperio industrial en la América del Sur. Sus millones, su actividad, su inteligencia y su recomendable sentido práctico, sobrepujan a toda propaganda espiritual; de aquí que España debe situarse en el punto designado por las circunstancias para no perder el poco terreno en sus relaciones indusdustriales con las incipientes Repúblicas del Sur. Me voy a permitir concretarme a mi país. España debe reconocer, como paso urgente, una más frecuente relación con Venezuela. A sus puertos arriba únicamente un barco español cada mes; en Caracas existen cinco poderosos Bancos norteamericanos; España todavía no ha comprendido o no lo ha creído necesario, el establecimiento de un instituto bancario en mi país y es esto una urgente e imprescindible necesidad que tiene que satisfacer, para no pasar al correr de los días por una derrota comercial en países que anhelan vivir con España y espiritualizarse cada día más con la adorable Madre, que por ley natural debe llevar la bandera española rodeada por los estandartes sudamericanos en marcha hacia los brillantes destinos del porvenir, fuertes y preparadas para los sucesos que se desarrollen en los futuros días.

»El sitio de España es el corazón de América y ese sitio sagrado debe ser el más elevado trono dondese cante perpétuamente el hosanna del triunfo y de la gloria española. «Hechos y no palabras»: eso es lo que salvará los escollos del porvenir para España y las nacionalidades americanas.

»Venezuela, segunda patria de una colonia española respetable y laboriosa, convida hoy a todos los españoles a compartir con ella esta era de prosperidad que disfruta por una patriótica labor del Presidente D. Juan V. Gómez, quien le ha dado a mi país una paz inconmovible y un crédito in-

menso, garantías para la propiedad y el trabajo; pues Venezuela no tiene pendientes con nadie en el mundo obligaciones insolventes; el país está comunicado de un extremo a otro por magníficas carreteras, obra esta del General Gómez, de modo que puede cruzarse en automóvil toda su extensión territorial; sus terrenos agrícolas invitan al cultivo del café, algodón, cacao, arroz, tabaco, trigo, viñas, etc., etc. Sus minas de carbón, de oro, de plata, etc., etc., ofrecen brillante porvenir al capital; sus diferentes climas propicios a todas las razas, su desarrollo industrial además de las facilidades para el trabajo, son todas circunstancias favorables para una labor más eficaz, más práctica, a fin de que España sea la triunfadora en los días que vienen.

»Ha dicho un ilustre ciudadano inglés que «América es el porvenir del Mundo». Pues a los hechos, substituyendo a las palabras. España debe en los actuales momentos defender su sitio y hacer perdurable su vida espiritual con América. De otro modo, no nos quedará más tarde a los hijos del Nuevo Mundo ni siquiera la esperanza de que se repita lo del Mar Rojo, que nos refiere la leyenda bíblica, para perdurar nuestros sagrados vínculos y mucho menos para abrazarnos con nuestra gloriosa y heróica Madre, en los acontecimientos de lo porvenir».

Y el caso de Venezuela se repite en muchas otras naciones hispanoamericanas.

VII

Los puntos flacos de nuestra situación

Insistiendo en las deficiencias prácticas de nuestro americanismo, examinaré ahora una digna de meditarse.

En otro lugar de este libro aludo a la encuesta realizada en Madrid por el redactor de la *Nación,* de Buenos Aires, Sr. Ortiz Echagüe, acerca de las doctrinas de nuestros americanistas.

En el último de los artículos que el Sr. Ortiz dedica a exponer las respuestas alcanzadas, resume el contenido útil de las opiniones recogidas, y expone su parecer. Merece ser atendido y estudiado.

En primer término, dos párrafos de ese artículo, que reproduzco literalmente. El Sr. Ortiz dice que hay dos grupos de americanistas en España, perfectamente distintos por la orientación de sus ideas. Unos—escribe—«toman como base firme de su labor la comparación de las actuales posibilidades españolas con relación al grado de progreso alcanzado por las diferentes Repúblicas hispanoamericanas»; otros «apoyan su campaña, casi exclusivamente, en la perduración de los factores étnicos, sin tener en cuenta la importancia secundaria que presentan las cuestiones de raza en estos paises nuevos (el Sr. Ortiz se refiere na-

turalmente, de un modo particular, a los de Suramérica, y sobre todo a la Argentina) abiertos a todas las actividades humanas y dotados de una facilidad de asimilación tan grande, que permite fundir en sus enormes crisoles todos los heterogéneos elementos que Europa envía».

Luego añade, tocando otro aspecto de la cuestión: «Siendo, pues, diferente el punto de partida en que se apoyan unos y otros, deben diferir también en los demás; y así vemos que mientras estos engloban en el problema hispanoamericano a todos los países de habla española, *concediendo igual importancia a la Argentina* que a la última República centroamericana, aquellos desligan del problema general a los países que, *como el citado especialmente y después Cuba* y algún otro, merecen una atención preferentísima por las particulares características que en su incesante progreso presentan para el estudio de la cuestión».

El Sr. Ortiz tiene razón en lo que dice. Respecto de este último error que señala en algunos de nuestros americanistas, todos sabemos que procede de la manera teórica como abordan el problema sin haber visitado nunca tierras americanas y aun improvisándose en estos estudios, a que llegan sin preparación alguna desde campos de actividad muy ajenos. Pero esto nada importa desde el momento que son una minoría y que hay aquí gentes bien orientadas, como el propio articulista reconoce.

También es cierto lo que dice en punto a la jerarquía económica y social de las Repúblicas. Esta consideración de perspectiva, es necesaria tratándose de un continente tan inmenso y vario en sus diferentes partes; pero siendo muy verdad, no excluye la existencia de ciertas cuestiones co-

munes a todos los países de habla española, ya en lo que se refiere a nuestros emigrantes, ya en lo que toca a las relaciones de aquellos con España, su comercio, su espiritualidad, etc. En la distinción de lo común y lo especial de estos asuntos y en el diferente empuje que cada cosa requiere, reside el tino que distingue a un hombre de gobierno de un simple aficionado en cualquier orden de acción nacional.

Pero aún más interesante que lo dicho, es lo que el Sr. Ortiz escribe acerca de los emigrantes españoles. Reconoce el redactor de *La Nación,* que una buena parte de la obra que nos urge realizar en América corresponde a los elementos mencionados. «Esos tres millones de españoles repartidos en el continente americano, constituyen el *único* y verdadero lazo de unión entre España y los países de habla castellana. Ellos representan el único elemento capaz de desarrollar la acción necesaria para que el tópico de la confraternidad hispanoamericana se traduzca en hechos reales y concretos, tendientes a vigorizar nuestro tráfico comercial ultramarino».

Yo disiento del Sr. Ortiz en estimar como *único* lazo de unión a nuestros emigrantes; pero sí los considero, en muchos respectos, como el más poderoso. Por ello, y por otras razones (no menos atendibles aunque sean de distinto género) me esfuerzo desde hace años por atraer la atención de los políticos hacia la necesidad de preocuparse de nuestros emigrantes, satisfacer sus justas aspiraciones y utilizarlos, como utilizan a los suyos otros países de Europa, en algo más que en suscripciones para fiestas o calamidades nacionales.

Pero el Sr. Ortiz fía poco en lo que hagan nuestros emigrantes. «Esas colectividades, escribe—y

me refiero principalmente a la radicada en la Argentina, por ser la única que conozco,—no tienen plena conciencia de sus deberes». A juicio del Sr. Ortiz, esa falta se evidencia sobre todo en la carencia de cooperación, de unidad de miras, de sentido orgánico y, en este respecto, propiamente *nacional*. Es un iluso, dice «quien pretenda que un millón de españoles (ese número suma nuestra colectividad en la Argentina) se unan para realizar una labor común, por útil y patriótica que ella sea. Y es que esos hombres, que viven anhelando el engrandecimiento de España, que prodigan su dinero, penosamente ganado, para la creación de centros de beneficencia y de fraternidad española, y que demuestran en todo momento su hondo amor a la patria, son incapaces de organizarse. Nuestra insuficiencia de talento organizador, se muestra bien palpable en estos países donde luchan los hombres de todas las razas. Aquí triunfan los españoles tanto como los alemanes, los franceses, los italianos o los ingleses, lo que demuestra que individualmente considerados no somos inferiores a los demás pueblos. Pero cuando se nos compara colectivamente con las demás agrupaciones europeas, acusamos una marcada inferioridad. Surge la agrupación, y con ella, el desorden, generador del fracaso que anula todos los esfuerzos y vicia las mejores voluntades».

Numerosos ejemplos dan base firme, sin duda, a esta opinión del Sr. Ortiz. Algo que parece haber ocurrido con un reciente folleto del Sr. López de Gomara, lo corrobora con hechos bien inmediatos. Pero ¿es éste un mal invencible?

El mismo Sr. Ortiz cree que no. «Defecto nacional es éste y, por lo tanto, puede parecer de difícil remedio; pero también lo son la pereza, la

indiferencia, el pesimismo, la falta de convicciones y hasta la de patriotismo, que no se manifiestan en el español emigrado. El cambio de ambiente estimula su laboriosidad; la competencia con hombres de otras razas, despierta su amor a la patria, y, en suma, el español trasplantado, parece despojarse de esas cualidades inferiores para la lucha por la vida. ¿Por qué, pues, si el español emigrado logra deshacerse, al abandonar la patria, de todos esos defectos al parecer innatos, no ha de conseguir también crearse un talento organizador tan indispensable para alcanzar el éxito en estos tiempos de ruda competencia?»

Con todas las reservas necesarias en punto a la afirmación, o la sospecha, de que todos esos defectos apuntados sean innatos en nosotros (ya sé que mucha gente lo cree, pero no basta creer que una cosa es de cierto modo, para que sea así en realidad), ni aún que constituyan la característica de la vida española presente, estoy conforme con que en punto a organización, es decir, a cooperación y sentido social, hasta ahora nos hemos mostrado inferiores a los demás pueblos europeos.

No proviene esto de falta de percepción (porque el problema lo ven con claridad todos los españoles), si no de sobra de individualismo, de envidia, de cantonalismo estrecho y de otras pequeñeces que aislan a nuestros hombres o, a lo sumo, los agrupan en pequeñas comunidades celosas unas de otras. La falta de subordinación del individuo a un principio superior y el exceso con que domina nuestra vida el deseo de ser antes cabeza de ratón que cola de león, explican en gran parte este hecho.

Pero yo no lo creo fatal e irremediable. Tampoco el Sr. Ortiz, en fin de cuentas.

PARTE SEGUNDA

AMERICANISMO PRÁCTICO

Vengamos ahora a señalar varios puntos concretos de política americanista, es decir de lo que puede con todo derecho llamarse «americanismo práctico» y que detalla o completa el programa condensado en mi libro anterior.

Como se verá, algunos de esos puntos se refieren a iniciativas emprendidas y muy pocas realizadas totalmente. Los mas, indican sólo el camino que debería seguirse para obtener un resultado eficaz. Unos y otros son semillero de acciones que tienen ya una base real y que esperan, en los más de los casos, la cooperación resuelta de los hombres que saben cuánto vale en la vida un hacer entusiasta y práctico.

I

La rectificación de la Historia Colonial

Siempre que un país dominado por otro en cualquier forma de dominio, colonial o no, ha roto por la fuerza los lazos que políticamente le sujetaban, se ha producido una literatura de acusaciones hacia el Poder respecto del cual se declaraba la Independencia. Este hecho es un resultado psicológico indeclinable de la disociación espiritual que precede al rompimiento y de los agravios que toda dominación origina. Es también un arma de lucha que los patriotas de todos los tiempos han esgrimido para caldear la opinión pública. La inteligencia de las masas es más permeable a una acusación que a un razonamiento de principios y tiende naturalmente a ver en el enemigo político, social o como sea, un tirano y un prototipo de todos los errores y todas las maldades, sin concederle nada bueno, ni la sombra siquiera de una disculpa.

Como consecuencia de ello, las generaciones próximas a la liberación se educan en un ambiente de hostilidad a la metrópoli antigua (si son colonias), alimentado por las exageraciones de los defectos pasados y los perjuicios recibidos, y aun por la invención legendaria de algunos que no existie-

ron jamás. Así se ha visto, repito, en todos los tiempos y países.

Pasan los años, se aplacan los resquemores, los odios mismos nacidos en la lucha armada, y el lazo troncal vuelve a dar tirones del espíritu, aproximando cada día más a los que políticamente son distintos y soberanos. Primero, una minoría de las clases ilustradas y directoras; luego, la mayoría de ellas; las clases incultas, por fin, olvidan los antiguos disentimientos y reanudan las relaciones cordiales con el pueblo contra cuya dominación lucharon los antepasados. Pero la leyenda sigue actuando como elemento de juicio histórico. Con la antigua madre patria, tal como ha quedado, perdida su condición de metrópoli colonial, toda suerte de inteligencias son posibles; pero históricamente se la sigue viendo y, por tanto, juzgando; según la leyenda, que perdura muchísimo más tiempo que la separación y la anulación o frialdad de las relaciones.

Perdura, sobre todo, en los libros, en la educación pública, en la tradición popular.

Al fin, aparece el último momento de esa evolución. Un grupo pequeño de inteligencias ecuánimes, en quienes puede más el atractivo de la verdad histórica que el de las afirmaciones recibidas en el ambiente social, inicia la rectificación de la leyenda. La rectificación pasa por un primer periodo erudito, cuyos efectos no salen de un número reducido de especialistas. Luego, el grupo aumenta; se escriben libros de más generalidad y de alcance sobre el gran público, pero la eficacia de esta obra de vindicación sobre toda la literatura histórica y sobre el saber vulgar de las gentes tarda mucho en producirse. El único modo de acelerarla es llevar la rectificación a los libros esco-

lares, en que aprenderán la historia colonial las generaciones futuras.

Esa es la situación, precisamente, de la obra colonial de España en las naciones que surgieron de esa obra misma. A remediarla de un modo sistemático y, hasta donde es posible, definitivo, se dirige la iniciativa de un español patriota, D. Bernardino Corral, iniciativa que tiene un doble valor para nosotros. De una parte, el que nace de la idea misma; de otra, el que procede de su aceptación por los elementos docentes y políticos del país americano en que se ha producido: Chile.

La iniciativa es de un certamen histórico, que se anuncia bajo los auspicios de la Universidad del Estado, del Instituto Nacional, de la Universidad Católica y de otros Centros docentes chilenos, para premiar un nuevo texto de Historia de Chile que se utilizará en la enseñanza secundaria de la República y de un compendio de la misma materia para su uso en las escuelas preparatorias. Ambos trabajos han de inspirarse en las últimas investigaciones históricas (dice el programa) y su objeto ha de ser «cooperar al acercamiento intelectual e industrial que viene produciéndose entre España y sus antiguas colonias».

El hecho no necesita comentarios. La orientación que a toda su propaganda de rectificación histórica colonial ha dado el iniciador de la idea, dice lo bastante en cuanto al fin que se persigue. La aquiescencia y cooperación de la Universidad Nacional de Chile, cuyo rector, Domingo Amunátegui, ha traducido una parte considerable del libro vindicador de Gaylord Bourne, subraya suficientemente el resultado a que se aspira.

Así viene a condensarse, en una forma eminentemente práctica y de eficiencia enorme, toda esa

corriente rectificadora de nuestra historia colonial, que en todas las Repúblicas hispanoamericanas tiene ya notables representantes y que en los Estados Unidos ha formado escuela (1).

De ella esperamos la justicia que merecemos. Nadie pretende negar que en el sistema colonial de España hubo errores, egoísmos y violencias; nadie que los hombres encargados de la obra de colonización obedecieron, más o menos veces, antes a los dictados de su propio provecho que a los de las leyes mismas, que trataban de amparar a los débiles. Pedimos tan sólo que se reduzcan aquellos hechos históricos—de que no está libre ninguna nación colonizadora, incluso en los tiempos contemporáneos, en que son menos disculpables—a su verdadera realidad en número y en proporciones de daño; que se nos reconozca juntamente todo lo bueno que hicieron nuestra administración y nuestros compatriotas, laicos y religiosos, y que se quiten así de la inteligencia y el corazón de los hermanos de América y de la Humanidad toda, motivos de condenación desprovistos de verdad, y que nos enajenaron durante mucho tiempo la simpatía de los espíritus generosos de todas las razas.

(1) Como prueba de lo bien preparado que está el ambiente, citaré el reciente hecho del certamen sobre colonización de España en América abierto por el diario *Hispano* de Bahía Blanca (Argentina) entre los alumnos del Colegio Nacional y al que estos han concurrido.

II

Defensa del castellano

Quizá ha sido un bien que no se haya podido celebrar la Fiesta de la Raza tal como se había proyectado y anunciado en muchas localidades (1). Nos hemos ahorrado unos cuantos discursos de sentimentalismo insincero o, cuando menos, infecundo, porque nadie cree en él. En todo caso es seguro que no influye para nada, ni en el modo como son tratados nuestros emigrantes aquí y allá, ni en el abandono positivo en que tenemos, prácticamente, nuestras relaciones con América.

En cambio, la sobriedad de ceremonial impuesta por las circunstancias ha producido la condensación de las ideas en una serie de conclusiones encaminadas a la acción inmediata, independiente de los sentimientos. Cierto que la casi totalidad de esas conclusiones se refieren a la acción oficial; es decir, son peticiones al Gobierno, y muy pocas se dirigen a las fuerzas sociales que por sí mismas, sin tener que pedir permiso a ningún centro oficial, pueden hacer mucho y rápidamente. Pero así y todo—es decir, aun condenadas al más lamentable olvido—, las conclusiones referidas señalan un

(1) Este párrafo se escribió en Octubre de 1918.

progreso en cuanto a nuestro modo de celebrar la fiesta. Nos acercamos al procedimiento de los partidos políticos modernos. Hagamos votos porque se siga avanzando en ese camino.

Entre todas esas peticiones hay una que requiere especial señalamiento. Ya ha sido subrayada por algún periódico, pero no es ocioso insistir. Me refiero a la que, suscripta por las representaciones de los Centros científicos y económicos de Valencia y por el cuerpo consular allí residente, resume su pensamiento en los siguientes puntos, que expresan otras tantas peticiones:

«Primero. El estudio obligatorio y diario de la lengua y literatura españolas en todos los cursos del Bachillerato y de Escuela Normal.

Segundo. El establecimiento del estudio de la lengua española en la enseñanza primaria y en las escuelas técnicas, industriales, de artes y oficios, etc.

Tercero. El establecimiento en la Universidad Central de cátedras de ampliación e investigación gramatical, de Fonética, de Morfología y Sintaxis, etcétera, etc.

Cuarto. La exigencia del título que acredite estos estudios superiores gramaticales y filológicos para la enseñanza de nuestra lengua en Institutos, Normales, escuelas técnicas, etc., a fin de que el profesorado encargado de estas enseñanzas tenga un grado tal de competencia que garantice su saber y altas dotes pedagógicas para el éxito de estas reformas».

Siempre me ha maravillado—y en alguna ocasión he escrito acerca de ello especialmente—que en nuestras frecuentes imitaciones del Bachillerato, tipo francés, lo hayamos copiado o adaptado todo menos lo que constituye nota esencial de

aquel sistema: el cultivo intenso del idioma patrio, no en la forma puramente gramatical, de que son, más que aficionados, idólatras nuestros maestros y profesores, sino en la lectura y estudio de los grandes modelos literarios.

Como los que aquí se las echan de partidarios de la tradición y de lo castizo suelen ser tan hueros, mientras perdían el tiempo en ditirambos de un pasado histórico, que no conocen más que de referencia vulgar y equivocada, olvidaban pedir esto que es tan racional y de tan positivo españolismo: que se lean nuestros clásicos antiguos y modernos, porque también los tenemos (como los franceses) en el siglo décimonono. Y como, por otra parte, nuestros reformadores se suelen contentar con la iniciación de las cosas que luego dejan a medio hacer, todo ensayo de método cíclico o concéntrico en el periodo docente de cultura general (primera y segunda enseñanzas) se ha quedado a medio camino, y, por tanto, no ha dado frutos. Quizá no hay materia, como esta de nuestra literatura, que más fácilmente se preste a un plan cíclico, desde el primero al último año de cada periodo de estudios.

Los valencianos, con muy buen sentido, vuelven al buen cauce. Su petición plantea las cosas como deben ser. La respuesta lógica y adecuada está en la adopción de aquel método. Pero, repito, con poca Gramática y mucha lectura y comentario.

Aunque no tuviéramos la necesidad que supone nuestro problema de América, sería en nosotros obligada, como españoles, esa intensificación de estudio de nuestro idioma nacional. Lo que espiritualmente significa un idioma se ha dicho cien veces y de un modo admirable. Tómese como ejemplo

lo que sobre este tema escribió Fichte en sus «Discursos a la nación alemana». De aquí que no pueda haber mejor lección de españolismo que la emanada de nuestros grandes escritores, si no es la que procede de nuestra Historia. Historia e Idioma patrio debieran ser los dos ejes de nuestra educación ciudadana.

América añade nuevas razones a éstas, que no son flojas. Los valencianos—hombres de dos idiomas, nótese bien—lo dicen con frase sobria y precisa:

«El primer paso para una más íntima compenetración, para una más perfecta unidad espiritual española, es el cultivo intenso en nuestros centros de enseñanza de nuestra lengua, que es la expresión de nuestro espíritu y de nuestra literatura, que es la expresión más alta de nuestra civilización.

»Daremos con ello un ejemplo a nuestros hermanos de América, y no disentirán nuestros cuadros de estudio de los vigentes en el resto de las naciones civilizadas».

No olvidemos que dos de nuestras bases de acción, en gran parte de América, son la comunidad de idioma y la emigración, que también aporta y robustece el idioma. Los peligros que éste sufre allí por la presión de otras influencias lingüísticas y por la incultura inicial de muchos de nuestros emigrantes, son bien conocidos. Si continuamos debilitando—o no fortaleciendo, que es lo mismo—ese factor de intimidad e influencia, perderemos todos los que de él dependen.

Hay, pues, en esto algo más que un interés sentimental. Hay un interés que diríamos—abrazando todas las acepciones de la palabra—económico. Por olvidarlo, se ha planteado mal entre

nosotros el pleito del idioma nacional y de los regionales, y se pretende restar fuerza al primero, sin advertir las consecuencias funestas que esto podría traer «para todos».

Gústennos o no, los hechos cumplidos tienen una fuerza incontrastable. El hecho cumplido de nuestra Historia es que el castellano se impuso, siglos ha, como nuestro idioma común y representativo. El expresa nuestra unidad nacional y política; es el apellido único con que el mundo nos conoce, nos estudia y nos cotiza; es nuestro lazo de inteligencia con millones de hombres. Por eso, el punto de vista práctico desde el cual debe considerarse la cuestión de nuestro idioma y de su cultivo, es el de su acción internacional, que envuelve el de nuestras conveniencias económicas y espirituales.

Para una cosa y otra—ya lo he dicho en reciente ocasión—es necesario emplear el instrumento más fuerte, más fácil de penetrar en las filas ajenas y más representativo, y procurar ahincadamente que no se debilite ni se acorte su uso entre todos los hombres nacidos en tierra española, o de ella derivados. Esto, y no otra cosa, es «lo que nos conviene». Mirando a los países americanos, eso es lo que nos dicta nuestro deber patrio y nuestra utilidad mercantil. Es hora ya de que, pensando en nuestros destinos, vivamos con la verdad y no con la fantasía.

Recojan, pues, los Poderes públicos esas peticiones de los valencianos. Puesto que quieren renovar la vida española, renuévenla en esa materia, que no pide exotismos, sino todo lo contrario: el regreso a lo más hondo y troncal de nuestro espíritu.

Y no echen en saco roto esta discretísima observación de los valencianos:

«No escapa a la aguda perspicacia de vuecencia que en Italia, país más polidialectal que el nuestro, existe en la clase media y en el pueblo un respeto y un afecto a la lengua nacional de que aquí carecemos. Que reciente la unidad política, hay una más perfecta unidad espiritual que entre nosotros. Que la cultura de la clase media, y sobre todo de la juventud que ingresa en las aulas universitarias, ha elevado su nivel moral e intelectual en los últimos lustros, y todo ello se debe, como de consuno reconocen publicistas y maestros, a las reformas pedagógicas, a los nuevos planes y sistemas de enseñanza, a la incorporación de Italia al movimiento cultural europeo».

Bastaría ese ejemplo de una nación que en pocos años ha renacido y se ha hecho fuerte, para que viésemos la necesidad apremiante de intensificar el estudio de nuestro idioma, y, si preciso fuera, para que lo defendiésemos viril y empeñadamente.

III

La unidad nacional y el idioma

El americanismo está de moda. Congratulémonos de ello. Cierto es que con él pasa algo análogo a lo que ocurre con el aliadofilismo. Una porción de señores de quienes no se supo nunca que sintiesen simpatía por la causa de los aliados, y que en los días de peligro permanecían discretamente silenciosos, ahora vocean que es un primor; y a su lado, los que en Francia califican con toda justicia de «amis des mauvais jours», aparecen poco menos que como neutrales «neutros». En el americanismo, repito, ocurre lo propio. Pero sería inconveniente reñir por eso. Al fin y al cabo, lo que importa es que se forme opinión, y la opinión pública es, en cierto aspecto, la suma de opiniones individuales. Venga en hora buena, pues, la moda del americanismo. Inscríbanlo en su programa los partidos que nunca se acordaron de él o no lo practicaron desde el gobierno. Fórmense bloques con partidarios de primera o de última hora. En fin de cuentas, las ideas ganarán con esto.

Pero dejémonos de repetir lirismos. Ya he dicho en otra ocasión, y con motivo de este mismo asunto, que hay tanto lirismo en cantar sentimentalmente una idea como en exponer programas

prácticos y no cumplirlos, ni aun en aquello que procede de la iniciativa particular. Si América nos importa, cuidémonos de ella y recojamos todo lo que puede ofrecernos como signo de sus orientaciones económicas y espirituales. Tengamos la lógica de estimar—si podemos entendernos con ella—lo que dice acerca de las grandes cuestiones del momento, y en especial lo que dice de nosotros. Quizás encontremos llamadas importantes a la reflexión de nuestros propios problemas y al juicio de los términos en que los planteamos.

Ahí va un ejemplo:

Uno de los más ilustres profesores argentinos, Rodolfo Rivarola, presidente cuando escribió lo que sigue, de la Universidad de la Plata, ha dado en la ciudad de Rosario de Santa Fe, y con motivo de la Fiesta de la Raza, una conferencia, cuyo título es «La raza como ideal».

¿Qué piensa el Sr. Rivarola—hijo de italiano y catalana—de nuestro problema de raza? Vale la pena repetirlo aquí en la hora presente.

Luego de exponer el conflicto social en que él mismo se encuentra por su origen, y que sería el de tantos hombres si las cosas humanas se pretendieran resolver con el criterio de la raza «antropológica», escribe estas graves palabras: «No admitiréis razón que intente dividir a España, hoy en nueva era de grandeza, en diversidad ni conglomerado de razas. Os hallaréis mejor dispuestos en consentir que la raza sea española, indivisible y única, y que en el fondo de la diversidad regional de vuestra tierra, la unidad ancestral de vuestra sangre explique «vuestra unidad política innegable». No consienten los italianos, que han hecho gloriosamente la unidad de Italia, que ésta no sea cuna de la raza latina y que no sea la

sangre latina necesaria explicación de la unidad política de su tierra».

Más adelante, y ensalzando las ventajas de la cohesión de los pueblos, dice: «La conciliación de los hombres es más probable con la atenuación de desigualdades que la naturaleza y las circunstancias traen consigo, «que no con acentuarlas o marcarlas para dividir a un pueblo en vez de unirlo en comunes sentimientos y esperanzas». La política universal de las nacionalidades desconfiadas y recelosas, «contraria a la Sociedad de las naciones», ha dado los frutos que de tal error podían esperarse: la hora siniestra de la historia, de que somos testigos».

Por último, buscando cuál sea el lazo de unidad de la América española y de ésta con España, declara, cómo no tienen más remedio que declarar todos aquellos que no hayan perdido, juntamente con el sentido de observación de la realidad, el instinto de la conservación propia, que «sólo en el idioma yo la encuentro (la unidad), en este idioma común en que me place hablaros...; de esta lengua que el pueblo debe hablar sin maltratarla, y que en parte la hablaría si, en vez de repetirse en las escuelas las reglas de gramática, se hablara en castellano, aunque ignorándose las reglas. Con ello vinieron escritas las viejas leyes que dieron estructura a la vida social de la colonia; con ella, y por razones de mejor gobierno, los criollos dijeron sus querellas contra los que llamaron «godos», y en la propia lengua les dijeron que serían independientes del gobierno de España; con ella entonaron el grito sagrado, y por tres veces aclamaron la libertad; con ella fueron escritos los nuevos Códigos y se afirmaron en la sociedad las normas del orden y del respeto por cuanto es digno de ser

respetado; y al terminar el siglo del grito independiente, emocionado de rencor y odio, fué en cambio palabra de paz la que hizo vibrar los cables que ligan con la corriente eléctrica, materialmente, a los dos continentes que se ignoraron el uno al otro hasta hace apenas más de tres siglos» (1).

He ahí lo que nos dice uno de los directores del pensamiento argentino, avisándonos de lo que nos importa y nos significa el mantenimiento del castellano como expresión de unidad y de comercio internacional con la América a que dimos nacimiento. Como Rivarola piensan todos los que desde allí observan y estudian nuestro problema que es también, en gran parte, el suyo.

Pero también aprecian de igual modo las cosas, con carácter general, otros hombres del Viejo Mundo. Es interesante a este respecto confrontar la doctrina que está en el fondo de las declaraciones de Rivarola, con la del profesor del colegio de Francia, A. Meillet, en su reciente libro «Les langues dans l'Europe nouvelle». Meillet teme, y con razón, la parcelación excesiva de los idiomas como resultado del neonacionalismo. «He querido —dice—exponer la situación lingüística de Europa tal como es, y no como las vanidades y las pretensiones nacionales, exasperadas desde el siglo XIX, apetecen que sea». Cuanto más necesidad hay de entenderse, menos se dispone de

(1) Es interesante advertir que de día en día crece el auge de nuestro idioma y nuestra literatura y no solo en los países de habla extranjera que pueden necesitar de aquél como instrumento de expansión comercial, sino también en aquellos de nuestro tronco en que más de temer era el desarrollo de una tendencia lingüística particularista o muy influída por extranjerismos. Es muy significativa a este respecto la serie de artículos que sobre *El español como lengua universal* viene publicando el importante diario bonaerense *La Unión*.

medios para que sea así, dice en otro lugar de su libro.

¿Podrán llamarnos a reflexión a nosotros, los españoles de esta triste hora de España, esas voces de gentes que discurren libres de nuestras pasiones, de nuestra ofuscación peligrosa?

IV

La defensa del libro español

Mientras algunos políticos preparaban la consabida Asamblea, trabajaban en cosas muy distintas algunos españoles congregados en una obra común con olvido absoluto de sus diferencias políticas, filosóficas, regionales y sociales, que nada tenían que hacer en el asunto, pero que espíritus menos patriotas seguramente hubiesen levantado como barreras para impedir toda empresa cordial. Me refiero, al decir ésto, a la Conferencia de Editores españoles y Amigos del Libro, celebrada en Barcelona en los últimos días de Junio de 1917.

Nuestra prensa no ha concedido a este hecho toda la atención que merece, distraída con la agravación de los asuntos políticos. Esperemos que se la concederá cuando la vida española vuelva a su cauce o descanse en uno nuevo, si ese es nuestro destino (y conste que la frase es puramente literaria).

Un común interés reunió en la Conferencia a la mayoría de Editores y Libreros importantes de España y a unos pocos escritores y amigos del libro. Ese interés no es otro que el de las publicaciones españolas, del producto intelectual español que en las circunstancias presentes halla un momento pro-

pricio para su difusión, y que tropezará, apenas termine la guerra, con peligros muy serios, sobre todo, en tierras americanas. Un elocuente aviso de esto lo ofrece la recientísima unión cooperativa de las más importantes casas editoriales de París, con relación a la venta del libro francés en América.

Pensando en la oportunidad de hoy y en la amenaza de mañana, los congregados en la Conferencia de Barcelona han estudiado el programa de reformas e iniciativas que conviene emprender desde luego. Tres días emplearon en ese estudio. Pocas veces, en una reunión de hombres (no diré de españoles, por no incurrir en la vulgaridad usual, y porque sé bien que no somos nosotros los más charladores y derrochadores del tiempo) se habrá hablado menos y obtenido más fruto. Castellanos, catalanes, valencianos..., españoles de casi todos nuestros puntos cardinales, se mostraron igualmente sobrios de retórica y prácticos en el acuerdo.

En cuatro temas fundamentales se agruparon las conclusiones votadas por unanimidad. He aquí la expresión de esos temas:

Primero.—Medios conducentes a compensar la subida de los precios de las primeras materias, especialmente, la del papel.

Segundo.—Medios conducentes a la facilidad en los envíos de toda la producción editorial y su reembolso.

Tercero.—Medios conducentes a la mayor garantía en los derechos de propiedad intelectual y a su facilidad para establecerlos.

Cuarto.—Ampliación del Estatuto del Centro de la Propiedad Intelectual. Establecimiento de fiestas y medios de propaganda para la difusión del libro.

No copiaré aquí las diez y ocho conclusiones, algunas muy extensas y detalladas. Prescindo, desde luego, de las especialmente técnicas, que no pueden interesar al gran público. Pero si éste (en cuanto está representado por mis lectores) se ha de dar cuenta de la labor realizada por la Conferencia y ha de comprender su importancia, es indispensable que conozca sus ideas principales.

Figura en ese número la formación de un Sindicato de Editores (conclusión cuarta del tema primero), encaminado a ejercer una «acción comercial común» y especialmente a realizar lo que sigue: propaganda del libro español, repartiendo cada año un catálogo general de la librería española y uno mensual de las nuevas publicaciones; información de los compradores del exterior y registro de todas las publicaciones hechas en España; ensayo de establecimiento de casas cooperativas distribuidoras del libro español en puntos apropiados del extranjero, respondiendo al interés despertado en Inglaterra y los Estados Unidos, principalmente, por el estudio del idioma español; solución práctica, ya sea con el establecimiento de una caja mutual de liquidación de facturas o por otro medio conveniente, del problema de las ventas a largo plazo de los libros en América, para obtener así una mayor difusión del libro español.

Creo inútil encarecer la importancia de estos propósitos, que atacan las principales dificultades presentes de nuestra extensión literaria por tierras de América, o se disponen a aprovechar las oportunidades del momento. Coadyuvando a esta sana orientación, tuve el gusto de comunicar a la Conferencia (con cuya presidencia honoraria fuí honrado desde la sesión segunda) dos hechos recientes de gran enseñanza. Uno es la cooperativa de anun-

cios de los productores de vinos de California, en que el interés especial de cada una de las marcas se ha supeditado al interés común de difundir genéricamente el conocimiento del producto, ejemplo aplicable a las ediciones de libros españoles. El otro es la creación en Londres, y en sitio céntrico de la ciudad, de un depósito cooperativo de publicaciones italianas, es decir, de obras escritas en un idioma que de momento no atrae la atención tanto como el de España. Y como, además, según también comuniqué a la Conferencia, del mismo Londres han partido indicaciones para el establecimiento de otro depósito español, sería tonto, y antipatrótico desde luego, desperdiciar el ejemplo y la coyuntiva. Los editores españoles no han querido, como se ve, ser tontos ni antipatriotas.

En el tema segundo, son de notar las siguientes conclusiones referentes a América.

Conclusión tercera: «Establecimiento del franqueo de 25 céntimos por kilo para los envíos postales a la América Latina, aunque no se obtenga la reciprocidad de los países receptores, como protección indirecta del Estado a la cultura por el libro y, a la vez, como medio de fomentar en el Nuevo Mundo los intereses espirituales de España vinculados en el habla castellana». Un segundo párrafo de esta conclusión, cuyas últimas palabras son notables y contrarrestan ciertos fanatismos particularistas, provee a la conformidad entre la reforma preconizada y los compromisos internacionales del Convenio de Berna.

Conclusión quinta: «Recabar de la Administración de Correos el establecimiento de los giros postales contra reembolso, para el envío de libros y revistas a las Repúblicas de América; es decir, el establecimiento del cobro de las facturas e importe

de los envíos por correo, de modo que los funcionarios de las Administraciones americanas y los de la Administración española, en justo trato de reciprocidad, pudiesen efectuar el cobro al efectuar la entrega de los paquetes».

Conclusión sexta: «Apoyar ante el Estado la petición de la Casa de América, de Barcelona, para que se nacionalice el transporte de paquetes postales, especialmente con América, en cuanto lo permitan las circunstancias».

Del grupo de las conclusiones referentes al tema tercero, tomo únicamente la sexta, encabezada con el epígrafe de «Protección en América». —«Es de desear—dice—que por el Ministerio de Estado se prosigan con todo interés las gestiones para concertar tratados de protección de nuestra propiedad intelectual en los países en que aún no poseemos esa garantía. El concertado con la República del Ecuador en 30 de Junio de 1900, publicado en la «Gaceta» de 27 de Enero de 1905, es un buen modelo de tratado».

Y dando una muestra de amplitud de criterio y deseo de concordia, la Conferencia añade el párrafo siguiente:

«Para vencer la resistencia que tradicionalmente oponen los Gobiernos y los Parlamentos hispanoamericanos a concertar tratados de esa naturaleza, puede llegarse hasta aceptar un «menor» plazo de duración de la protección a nuestra propiedad intelectual en el otro país contratante, del que nosotros podamos otorgar a la suya». Y es triste que salvo lo poco conseguido en el Congreso Postal, el amplio y sensato programa de Barcelona esté aun incumplido y casi sin acometer.

V

El libro español en América

Que el libro español tiene—después del producido en la misma América de habla castellana—preferente derecho para ser órgano de la vida intelectual de aquellos países; que en el campo privativo y especial de nuestra producción literaria y científica (singularmente, en cuanto a nuestra literatura clásica y moderna y a nuestra historiografía colonial) le corresponde forzosamente el primer puesto, dado que es insustituible, y que para su uso y difusión encuentra allí un medio preparado por el idioma, por siglos de historia común y por afinidades que laten permanentemente (a despecho de todas las disidencias y luchas) en el espíritu de lo que bien podemos llamar raza, son cosas que nadie discute ya.

Salvo lo que han ido creando como fruto de su civilización propia—y ya es mucho y de altísima importancia en no pocos respectos—aquellos pueblos jóvenes, toda cultura extraña a la que se expresa en castellano, para influir ampliamente en ellos y aplicarse a la educación general, tiene que pasar por la traducción. Y ni que decir tiene, cien ejemplos lo muestran, que las traducciones debidas a plumas no hispanoamericanas o españolas (y a

condición de que, siendo ese su origen, no estén contaminadas por larga residencia en país extranjero), adolecerán siempre de múltiples defectos que originan perturbadoras consecuencias.

La consideración de que España debía ser para América un medio de transmisión, con las traducciones, de lo selecto de las producciones literarias y científica en idiomas extraños, no es ya únicamente española. La he oído repetir muchas veces en América. Y recuerdo que al expresarla un profesor cubano, en cierto discurso de salutación de que fuí objeto, quejábase juntamente de la incorrección gramatical de algunas traducciones españolas, citando la de la *Historia de la civilización* de Seignobos. La queja era fundada; pero la traducción de Seignobos aludida es, precisamente, de las que no están hechas en España. Y como esa, podría citar muchas.

Pero si todo eso es archisabido; si, como consecuencia de ello, todo el mundo (no sólo los editores y libreros) repite que nuestro libro se debe y se puede vender abundantemente en América, y que si no nos preocupamos de esto concluirán por adueñarse de aquel mercado las ediciones y las traducciones hechas en Alemania, en Francia, en los Estados Unidos, etc., muy pocos son los que exponen concretamente medios para que no ocurra esto último y se cumpla lo primero, y menos aún los que realizan actos, dentro de la esfera de su actividad profesional, para que así suceda.

No ignoro que algunos editores trabajan bien su mercado de América; pero igualmente sé que no alcanzan ni la décima parte de lo que se podría lograr con una acción concertada y sistemática, naturalmente superior a los medios individuales, por muy poderosos que ellos sean; que esos edito-

res a que me refiero son pocos en número, y que la apatía de los demás, o el conformismo con las ganancias alcanzadas, segregan de la influencia de nuestra producción intelectual muchísimos puntos de América en que podría desarrollarse ampliamente.

El conocimiento de todos estos hechos y de los peligros que suponen, ha concluído por despertar el espíritu de los principalmente interesados: y consecuencias importantes de ello han sido la «Conferencia de Editores y Amigos del Libro» celebrada en Barcelona, y el proyecto de una «Cámara del Libro español» o «Asociación de los Amigos del Libro», que, a propuesta de D. Gustavo Gili, aceptó por unanimidad la Conferencia relatada en el capítulo anterior.

Hay, entre las conclusiones aprobadas por esta reunión—cuya nota original fué la presencia de autores, unidos con los editores, libreros e impresores—, algunas en que se concretan medios de protección para nuestro libro, relativamente a su difusión y venta en América. Pero, singularmente, la tarea de trazar todo el programa y de proceder a su ejecución ha de corresponder a la mencionada Cámara, condicionada fundamentalmente por el documento en que el Sr. Gili la propuso y definió su propósito.

Para ayudar a la determinación de ese programa, voy a exponer aquí algunas consideraciones, con la reserva de que no pretenden abrazar la totalidad de la cuestión, sino tan sólo algunos de sus elementos principales, complementando lo que tuve el honor de exponer en la referida Conferencia, sobre base de experiencias mías en América y de iniciativas de naciones europeas próximas a nosotros.

La difusión y venta de nuestro libro en los países de habla castellana (y a ellos se pueden unir hoy otros en que la enseñanza del castellano se extiende cada día más) reposa sobre dos condiciones fundamentales: que llegue a todos los sitios donde puede haber un comprador, la noticia, y si es posible, un ejemplar, de todo libro nuevo, y que se acreciente el prestigio de nuestra producción intelectual.

Lo primero es función privativa de libreros y editores. De su federación, de sus esfuerzos reunidos, de su solidaridad y cooperación incluso en los anuncios (ejemplo de los productores de vinos californianos; ejemplo también, y muy reciente, de los editores de París), depende que esto se consiga. La Cámara proyectada deberá preocuparse de esto en primer término.

Hoy día puede decirse que la realidad es todo lo contrario. Empecemos por el hecho de que ningún *Boletín* bibliográfico español da idea de la totalidad (a veces ni de la mayor parte) de la producción española, sin que podamos explicarnos esa ignorancia o esa negligencia en cosas que constituyen la materia de comercio para quienes suelen publicar esos Boletines. Añadamos que, deficientes y todo, la tirada de ellos, así como de los catálogos, es generalmente tan corta, que no puede cubrir sino una parte mínima de las necesidades de propaganda en América. Creo inútil demostrar que es completamente errónea la creencia de que basta enterar de las novedades de librería a los libreros de las capitales de nación y de algunas ciudades importantes. Limitarse a esto es condenarse a un radio de acción mezquino. Pero ni aun eso se hace plenamente. Más de una vez he oído decir en América, y a personas de cultura (profesores,

abogados, médicos), que no encuentran medio de enterarse normalmente y con rapidez del movimiento de las publicaciones españolas en la especialidad de sus conocimientos; y no digamos nada de las dificultades para adquirir los libros, una vez averiguada su existencia. Lo que escribí en *Mi viaje a América,* con referencia a Chile, sigue siendo de actualidad, y no sólo para aquella República. Pues sino remediamos esto, todo lo demás es inútil. Y el remedio pertenece a la esfera de la acción privada común a editores, libreros y escritores. El Estado tiene poco que hacer aquí. No perdamos tiempo en implorarle.

La segunda condición se refiere al prestigio del libro español. Ese prestigio va naturalmente unido al general de nuestra patria, tanto en su presente como en su pretérito.

En varios libros he procurado demostrar, a propios y extraños, que nuestro prestigio ha crecido considerablemente en todo el mundo, y que una gran parte de las leyendas e inculpaciones injustas que manchaban nuestra historia y el concepto de España como nación moderna, se han borrado del todo o se van desvaneciendo. Porque así fuese, y en la escasa medida de mis fuerzas, vengo trabajando hace años. No han tenido otro propósito fundamental mis varios viajes por tierras americanas y mi intervención en Congresos científicos internacionales.

Y el mundo, en efecto, empieza a rendirnos justicia. No hace veinticuatro horas que aquí, en Madrid, nos decía a varios amigos españoles un distinguido profesor argentino:—«Hace años, era en nuestros libros docentes cosa rara y de poca estimación, una cita española. Ahora, son abundantes y de autoridad».—No se trata de una li-

sonja de visitante. El hecho es cierto, y no solo para la Argentina. Y si no aumenta, la culpa principal la tienen los españoles mismos. Todo el mundo sabe que quienes principalmente se encargan de censurar y rabajar el mérito de nuestros escritores de todo orden, son algunos colaboradores españoles de diarios americanos y algunos conferenciantes. Aquellos, no tienen, las más de las veces, bastante voluntad para resistir al impulso de verter, en artículos que leerá un público extraño, sus antipatías, celos, disputas y resquemores de origen peninsular.

Los segundos, igualmente débiles para esto, o ganosos de señalar el contraste que presumen existe entre ellos mismos y los compatriotas a quienes censuran, esgrimen el látigo que es un primor, y a menudo, no solo sobre espaldas individuales, sino sobre las de la patria. El caso de Villaespesa, de que hablan los periódicos estos días, es típico. Podría añadírsele el de ciertos conferenciantes que apenas pisan tierra americana se apresuran a decir, en la indispensable *interview* periodista, que España es un país ignorante y hambriento o cosa análoga; como se ve, muy propicias todas para realzar al prestigio de nuestro país y convidar a los americanos para que se relacionen con nosotros.

Bien evidente será para todos que si no cambiamos en esto (es decir, si no cambian los que tal hacen), será inútil, en no poco, que publiquemos libros y nos esforcemos por enviarlos a todas partes de América; porque allí les amenazará siempre el descrédito sembrado por quienes más debieran defenderlos: descrédito que, naturalmente, aprovecharán los enemigos que aún tenemos por aquellas tierras, o quienes, sin serlo, se dejan llevar

por nacionalismos y patrioterías hoscos y llenos de púas para todo lo extraño, especialmente para lo más afín, como es de ley psicológica.

El remedio de ese mal está en manos de los escritores mismos y a ellos corresponde aplicarlo si quieren sinceramente contribuir al mantenimiento del mercado intelectual de América, y si son capaces de anteponer los inteses *de todos*—que son los llamados de «la patria»—a los suyos individuales o a las rencillas del oficio. No es necesario esforzarse mucho para probar que entre la lisonja a todo lo nacional y la intransigencia con lo que no es propio o de los amigos y correligionarios de momento, hay un campo amplísimo en que toda pluma española puede contribuir al prestigio de lo bueno que aquí se produce, afortunadamente en mayor cantidad de lo que el pesimismo o la envidia creen y propalan.

Si de aquel modo concurriesen desde hoy a la obra común los autores, en tarea que sólo ellos pueden cumplir con autoridad (1), se facilitaría grandemente la obra preconizada por la Cámara del Libro español y aun no cumplida; y el beneficio recaería sobre todos, es decir, sobre cada uno, para expresarme en lenguaje individualista, único que muchos comprenden.

(1) Explicaciones de esta dotrina podrán hallarse en mi libro *España y el programa americanista*. Pero ¿es que no nos bastaría el ejemplo de los franceses y de otros pueblos? Complemento práctico de ello, con indicación de puntos de procedimiento, puede hallarse en la conferencia que sobre *Medios de difusión del libro español en América* di en 2 de Mayo de 19[illegible] a requerimiento de la «Federación española de productores, comerciantes y amigos del Libro» y que esta asociación ha publicado en folleto.

VI

La «Institución cultural española»

I

Seguramente, habrá entre nosotros muchas gentes que solo tengan una vaga idea de lo que significa para España la Institución cultural de Buenos Aires. Creo que a ello ha podido contribuir el excesivo «interiorismo» que diríamos, la falta de publicidad con que, a semejanza de la diplomacia tradicional, suele llevar sus asuntos la Junta para ampliación de estudios, a quien la Institución de Buenos Aires encomendó la exclusiva realización en España de la parte de aquellos de sus propósitos que solo aquí puede cumplirse.

Por eso ha convenido mucho que el propio doctor Gutiérrez explicase en Madrid lo que, según sus fundadores, es y se quiere que sea la referida Institución. Así lo hizo en el salón de conferencias de la Residencia de estudiantes y ante un público numeroso en que tenían representación muchas de las clases y profesiones sociales que más convenía oyesen las noticias y juicios que el conferenciante hubo de emitir.

Fundamentalmente, es sabido que la Institución cultural consiste en una fundación cuyas ren-

tas permiten sufragar los gastos de una cátedra española anual en la Universidad de Buenos Aires. Antes de esa fundación, la presencia en la Argentina de profesores españoles y su actuación en las Universidades de aquel país quedaba al azar de una ocasión fortuista, o al arranque (no fácil de repetir) de una Universidad como fué la de Oviedo. Pero como ni nuestras otras Universidades, ni nuestros numerosos Gobiernos, habían sabido (o querido) implantar el intercambio que desde 1910 se les predicaba, la continuidad, único hecho eficaz en esas actuaciones, no existía, y aun era de temer que se perdiese todo contacto personal entre el mundo universitario español y el sudamericano.

La Institución cultural ha sistematizado y hecho permanente y seguro ese contacto. Ahora ya puede ir todos los años a Buenos Aires un profesor español para explicar cursos de lecciones de su especialidad y vivir en el medio universitario porteño. Y como la Institución se ha extendido a Montevideo y a Santa Fe, y es muy probable que pronto llegue a Córdoba y otras poblaciones, puede confiarse en que dentro de poco tiempo todos los centros docentes superiores de los países del Plata tendrán una cátedra española, es decir, regentada por un profesor español. Eso es precisamente lo que inició la Universidad de Oviedo en 1909 y lo que entonces se hubiera podido conseguir si los Gobiernos españoles hubiesen comprendido la trascendencia de las relaciones docentes.

Por fortuna, la han comprendido los emigrantes españoles. Una vez más nuestros «indianos» han visto de una manera práctica donde está nuestro interés espiritual y han sabido servirle. Cuando el

doctor Gutiérrez explicaba en su conferencia la facilidad con que se había llegado a constituir en Buenos Aires el capital necesario para la fundación solo con suscriptores españoles, y la clara conciencia que nuestros compatriotas tienen «del valor positivo de la cultura» en la vida, yo sentía una hondísima satisfacción personal, muy disculpable, puesto que tiene su raíz en un sano patriotismo. Nacía esa satisfacción del hecho de ver confirmadas las noticias y apreciaciones que vengo divulgando hace años, y que tal vez eran escuchadas de labios del doctor Gutiérrez por algunas gentes que antes se habían mostrado excépticas a este respecto, o no habían concedido a los hechos todo el valor que tienen.

Mayor aún, si cabe, fué mi satisfacción cuando oí decir al doctor Gutiérrez, con toda la fuerza de su autoridad como testigo permanente de los hechos, otra cosa que también vine afirmando en 1910, que muchos acogieron aquí con sonrisa de incredulidad y otros calificaron de «patrioterías» mías. Me refiero a la rectificación producida (años antes de que existiese la Institución cultural, pero que naturalmente, ésta confirma y acentúa cada año) en el medio intelectual hispanoamericano, respecto de los valores científicos de la cultura moderna española.

No se creía en la existencia de esos valores. España podía dar, y había dado siempre, literatos y artistas; pero jurisconsultos, pedagogos, filósofos, naturalistas, psicólogos, médicos, mátemáticos, etcétera, eso no. Para encontrar esas especialidades y la literatura aprovechable a ellas correspondiente, había que buscarlas en Alemania, en Francia, en Suiza, en Italia...

Salvo algún nombre suelto, como el de Cajal,

todo lo demás, que nosotros ya teniamos en 1909, era desconocido en América.

Pero la rectificación vino; con ella la restauración del prestigio español, la lectura y estudio de autores españoles, y, en general, un movimiento de aproximación a España y a su cultura, que cada día se acentúa más. Ese hecho fué el que yo afirmé en 1910; y como antes digo, lo pusieron en duda muchos españoles, achacandolo a lo que llaman mi patriotería. Aún no hace mucho, y funcionando ya la Institución cultural, alguien ha dicho públicamente en España que en Sudamérica nos despreciaban como inútiles para la cultura, y ese alguien ha sido un español.

Las rotundas afirmaciones del doctor Gutiérrez en la Residencia de estudiantes, habrán convencido a muchos de que felizmente no son esas cosas «patrioterías».

II

En el capítulo anterior he hablado de lo que ya realiza la Institución cultural española en Buenos Aires y lo que dentro de este mismo año realizará en Montevideo, en Santa Fe y quizá en otros puntos de las regiones del Plata.

El doctor Gutiérrez cree que lo mismo puede lograrse en los demás paises americanos de emigración española. Yo también lo creo, y pienso que ese sería el modo más fácil y rápido de conseguir una cosa que siempre preocupó a las colonias de emigrantes españoles.

Las colonias tienen, por sí mismas, una necesidad cultural que en la Habana, por ejemplo, cumplen las escuelas del Circulo Asturiano, de la Asociación de Dependientes y de otros centros sociales.

Yo creo que esa necesidad es pasajera; por lo menos, que irá amenguándose a medida que nosotros proveamos aquí mejor y más extensamente a la instrucción de nuestros emigrantes, y que se compenetren y acoplen, mucho más aún de lo que hoy lo están, las masas nacionales de cada país con las de aportación española. Pero creo también que mientras subsista esa necesidad, existirá igualmente la de darle más perfecta realización, y para eso el medio es que se federen las Sociedades españolas de cada localidad y establezcan un Colegio modelo, con todos los adelantos pedagógicos que hoy son requeridos. Algunos de los que lean estos renglones, recordarán sin duda que ese fué tema de numerosas charlas, hace años, entre los españoles de varias ciudades americanas y el autor de este libro. El proyecto no se me ha olvidado, y espero que a mis amigos de allá tampoco.

Pero volvamos a la Institución cultural. ¿Por qué no ha de tenerla Cuba? Segurísimo estoy de que la Universidad de la Habana la patrocinaría en igual forma y con igual entusiasmo que las de Buenos Aires, Montevideo y Santa Fe. Por nuestra parte, no es menos rica y numerosa ciertamente, la colonia española de Cuba que lo son las de Argentina y Uruguay. ¿Qué dificultad puede haber, pues, para que en el curso próximo funcione ya la Institución en tierra cubana, y explique un curso de lecciones en aquella Universidad un profesor español?

Bien entendido, no se trata de conferencias sueltas, ni de discursos de propaganda, sino de labor científica, plenamente didáctica, realizada en la intimidad docente con los escolares cubanos y en la convivencia con el profesorado respectivo. Hay que escoger para ello, especialistas, autorida-

des en cada materia, no simplemente oradores. Cada cual que hable de lo que sepa y enseñe de ello.

Y como estoy seguro de que en Méjico, donde cada día retorna más el hispanismo sano, la semilla de la Institución cultural germinará igualmente, y que lo mismo puede pasar en Puerto Rico, en Santo Domingo y en Nueva York (bien sabido es el entusiasmo hispanista actual de los norteamericanos, que el nuevo Instituto de las Españas viene a probar de modo elocuente), podría incluso llegarse a una inteligencia para que un mismo profesor, en un año completo, recorriese las Universidades de los puntos citados, con lo que se conseguiría un ahorro de personas, de tiempo y de dinero, muy apreciables.

En lo que insisto es en estimar que no debe encargarse de la selección de profesores en España exclusivamente a la Junta para ampliación de estudios. No puedo ser sospechoso de enemistad a la Junta. De lo bueno que le debemos fuí pregonero en plena Sorbona, hace ya años (1), y varias veces he escrito artículos encomiando su labor. Pero creo que es peligroso olvidar a otros elementos de nuestra cultura presente que no figuran y probablemente no figurarán nunca en la Junta. Un patronato de hombres de reconocida competencia, de patriotismo y de carácter para decir que no a los «vivos», más o menos oradores, que quisieran aprovecharse de la Institución, podría servir bien a los propósitos de las que se creasen en el grupo antillano y norteamericano, por ejemplo.

Pero con lograr esa difusión de la gran iniciativa argentina, no se logra más que la mitad del propósito que perseguimos. Tendremos profesores

(1) *Inauguration des Conférences du Centre d'études Franco-Hispaniques de l'Université de Paris*. París, 1913. Un folleto de 23 págs.

españoles, permanentemente, en muchas de las Universidades americanas. Pero ¿y los profesores americanos en las españolas?

Es necesario preocuparse de ésto, sin lo cual yo creeré siempre que la obra queda imperfecta. Ya sé que para ello no pueden adoptar las naciones americanas la misma forma que nuestras colonias de emigrantes, porque ellas no los tienen en la Península en número suficiente para constituir esas fundaciones. Pero restan otra porción de medios: el auxilio oficial de los gobiernos americanos; el consorcio de los nacionales de cada país residentes en España con los indianos españoles que han regresado ya definitivamente a la Península y en cuyos corazones no se extingue así como así el lazo de afecto con los países en que trabajaron y se enriquecieron; el mismo concurso del Gobierno español, en la medida que fuera posible... Todo es, en la esfera de las posibilidades humanas, cuestión de entusiasmo y de voluntad. Nunca he visto que dejasen de encontrarse medios económicos y procedimientos de organización cuando hay deseos vivos de realizar algo. Así pasará con esto, si se emprende con brío la propaganda.

Existen hechos que demuestran la buena preparación de los ánimos en algunas partes. Los proyectos de intercambio de la Universidad de California con la de Madrid, de que he hablado en otros lugares y algunas manifestaciones en igual sentido de la Columbia de Nueva York, podrían señalarse como precedentes.

¿Y no sería todo esto un insustituíble americanismo práctico?

VII

La obra del Dr. Avelino Gutiérrez

Creo necesario, no obstante lo dicho en los capítulos anteriores, puntualizar la obra americanista realizada por el Dr. Avelino Gutiérrez, obra que ha contribuído de manera tan eficaz a que el prestigio intelectual de España crezca y se afirme en tierra argentina sobre bases indestructibles.

Por ello es el Dr. Gutiérrez un americanista práctico, como en sus respectivas esferas y posibilidades lo son casi todos los españoles que emigran a América. Con su conducta en este orden de cosas, el Dr. Gutiérrez ha sido y es una viviente demostración de lo que hace tantos años vengo diciendo a la opinión española respecto del valor (único positivo aquí) de la iniciativa particular y, en ella, de la obra de nuestros «indianos».

Sería inexacto afirmar que mediante la cátedra fundada en la Universidad de Buenos Aires por la Sociedad Cultural Española, han aprendido los argentinos la existencia de una España que no sospechaban. Años antes, esa existencia les había sido ya revelada: primero, por obra de los mismos «indianos», que aprovechaban todas las coyunturas para difundir en aquel país el conocimiento de lo bueno que en el orden intelectual aquí se

produce (¿bastará el recuerdo de Atienza y Medrano, entre los que ya no viven?); luego, por el patriotismo de hombres que fueron allá a divulgar, más que su obra propia, la de los compatriotas que merecían ser conocidos, estimando que si la leyenda del carnero blanco en el rebaño negro puede halagar la vanidad de los que tienen la desgracia de contarla entre sus defectos, el verdadero españolismo y el culto a la justicia obligan a desvanecerla.

Pero aunque estaba así preparado el camino, y comenzado a levantar el velo; aunque sin necesidad de esas propagandas, la fama de sabios como Cajal habíase esparcido por aquellas tierras, la Sociedad Cultural Española (como ya he dicho antes) prestó un enorme servicio acudiendo al remedio de un mal que ya en 1910 se veía venir: el abandono de las iniciativas anteriores; la falta de continuidad de los esfuerzos de unos pocos. Creando la cátedra «Menéndez y Pelayo», la Cultural aseguró esa continuidad en una de sus formas más importantes, y realizó lo que probablemente a estas horas aún no habrían ni esbozado siquiera nuestros Gobiernos. De esperar es que ampliando cada vez más su meritoria labor, poniéndose cada día más en contacto con todos, absolutamente todos los elementos que en España significan vida intelectual, la Sociedad Cultural conseguirá, en plazo breve, que la intimidad docente hispano-argentina disponga de un completo y eficaz instrumento de acción.

Ahora bien; la Sociedad Cultural es el doctor Gutiérrez. Lo es porque a él se debió la iniciativa, y porque esa iniciativa no fué más que el último término de un proceso de aspiraciones en que el insigne patriota buscaba el camino para mejor

servir a lo que estimaba como una gran necesidad de nuestro americanismo. Antes de eso, el doctor Gutiérrez había pensado en otras instituciones: conferencias para nuestros compatriotas de la Argentina; un colegio español sostenido por la Federación de todas las Sociedades españolas de aquel país... ¿Recuerda el Dr. Gutiérrez alguna de esas cosas?

Pero antes de eso—y de la Cultural—, ya el Dr. Gutiérrez había hecho mucho por España. Lo había hecho con su prestigio médico, con su hospital admirable, con la desinteresada ayuda (propia de los hombres modestos como él, que no van buscando la consecuencia honorífica de sus actos) a toda iniciativa patriótica; con el generoso auxilio a todo hombre en quien hallaba el mismo entusiasmo y la misma sinceridad que en él son constitucionales.

Mucho de eso no ha tenido expresión pública y no lo conocen las gentes sino en un círculo reducido de amistades; pero vive y perdura en el corazón de los que sintieron sus efectos y forma, alrededor de la figura moral del Dr. Gutiérrez, un ambiente de simpatía, de reconocimiento y de estimación que, estoy seguro, él coloca entre sus mejores adquisiciones sociales.

Con lo demás, aun sin contar la Cultural ni los donativos para becas de estudios a jóvenes españoles, tiene el Dr. Gutiérrez bastante para considerar en el fondo de su conciencia que ha cumplido ampliamente su deber de patriota y que en el balance entre él y España no es él quien adeuda. Importa ahora que la opinión pública de nuestro país se entere de esto. No basta que lo sepan unos cuantos, profesionales o favorecidos. Es preciso que lo sepa el país entero y que de él

salga—mejor que de los Poderes públicos—el necesario testimonio de gratitud que nace de un claro conocimiento de la obra cumplida por patriotas como Gutiérrez, que sienten el prestigio de de España como algo sagrado en cuyas aras todo culto es poco.

VIII

Cátedras españolas

Hace poco me escribió un español residente en América comunicándome la gratísima iniciativa suya de crear en cierta Universidad Hispanoamericana una cátedra de asuntos españoles que periódicamente explicaría un profesor escogido entre nuestros catedráticos, escritores, académicos y artistas peninsulares. Es, en el fondo, la idea que informó, en Buenos Aires, la creación de la ya citada cátedra de «Menéndez y Pelayo».

Considero que, hoy por hoy, esta es la forma más práctica de colaboración y fraternidad intelectual con los países americanos de habla castellana, caso aparte de lo que significan las pensiones de viaje, que no me cansaré nunca de recomendar a nuestra juventud estudiosa y a nuestra Junta para ampliación de estudios, demasiadamente remisa en concederlas, no sé aún bien por qué error de apreciación o por qué injustificado recelo.

Digo que esas cátedras son, hoy por hoy, la forma más práctica, y me fundo en varias razones.

El intercambio universitario (que sería su complemento y que antes he defendido como necesario) tropieza con muchas dificultades de organización que van dilatando su cumplimiento. Esas

dificultades no nos son totalmente imputables. El Presupuesto de nuestro Ministerio de Instrucción pública contiene una partida para esa necesidad, pero aún no ha podido ser aplicada. En los mismos Estados Unidos, país que la fama universal considera (no sé si con entera exactitud) como eminentemente *práctico,* los proyectos hasta ahora iniciados continúan siendo no más que proyectos, no obstante la buena voluntad de quienes con ellos están encariñados. Todo eso prueba que hay pormenores de organización todavía no bien conocidos y que oponen obstáculos hasta hoy invencibles.

En cambio, la fundación de cátedras en Universidades extranjeras o en instituciones independientes (ejemplo, el Instituto francés, de Madrid), y el llamamiento individual de profesores, son cosas que marchan ya corrientemente. Ahora mismo (1916) la Columbia University, de Nueva York, ha pedido un profesor o conferenciante español para explicar este Otoño algunas lecciones sobre temas referentes a España. En Londres hay propósitos semejantes, de cuya preparación, por lo que toca a España, he sido encargado.

La sistematización de estos casos es lo que puede procurarse mediante la creación de cátedras españolas, pagadas con fondos españoles, en algunas Universidades extranjeras; y, a veces también (en París, en Londres, en Berlín, en Nueva York o Boston, v. gr.), de Institutos españoles como el Francés de Madrid, antes citado. Eso nos aseguraría la presencia periódica de un profesor nuestro, que haría obra de colaboración científica con sus colegas de otros países y establecería en firme, año tras año, por una convivencia persistente combinada con la natural variación de las personas enviadas, los lazos de fraternidad y com-

pañerismo que todos deseamos. La permanencia de la cátedra evitaría las oscilaciones a que están sujetas siempre las cosas que hay que preparar de nuevo todos los años y que, por eso mismo, quedan muchas veces sin realizar.

Para que esas cátedras (como para la de Buenos Aires se pensó y es de desear que se cumpla), sean lo que conviene a nuestro patriotismo, es necesario que se sujeten a dos condiciones, a mi juicio, fundamentales.

La primera se refiere a que las cátedras se establezcan con arreglo al país (inglés, francés, alemán...), y, naturalmente, que el profesor que se envíe pueda hablar en el idioma de aquel (inglés, francés, alemán...) o leer, cuando menos, sus conferencias traducidas. Lo que se busca con esos envíos de personal docente, es que la voz de la ciencia, la literatura o el arte españoles, sea oída por el mayor número posible de personas. Es preciso, pues, hablarles en su idioma nacional. Otra cosa, será reducir considerablemente el círculo de los oyentes, salvo casos especiales como el de la Naval Academy de Annapolis. Naturalmente, si en vez de unas lecciones o conferencias, en que no hay propiamente *alumnos,* se trata de una clase permanente como las de español que existen en muchas de las Universidades norteamericanas, el dominio del inglés (y lo mismo diría del francés, alemán, etc., en sus casos respectivos), para conversar como los muchachos, preguntarles, etc., es tan imprescindible, que considero una locura exponerse a la *ridiculez* de no poder cumplir esa fundamental exigencia. Por eso llamé la atención del Ministro de Instrucción pública hacia ese punto en un discurso del Senado.

La otra condición (común a las cátedras en

países de lengua castellana o no castellana) es la del españolismo: españolismo en los asuntos y españolismo en el tono y en los juicios.

El españolismo en los asuntos está aconsejado por dos razones: una, que, por ley natural, lo que nosotros podemos dominar mejor, siempre, es lo nuestro, cuyo estudio en manos extrañas es, la mayoría de las veces, peligroso, como nos lo han demostrado bien los estudios de historia, de filosofía, de arte, etc., salvo casos aislados de un gran hispanofilismo que, a veces, también suele fallar, como lo demuestra actualmente el caso de Morel-Fatio que se ha empeñado en desprestigiarnos ante Francia por una ceguera incomprensible en hombre que, cuando menos, ha dado hasta ahora buenas muestras de entender lo que se escribe en castellano. La otra razón es que lo español, poco conocido en el extranjero, es ya apreciado en todas partes y constituye uno de los temas más atractivos de curiosidad científica, artística y literaria. Las gentes nos piden que les hablemos de España. Recojamos la petición y hablemos de ella, que materia grata no falta, verdaderamente.

En cuanto al españolismo en el tono y en el juicio lo único que yo pediría a los conferenciantes y profesores es que cumpliesen el programa que tracé en mi artículo titulado «El español fuera de España» (1). Si han de hacer lo contrario, mejor es que se queden aquí. Y ¡ay de nosotros!, no estoy yo muy seguro de que todos los que salen por ahí a *representarnos,* sepan ahogar sus fobias, sus antipatías personales y sus pesimismos, en aras del prestigio español.

(1) Incluído en el libro *España y el programa americanista.*

IX

El Congreso de Juventudes Hispanoamericanas

El Congreso de estudiantes de Estrasburgo, a que asistí en Diciembre de 1919, hubiera servido para convencerme, si de antemano no lo estuviese ya, de la excepcional importancia que representan los Congresos hispanoamericanos en preparación para 1920 y 1921.

Puede decirse que, aparte lo que en el sentido de la aproximación hispanoamericana siguen realizando nuestros emigrantes en aquellas tierras (respecto de lo cual diariamente nos da noticias el telégrafo), son los proyectos mencionados lo único práctico y eficiente que ofrece hoy por hoy nuestra política americanista. Adviértase, no obstante, que esas muestras de política práctica son, todas ellas, de iniciativa particular; pues si es cierto que los Gobiernos españoles, instados siempre, nunca *motu propio,* han patrocinado ya, más o menos, dos de los Congresos, ese patrocinio no es originario, sino *secundum quid.*

El primero de ellos, cronológicamente considerado, va a ser el de Juventudes hispanoamericanas, que si se cumple la intención de los iniciadores, será, de hecho, un Congreso de estudiantes. A mi juicio, asi lo deben haber entendido en América, y,

por nuestra parte, creo que haríamos mal en desvirtuarlo, introduciendo en él otros elementos cuya utilización adecuada no está en aquella Asamblea.

Creo que no solo serán innecesarios, sino que el efecto principal del Congreso de Juventudes estará, precisamente, en que sea de juventudes universitarias, es decir, de individuos que verán el problema general de las relaciones hispanoamericanas a través de la polarización especial de la enseñanza y sus cuestiones propias, o sea el orden de actividad social e intelectual que puede ser más fucunda para estrechar relaciones espirituales y preparar el intercambio intenso de influencias de este género.

La Universidad—y enlazo a ella las Escuelas superiores, que, por otra parte, son en casi toda América, o tienden a ser propiamente universitarias—es el lugar donde, por las necesidades substanciales de su función, puede ser conocida y apreciada de un modo más intenso y serio la producción expresiva del pensamiento y la labor científica y literaria de un país. El desconocimiento que a veces hemos advertido, de valores reales de nuestra vida intelectual, nace sobre todo de la disminución de horizontes que representa la utilización exclusiva de determinados libros y autores. Cuando los estudiantes (y los profesores también) ven satisfecha una exigencia docente con la producción emanada de un país o de un sector de vida científica y expresada en una cierta lengua, tienden de modo natural a buscar la satisfacción de las demás en el mismo origen, y a creer que ningún otro podrá servirlas mejor. El uso preferente, que pronto se trueca en exclusivo, de una literatura científica determinada, produce el error de

que todo está en ella y las demás no pueden dar nada.

Conozco muchos ejemplos de esto, y repetidos casos de rectificación con respecto a nuestro país. Ha bastado que la casualidad, a veces—otras veces, la propaganda de algunos hombres desinteresados y patriotas—hiciese conocer algunos libros, para que inmediatamente el antiguo supuesto se desvaneciera, dando paso al reconocimiento de que entre nosotros se podían encontrar los mismos libros útiles (a veces, dicho sea sin vanidad nacional, mejores) que se consideraron durante mucho tiempo exclusivos de una producción ajena.

La Universidad, por la variedad de su programa, es así el más completo vehículo para que lo bueno de un país, lo aprovechable de su actividad intelectual, sea utilizado en otro y marque huella, que, poco a poco, irá ahondándose y constituyendo un pliegue consuetudinario en el espíritu de las juventudes, es decir, en el de los directores de mañana. Ciencias sociales y políticas, filosóficas y matemáticas, naturales, físicas y químicas, disciplinas históricas, literarias y artísticas, todo tiene su campo en la Universidad y desde ella producirá un efecto superior al que cabe obtener de la apreciación de los especialistas sueltos post o extrauniversitarios, que siempre lucharán con el peso de las influencias recibidas en la juventud.

He ahí, pues, una de las perspectivas prácticas y la trascendencia principal del futuro Congreso. Unase a ella la que especialmente ha hecho resaltar el de Estrasburgo, evocada al comenzar este artículo, a saber, la de formación de pensamiento común, de acuerdos en cuestiones comunes, de mutua intersección y cambio de ideas y orientaciones, que la convivencia de jóvenes hispanoame-

ricanos y españoles va a motivar, y se tendrá así en líneas muy generales, preñadas de consecuencias, la alta significación, la utilidad formidable del Congreso. Repito que el de Estrasburgo, poniendo a mi vista la palpitación de la fuerza enorme que representan las agrupaciones de estudiantes, ha sido el avivador de la íntima convicción, que siempre tuve, de que el acto que preparamos aquí es una de las formas más prácticas que hasta hoy llevan camino de realización en nuestra política americanista.

Harán, pues, bien nuestros Gobiernos en seguirle prestando apoyo; pero aún será mejor que la opinión española se dé cuenta de lo que va a pasar y asista al Congreso de Juventudes hispanoamericanas con la fuerza inmensa que significan la atención alerta de todo un pueblo, la simpatía del medio ambiente y el deseo de recoger con respeto, para convertirlas en motivo de reflexión nacional, todas las enseñanzas que nos ofrezca el contacto en tierra española de nuestros estudiantes con los que en tierras de América hablan nuestro idioma, pero no siempre han convivido con nosotros en la esfera del pensamiento.

Lo demás que es preciso para que el Congreso de Juventudes alcance las finalidades que le corresponden, esperamos que sabrán procurarlo quienes lleven la dirección ideal de aquella Asamblea. Bien saben ellos que no se trata de un Congreso internacional más, de los que consumen toda su substancia en exterioridades y lirismos.

X

Llamamiento a las juventudes hispanoamericanas [1]

No hace muchos años conviví en vuestras Universidades, Liceos, Institutos y Escuelas con una gran parte de los que eran entonces lo que sois vosotros ahora. En Buenos Aires, en La Plata, en Córdoba, en Santa Fe, en Montevideo. en Santiago de Chile, en Lima, en Méjico, en Veracruz, en Habana, en Matanzas. en Cienfuegos, en Pinar del Río, fueron los estudiantes mis compañeros de labor docente y de entusiasmos ideales; y, a través de ellos —ya que mi viaje no pudo extenderse a más naciones—, tendí mi mano y mi corazón a todas las juventudes hispanoamericanas.

El lazo entonces anudado no se ha deshecho. A pesar de la distancia y de la dificultad que las circunstancias han puesto, desde 1914, para la repetición de la convivencia, he continuado en amistosa relación con los que en 1910 eran estudiantes y con muchos de los que luego han venido a serlo. Todos los años recibo aquí más de una visita de vosotros; todos los correos de América

(1) Este llamamiento fué escrito a petición del Comité organizador del referido Congreso.

me traen escritos que de vosotros proceden. A saludaros en mi nombre ha ido, no hace mucho, un libro que para vosotros escribí.

Permitid que, escudado en estos hechos presentes y en aquellos recuerdos tan gratos a mi espíritu, os dirija un llamamiento, en que se condensan muchas de las cosas que ante vosotros proclamé y defendí, y que forman parte esencial de mi campaña de muchos años.

Os llamo a España, a vivir durante unos días con la juventud española, para que os conozcáis mutuamente, y de ese conocimiento nazca un afecto firme y bien fundado, una corriente reflexiva y serena de empresas comunes o de relaciones permanentes y fructíferas.

La ocasión os la da el Congreso de Juventudes hispanoamericanas y españolas, ideado por uno de los vuestros, el jóven comandante peruano D. Rodrigo Zárate, y patrocinado por el Consejo nacional de *boy-scouts.*

Los *boy-scouts*—entre vosotros tan extendidos y populares—ofrecen a la realización de la idea un núcleo organizado que hoy por hoy no pueden ofrecer las Juventudes de nuestros Centros docentes, que, si constituídas aquí y allá en cuerpos sociales muy meritorios, no han conseguido aún ni reunir a todos los estudiantes, ni concertar en una acción común sus diferentes agrupaciones. Quizá esto, que no se ha logrado todavía en España, a pesar de generosos y entusiastas iniciativas, deba a vuestra presencia su definitiva realización. Con ello sólo —y en mucho más confío—vuestra venida será para nosotros algo bendito y por siempre amable.

Alrededor de los *boy-scouts* nuestros estudiantes todos—no lo dudo un momento—se juntarán para recibiros, para festejaros, para conoceros y

deciros cómo ellos son. Veréis sus almas, en tan gran medida parejas con las vuestras, y al propio tiempo veréis a España por vuestros propios ojos y la juzgaréis por vuestras propias observaciones, despojándoos de los prejuicios que visiones ajenas quizá hayan podido suscitaros.

Por lo que veréis y por lo que nos habréis de enseñar respecto de vuestras patrias americanas, yo os invito a que vengáis todos, acogiendo bajo el patrocinio de vuestro entusiasmo y de vuestras eficaces organizaciones la idea, que ha hecho suya el Consejo nacional de nuestros *boy-scouts*.

Este amigo vuestro, que quiere ser siempre jóven de espíritu para poder convivir largamente con vosotros, espera que su llamamiento hallará ecos de simpatía en esas tierras de América, que al lado vuestro aprendió a amar y que procura amen y estudien sus hijos y sus discípulos.

XI

Detalles de política americanista

Es un hecho aceptado ya por todo el mundo que la actividad política se ejerce específicamente por órganos diferenciados (Gobiernos, Cámaras, partidos políticos, Prensa ..) y difusamente por todo el cuerpo social y por cada uno de sus individuos. En eso estriba, precisamente, no sólo la eficacia, sino la necesidad imprescindible de la opinión pública para el éxito de toda política. Donde los órganos especializados no hallan el concurso del cuerpo social o de una mayoría de él, la mejor intencionada revolución «desde arriba» queda infecunda. Y ese concurso, para que la acción política alcance la debida rapidez y el mejor resultado, no ha de ser puramente pasivo, de simpatía y de camino libre para las orientaciones de los Poderes públicos, sino concurso activo, realizando cada hombre y cada agrupación la parte de trabajo coincidente que le corresponde dentro de su aplicación profesional.

Eso pide una clara conciencia de los fines en cada caso y cuestión, y una voluntad ágil para producir en todo momento el hecho que es útil. La diferencia esencial que existe en materia de polí-

tica americanista entre España y otras naciones de Europa y América, deriva de eso y no más. En Francia, en Italia, en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Alemania, todos los elementos nacionales activos, los que aquí llamamos «fuerzas vivas» (aunque a menudo sean fuerzas muertas), saben lo que América es y puede ser para ellos económica y políticamente, y coinciden en una larga serie de esfuerzos que van arraigando los propios intereses en todos los órdenes sociales, incluso en aquellos a que no alcanzará nunca la acción oficial. En esos pueblos para quienes ya existe la clara visión de sus conveniencias internacionales, todos los actos se orientan en vista de ellas, y no realizan ninguno que intencionadamente no se dirija a la consecución del fin propuesto.

De modo natural y espontáneo se forma así un plan de conducta que va desde los Poderes públicos hasta el último ciudadano, y del cual queda excluído todo acto indiferente (con mayor razón todavía, todo acto contrario), porque ni uno sólo está falto de la «intención» de cooperar a lo que interesa al pueblo entero. El cual, por añadidura, sabe esperar, confiando en la eficacia de su labor y recogiendo de la experiencia histórica la enseñanza secular de que toda grande obra humana tiene una larga preparación, y que sólo se edifica en firme cuando se gobierna para lo futuro y se siembra para los venideros. No está en otra cosa el secreto del éxito logrado hasta ahora, verbi gracia, por la política internacional inglesa y por los colonistas franceses.

Los pueblos que carecen de esa conciencia son, por el contrario, esclavos del hecho indiferente que, como carece de intención, o no produce nada,

o produce efectos contrarios; y cuando esporádicamente, sin plan, ni sistema, ni menos continuidad, acierta con la dirección debida, como no encuentra ambiente, pierde eficacia muy pronto. Esos pueblos son, por añadidura, impacientes. Cuando de pronto se deciden a realizar algo, quieren cosechar los frutos en seguida; y así, para ellos, toda acción ha de ser de hoy o de un mañana muy próximo, y si no, ya la reputan como un fracaso.

Tal es, repito, nuestra posición espiritual respecto de América. Como nos falta un intenso y clarividente patriotismo, no sabemos lo que nos conviene hacer en relación con aquellos países, y al no saberlo, nuestra conducta respecto de ellos es vacilante, incoherente, sin intención sistemática, y, por tanto, sin plan y sin eficacia alguna. Si nuestros Gobiernos tienen actualmente alguna política internacional europea, es porque la guerra se la impone a fuerza de golpes; pero como de América los golpes que vienen no son todavía de orden público, continúan ciegos en cuanto a la necesidad de desarrollar allí una política intensa y sistemática. En esto no son, por otra parte, más que el resultado representativo de una nación, en la indiferencia de cuya masa respecto del americanismo español se pierden las voces de los pocos que ven claro en esto y saben cuán expuestos nos hallamos a perder muchos bienes espirituales y materiales, que tenemos no solo el derecho, sino el deber de amparar y fortificar.

Esa indiferencia—estoy ya bien convencido de ello—no se corrige con exposiciones de programas relativos a lo que nos conviene hacer. Todo eso se acoge con más o menos deferencia, se consigna la conformidad verbal con ello y luego se olvida

a las pocas horas. Es, por tanto, preciso acudir al sistema de los peligros. Dejemos por el momento lo que podríamos ganar si hiciésemos tales o cuales cosas, y consideremos lo que estamos a punto de perder si continúa nuestra diligencia.

En un artículo anterior he indicado de dónde vienen y qué condiciones revisten esos peligros. No voy a insistir en ese punto de vista general. Pero sí quiero fortificarlo con algunos detalles que son muy elocuentes y que demuestran de modo palpable esa falta de conciencia americanista y por tanto de intención, que tienen aquí la conducta de los Gobiernos y de los particulares.

—

Comienzo por copiar un párrafo de la carta que con fecha de 15 de Julio me escribe desde Buenos Aires un español muy conocido aquí. Refiriéndose a un proyecto acerca del cual conversábamos hace meses, escribe: «Nada más he vuelto a saber, si bien pienso que los acontecimientos internos (los de España) pueden aconsejar un aplazamiento. Si así fuese, lo lamentaría, pues aún los países envueltos en la guerra, y Francia especialmente, cuidan literariamente estos mercados. El «Bulletín de l'Amérique Latine» circula aquí con profusión, y el de «L'Alliance Française» se reparte gratis. En cambio, los libreros de ahí no hacen circular sus catálogos por América, o, si lo hacen, es con tan poca maña mercantil, que no llegan a donde debieran».

Aunque esto lo dicen también aquí muchos, incluso del oficio, y tratan de remediarlo algunos entre la indiferencia, la hostilidad o la inhabilidad de la mayoría, adviértase que el testimonio

que aduzco no es una habladuría peninsular, sino advertencia muy amarga de un patriota que reside en América y que no es vendedor de libros.

—

Señalé en el artículo a que hice antes referencia el obstáculo cada vez mayor que a nuestra influencia en América, si no nos avispamos, opone la formación de una solidaridad americana que, naturalmente, irá constituyendo de aquellos países un mundo aparte, cuya tendencia será de bastarse a sí propia en la mayor medida posible. Cierto es que algunos hispanoamericanos conciben una doble solidaridad, correspondiente a dos almas americanas, una de las cuales se inclina hacia nosotros, es decir, hacia la base histórica y psicológica; pero ya dije en mi comentario al artículo del colombiano Mesa, publicado en «La Lectura» no ha mucho, que ésta no es demasiada esperanza si no aprovechamos listos la coyuntura y la intensificamos en todo lo que naturalmente nos corresponde.

Esto aparte, ahí va otro hecho que corrobora la formación de aquel obstáculo. En el primer Congreso internacional de estudiantes americanos (Montevideo, 1908) se formuló el voto siguiente:

«Porque puedan reunirse en un haz único todas las luces dispersas de los soles americanos».

Y en el Manifiesto que acaban de dirigir los universitarios uruguayos a los de Norteamérica, escriben, aludiendo al voto aquel y a la máxima: «Donde hay una voluntad, se abre un camino». Lo siguiente: «¡Y bien! «Hagamos la voluntad de

América y abramos para América el camino de la gloria».

—

Hace muchos años, un escritor francés, Luis Jacolliot, censuraba en sus libros sobre la India los defectos de la política colonial de su Patria, defectos análogos a los que hoy sufre nuestra política americanista. Refiriéndose a la heroicidad económica del indio de Pondichery, que en 1793 entregó para que se pudiesen cargar de metralla los cañones franceses cincuenta cajas de plata monedada en rupias, hace constar que Francia no pagó esa deuda, liquidada por transacción años después en diez millones. «Es verdad—dice—que Saudira Pulé (el indio en cuestión) ha recibido para él y sus herederos, a perpetuidad, la autorización de usar el bastón con puño de oro». Y añade: «Triste es decirlo; pero entre los ingleses, la recompensa hubiera estado a la altura del sacrificio».

Nuestros emigrantes no han tenido ocasión de realizar nunca un acto igual al de Saudira Pulé; pero han acudido muchas veces en socorro de la Patria y han realizado en América muchos actos en defensa y arraigo del prestigio español. ¿Y cuántas veces nuestros Gobiernos han respondido a esos actos con recompensas, ni siquiera análogas al bastón con puño de oro que recibió Saudira Pulé?

Aún debe rodar por los cajones o por el archivo de algún ministerio, cierta nota de recompensas honoríficas que en 1910 se propuso al Gobierno, incluso para contrarrestar en algunas partes los halagos del mismo orden que otras naciones europeas prodigaban en aquellos días precisamente con intención antiespañola.

XII

El Rey, Sevilla y el americanismo

En un periódico sudamericano correspondiente al mes de Octubre de 1919 encuentro un artículo del redactor de *La Nación* Sr. Ortiz Echagüe, dedicado a relatar la audiencia que el Rey de España le concedió en Septiembre último. Ocioso es decir que el tema de la conversación habida en la audiencia, fué América. No es la primera vez que el Sr. Ortiz viene a España para informar a su periódico de nuestro movimiento americanista. Su insistencia en ese noble y trascendental reporterismo prueba que el americanismo es allá, como aquí, pese a los burlones y a los escépticos, una cuestión seria y que preocupa hondamente a los hombres cuyo horizonte político va más allá de la conjura y la crisis próxima.

Pero el artículo referido deriva su capital importancia de reflejar opiniones, más que opiniones, convicciones y bases de programa de nuestro Rey. La circunstancia de que en ellas se ratifican declaraciones hechas en ocasiones anteriores, aumenta el valor de lo dicho por el Monarca.

El cual comenzó por afirmar dos cosas, cuya alianza suelen olvidar a menudo los políticos: la substancialidad de las relaciones económicas para

asentar en firme la aproximación hispanoamericana, juntamente con la necesidad de las relaciones espirituales. Tan equivocado y peligroso es reducir nuestra política americana a uno como a otro orden. El Rey lo sabe perfectamente y no olvida nunca el decirlo.

Buena demostración de ello es la singular importancia que en su conversación con el Sr. Ortiz dió al asunto del Archivo de Indias.

«Quiero hacer de Sevilla—dijo—*el pie del americanismo*. Allí han de encontrar los hispanoamericanos su pasado glorioso en el Archivo de Indias, y un luminoso presente en los Centros de cultura e Institutos docentes especializados en estudios americanistas, que irán creándose».

Diferentes veces ha expresado el Monarca ese mismo deseo, tan lleno de razón y tan sólidamente basado en la Historia y en las realidades presentes. El Archivo es un punto indiscutible de atractivo intelectual que España puede ofrecer a los americanos todos. Indiscutible y exclusivo porque en él no cabe la competencia de otros pueblos, ni aun de los que con más actividad y recursos trabajan por llevar a su órbita las influencias intelectuales de América. La reacción ya producida en los estudios históricos americanos, que favorece a España y orienta la atención de los eruditos de aquellos países hacia el pasado colonial visto sin las sombras y prejuicios de antes, hacen el momento presente excepcionalmente provechoso para nosotros, si sabemos utilizarlo.

Y con todo esto, que no puede ocultarse ya a nadie—la clarividencia del Rey, lo seguro de su punto de vista y la insistencia significativa con que lo repite—, una cosa resulta incomprensible: cómo ninguno de los Gobiernos que desde hace

años vienen rigiendo nuestra política ha hecho algo que valga la pena para que ese *pie del americanismo* tenga base sólida en que apoyarse. No se podrá objetar con la existencia del Centro de Americanistas, mezquinamente dotado y sin margen para organizarse y desenvolverse de una manera verdaderamente eficaz, como desearían quienes en primer término habrán de regentarlo y servirlo. Y en cuanto al propio Archivo, las mejoras realizadas en él son tan pequeñas frente a las que exige para ofrecer un digno albergue y lugar de trabajo a los americanos que deseamos atraer, que es casi como no haber hecho nada.

¿Habrá llegado la hora de hacerlo?

XIII

La Unión aduanera hispanoamericana

El panamericanismo sigue penetrando, con su acción multiforme, la vida entera del Nuevo Mundo. Basado en el hecho indiscutible de una cierta comunidad de intereses entre todos los países de América, y en la aspiración, que la pasada guerra acució, a convertir aquel continente en un mundo aparte que, hasta donde sea posible, pueda bastarse a sí mismo, es instrumento de segura eficacia para esas y otras finalidades de muy variada intención.

Las últimas manifestaciones de ese movimiento —por cierto, contrarias en la raíz de los motivos que las han producido—, son la reciente Conferencia financiera panamericana, y el manifiesto dirigido a los trabajadores de las Repúblicas hispanoamericanas por el presidente de la Federación Laborista (panamericana también), Samuel Gompers.

Pero al lado del panamericanismo que llamaríamos integral, porque comprende todas las naciones del Nuevo Mundo, y respecto del que, según es sabido, hay no pocos recelos en la misma América, comienza a cuajar la doctrina, de muchos

años ha predicada, de un panamericanismo reducido al grupo considerable de naciones de tronco ibérico, y más especialmente a las de habla castellana. De esa tendencia es manifestación reciente la idea de un acuerdo aduanero hispanoamericano, que patrocina y expone, en reciente artículo, el gran diario porteño *La Prensa*. Reconoce el colega argentino (afirmándose en doctrinas suyas de largo abolengo) la necesidad de estrechar los vínculos entre los diversos pueblos de idioma español, y se pronuncia concretamente, como forma la más inmediata y de efectos más rápidos, por una unión basada en intereses económicos que permita el cambio mutuo de los productos de todos los países; en suma, para emplear la palabra ya consagrada por los escritores economistas, en la formación de un *zollverein* hispanoamericano.

La idea tropezará, seguramente, con dificultades de ejecución dimanadas, ante todo, de la orientación exageradamente fiscal que las necesidades financieras han hecho que tome el régimen aduanero en algunas naciones; pero no lo considero, en manera alguna, como inasequible.

Por de pronto, es sabido que algunos países sudamericanos han pactado convenciones comerciales que suprimen prácticamente sus fronteras respectivas. Por otra parte, sabido es también con cuánta frecuencia, después de terminada la guerra, los Gobiernos hispanoamericanos se están enviando mutuamente misiones comerciales, encaminadas a promover el intercambio de productos. Hay verdadero afán porque los pueblos hermanos por el idioma y por el origen se comuniquen entre sí, aprovechen sus respectivas riquezas, que en gran parte aún le son desconocidas, y se ayuden para el logro de un progreso rápido, tal como lo pueden

consentir los grandes valores económicos que la tierra americana atesora.

La piedra de toque para llegar a una realización de la idea está, a mi juicio, en el procedimiento que se siga. Una primera estimación y clasificación de las diferentes cuestiones que integran el problema total, para establecer la jerarquía de las fáciles a las difíciles, resolviendo las primeras rápidamente para que no embaracen el camino al estudio y reflexión de las otras y ofrezcan ya, con su resolución, un campo positivo de inteligencia; la fijación de aquellas normas científicas comunes que se pueda y que convenga aplicar en todas partes; la revisión, conforme a ellas, de las tarifas arancelarias; la formación de listas de productos que no amenacen promover competencia, y de los países en que este fenómeno puede naturalmente evitarse; estas y otras medidas preliminares, acometidas con una fuerte voluntad de avenencia (voluntad iluminada por la percepción de los intereses comunes, superiores a los pequeños egoísmos, que siempre valdrán poco, económicamente), serán, a no dudarlo, la mejor preparación del momento propicio para el acuerdo definitivo y la unión proyectada. Lo que a esta dañaría más sería querer lograrla de pronto y abarcando de una vez toda su complejidad considerable.

A España no le pueden ser indiferentes esas iniciativas. Antes bien, las ha de mirar con simpatía muy sincera, con el interés que la voz de la sangre y de la civilización troncal le imponen en todos los asuntos que llevan aparejados el progreso y el acuerdo mutuo de los pueblos nacidos de su colonización americana.

XIV

El Americanismo en los Presupuestos

I

Los Presupuestos para 1919-1920 que acaban de votar las Cortes y sancionar el Rey, expresan de un modo mucho más acentuado que todos los anteriores el concurso que el Estado entiende debe prestar a la política americanista.

Cierto es que algunos de los créditos son ya antiguos, y, no obstante esa antiguedad, aún no ha rendido ningún resultado práctico; lo cual quiere decir que no basta votar cantidades si luego falta espíritu para aplicarlas.

Pero al lado de esas a que aludo, y que tal vez continúen siendo estériles, hay otras nuevas que significan la entrada, más o menos amplia, en la doctrina que desde hace muchos años venimos predicando los americanistas.

Me limitaré por hoy a una rápida enumeración, reservando para otro momento la crítica.

En el ministerio de Estado figuran los dos créditos siguientes:

A la Unión Iberoamericana, encargada de la Comisión internacional permanente para procurar

el cumplimiento de los acuerdos del Congreso hispanoamericano, celebrado en Madrid en el mes de Noviembre de 1900, 30.000 pesetas.

Para organizar y subvencionar Misiones comerciales en los Estados de Sudamérica, 100.000 ptas.

Subvención a la Casa de América, de Barcelona, 10.000 pesetas.

Idem al Centro de Cultura Hispanoamericana, 15.000 pesetas.

Becas a los estudiantes de las Repúblicas hispanoamericanas que desean realizar estudios en España, 100.000 pesetas.

Auxilio para el Congreso hispanoamericano de Sevilla, 50.000 pesetas.

Subvención a la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes, 10.000 pesetas.

Idem al Instituto Iberoamericano de Derecho comparado, 12.500 pesetas.

A estas cantidades y conceptos hay que añadir los que se refieren al Archivo de Indias y su Centro de Estudios, y los que se conceden a las Universidades para becas o pensiones de estudio en el extranjero, para intercambio de profesores y para cursos breves de los extranjeros, todos los cuales pueden ser, en parte, empleados en beneficio de nuestras relaciones intelectuales con América.

En el articulado de la ley hay un apartado de la disposición cuarta, que dice:

«Se autoriza al Gobierno a establecer (será «para establecer») un precio de franqueo reducido para los libros españoles que se exporten a los países americanos».

Todo esto, y algo más que con ello se relaciona, lo comentaré como antes dije, en un artículo venidero.

II

El artículo anterior sufrió, al publicarse, una «capitis diminutio» (máxima o mínima, según se quiera juzgar), no sé si por extravío de una cuartilla o por haber saltado un párrafo en la composición.

Lo cierto es que entre los créditos correspondientes al ministerio de Estado (que son dos, como allí se dice), y los que pertenecen a Instrucción pública, que son todos los restantes, se ha producido en el texto impreso una confusión que algunos lectores, seguramente, habrán salvado, pero que a otros les crearía dudas muy explicables.

Dicho ésto, en gracia a la claridad, y para deshacer esas dudas, voy a cumplir la promesa que en el referido artículo hice.

Es innegable, como ya digo allí, que el Gobierno y las Cortes han atendido esta vez a las necesidades del programa americanista, más ampliamente que hasta ahora; pero si se considera bien la naturaleza de los conceptos que logran crédito mayor o menor, y los lugares en que están colocados, se sacará la consecuencia clarísima de que no obedecen a un plan, ni siquiera a una orientación definida en cuanto a los más urgentes problemas de nuestro americanismo.

En efecto; la mayoría de los créditos consiste en subvenciones a Sociedades de iniciativa privada. Quienes conozcan el modo cómo esas subvenciones se obtienen (probablemente, no solo aquí, sino en todas las naciones del mundo donde se dan esos auxilios), convendrán conmigo en que obedecen más a consideraciones de orden personal que a reconocimiento de la utilidad representada por

la entidad que se subvenciona. Si la recomienda o la preside un político de influencia, se concede la subvención, y luego nadie vuelve a acordarse de si rinde o no los efectos que su dedicación nominal hace presumir.

Y no es eso lo que a los Gobiernos y a las Cortes les cumple hacer en este género de cosas. Si a la acción americanista de aquéllos y éstas presidiese alguna orientación hija de un claro concepto al problema, les llamaría por de pronto la atención el gran número de asociaciones subvencionadas, y se produciría la natural pregunta de si no sería preferible que, en vez de muchas que se dividen los auxilios pecuniarios del Tesoro (y que forzosamente han de repetir unos mismos gastos de oficinas y administración), existiese una sola, que entonces gozaría de un presupuesto relativamente considerable, y podría, por tanto, desarrollar una acción muy intensa.

Es posible que algún día, esa idea tan razonable de la unión se les ocurra a las mismas entidades referidas; pero que no se les haya ocurrido a los Gobiernos, autores de los proyectos de presupuestos nacionales, es prueba de lo que vengo diciendo.

La misma carencia de orientación oficial se advierte en la perpetuación de conceptos que carecen de toda realidad hoy día. Tomo como ejemplo el de la «Comisión internacional permanente para procurar el cumplimiento de los acuerdos del Congreso hispanoamericano, celebrado en Madrid, en el mes de Noviembre de 1900». Si en diez y nueve años no se han podido cumplir esos acuerdos, ¿a qué se espera para disolver la Comisión? La Unión iberoamericana, a quien se dió ese cargo en 1900, no necesita de él para desarrollar una ac-

ción americanista meritoria; y la prueba es que la ha realizado en otras direcciones.

Las becas ofrecidas a los estudiantes hispano-americanos me parecen una gran equivoción. Ya lo dije hace tiempo, cuando se lanzó por primera vez esa idea peregrina. Los estudiantes que de América vienen a Europa y pueden ser atraídos por las enseñanzas españolas, no necesitan becas. Los que posean verdadero mérito, vendrán buscando prestigios docentes y no auxilios pecuniarios, a que en América se provee con bastante esplendidez, tratándose de alumnos distinguidos. Y los que no lo sean, la mayor parte de las veces no nos importará mucho atraerlos. Otros son los resortes que necesitamos tocar para que se produzca una intensa corriente escolar americana hacia nosotros. Y lo que se acaba de hacer con el proyectado Congreso de Juventudes, retrasando indefinidamente su celebración, no obstante su carácter oficial, no solo es buena muestra de la falta absoluta de política americanista en nuestros Gobiernos, sino que será suficiente para destruir el efecto de todos los créditos mencionados y algunos más que examinaré otro día.

III

Prometí continuar estas notas críticas, y cumplo hoy mi promesa. Dedicaré el artículo presente a cuestiones que no son de enseñanza, pero una de las cuales se refiere a la vida intelectual de relación.

Sabido es que en nuestra ley de Protección a las industrias nacionales hay una cláusula que se dirige a proteger el libro español, mirando singu-

larmente a su difusión por América. Algunos senadores, entre ellos el que estas líneas escribe, trataron de lograr una confirmación y ampliación de lo que la citada ley contiene, y con igual propósito en el articulado de los presupuestos. Al efecto, redacté una enmienda concebida en los términos siguiente:

«Los párrafos segundo y tercero del apartado B) de la disposición 9.ª correspondiente al ministerio de la Gobernación, se sustituirán por el siguiente: Se autoriza al Gobierno para que, sobre la base de la disposición contenida en la ley de Protección a las industrias nacionales, establezca, dentro de los de recursos de que el Erario disponga, todas las medidas conducentes a facilitar el intercambio comercial de libros con la América española en cuanto esas medidas dependan del servicio de Comunicaciones».

Pero no obstante la reserva financiera que prudentemente contenía la enmienda transcrita, el recelo de los que tratan la Hacienda pública como amas de llaves en unos casos, y como hijos pródigos en otros menos justificables a los ojos de los fundamentales intereses españoles, no permitió que pasase aquella modificación. Y menos mal que se obtuvo algo. Ese algo es, en el articulado de los presupuestos, el párrafo siguiente:

«Se autoriza al Gobierno a establecer un precio de franqueo reducido para los libros españoles que se exporten a los países americanos».

Algo es algo.

Citaré también otro intento mayormente fracasado. Se incluye en el presupuesto un crédito para Misiones comerciales en los Estados de Sudamérica. La idea está bien, y tal como se formula, habrá de realizarse a la manera propia de esas

Misiones y con independencia de los organismos ya existentes de relación internacional. Procuré que ya que se consignaba ese servicio (y a mí me parece indispensable), se regulase su realización en forma tal que rindiese el máximo efecto práctico, en vez de dejarlo al arbitrio ministerial o al imperio de la precipitación del último momento. Pero tampoco lo conseguí; y ahora me cabe el temor de si será bien aprovechada esa excelente idea, en cuya práctica nos han precedido todas las naciones de Europa. Menos mal que la ley de Presupuestos pide informe de las Cámaras de Comercio e Industria. Pero aun así, nada se ha hecho, que yo sepa.

XV

El Hispanismo progresivo

Aunque se ha escrito mucho respecto del hispanoamericanismo, con y sin motivo de la Fiesta de la Raza, no creo que se ha dicho todo lo que cabe decir sobre este punto. Yo quisiera decir hoy algo que si no es enteramente nuevo (no aspiro a la vanidad de la invención), es, de seguro, poco corriente, y tal vez ofrezca alguna novedad en la absoluta franqueza con que voy a expresarlo. Y cuenta que a mi juicio, la dificultad de resolución que muchas cuestiones humanas ofrecen, así como la de entenderse entre sí las gentes (cosa muy común en todos tiempos), procede las más de las veces de no hablar con franqueza, diciendo cada cual, sin ocultaciones, todo lo que piensa y llegando así al fondo de las opiniones.

Allá van mis franquezas.

Es un hecho de observación que muchos americanos, en todas las naciones que hablan nuestro idioma y de nosotros proceden, guardan cierto recelo respecto del hispanoamericanismo, o sea de la doctrina favorable a una intimidad hispanoamericana. Ese recelo es perceptible aun en algunos de los que sinceramente desean que esa intimidad se produzca, y hasta trabajan por ella; y no diré

que en todos, pero sí en muchos, el origen de esa actitud (unas veces consciente, otras subconsciente; en algunos casos, confesada; en otros disimulada) está en el temor de que una intensa influencia española, como consecuencia del triunfo de su aspiración hispanoamericana, inmovilice la mentalidad de aquellos países nuevos en el tipo clásico de nuestra representación ideal.

Nace ese temor de un concepto estático de la psicología nacional, muy común en el gran público y en los mismos técnicos o especialistas. Se piensa, por lo general, que cada pueblo lleva en su alma notas características permanentes, que definen su personalidad propia y dibujan su originalidad, y en ese pensamiento hay ciertamente un fondo de exactitud; pero esta comienza a perderse y cada vez se esfuma más y más, a medida que se extiende el supuesto de característica fundamental (y, por tanto, permanente) a mayor número de notas y, sobre todo, cuando se confunden éstas con las manifestaciones temporales o circunstanciales de la psicología del pueblo en cuestión. Y eso es lo que ocurre muy a menudo con muchos pueblos a quienes se juzga con ello erróneamente, y eso es lo que de un modo especial y acentuado se ha hecho con España, clavando su imagen en un determinado momento de su historia y, dentro de ésta, en determinadas manifestaciones que se prestaban a la censura o que, por contrariar los designios de otros pueblos era necesario exagerar y combatir, a reserva de emplearlas también los mismos censores cuando les convenía.

Pero nada de esto es exacto. No lo es, en doctrina psicológica general, que «todas» las manifestaciones históricas de un pueblo sean expresión de su idiosincracia particular.

En primer término, habría que descartar siempre las que se encuentran en todas o muchas naciones como resultado de un error común a una época o momento de la civilización universal, o como efecto de una de esa enfermedades colectivas que, a manera de peste, se corren en determinados periodos por una gran parte del mundo habitado. Habría también que descartar aquellas otras manifestaciones que, producidas en un tiempo dado, han desaparecido ya o han sido contradichas por otras de orientación opuesta. Y vendríamos en último término a parar a sólo unas cuantas tendencias o disposiciones psicológicas predominantes, pero muy genéricas, que en sí mismas no son buenas ni malas, pues dependen del modo de aplicación y que constituyen verdaderamente lo único que en un pueblo determinado se advierte como constante y podemos aventurarnos a calificar de esencial y propio en este género de cosas.

Pero, de una parte, la fuerza de la leyenda y el prejuicio es tan enorme, que en la opinión vulgar (es decir, la no ilustrada por un espíritu científico y, por tanto, la más corriente y extendida), sigue adjudicando por siglos como características de una nación notas que quizá en algún tiempo fueron verdaderas—descartadas las exageraciones de la censura—pero que han dejado ya de serlo; y de otra parte es indiscutible que por mucho que se haya perfeccionado un pueblo y por muy grande que sea su adaptación a las exigencias e ideales modernos, tendrá siempre defectos y sufrirá siempre equivocaciones. Ambas cosas, concurrentes en el juicio de los países que han actuado de manera tan prominente en la historia como España, son suficientes a mantener el recelo a que vengo refiriéndome.

La fuerza real de éste, sin embargo, no estará nunca en el espíritu de quienes lo sienten. Aunque a primera vista parezca paradógico, donde puede tener esa fuerza es en el espíritu de los españoles mismos: tal es el punto capital a que quería llegar en el proceso de estas consideraciones.

Creo que ningún americanista español ha pensado nunca que la influencia actual y futura de su país en la vida espiritual americana implique, ni menos persiga, la inmovilización de aquella en un tipo cristalizado correspondiente a una España ideal (quiero decir, de pura representación ideal), deducida de tales o cuales notas históricas que se suponen resumir nuestra personalidad y representación en el mundo. Pero es posible que los más de nuestros americanistas no se hayan formulado nunca la pregunta de qué España es la que quisieran ver influyente en la relación entre la patria y los pueblos nacidos de su colonización.

Ha llegado el momento, a juicio mío, de que nos formulemos esa pregunta. La contestación que a ella nos demos, resolviendo el problema histórico y psicológico que supone, servirá, más que nada, para disipar el recelo mencionado o para remacharlo de un modo tal que resistiría a todos los esfuerzos para destruirlo.

Ahora bien; no hay un solo español moderno (aun de los que más valor conceden a la tradición, a lo que suele llamarse lo castizo y, en suma, a la Historia), que piense ni por un momento que la España de hoy, con todo su progreso y con toda su rectificación de pasados errores, represente un estado definitivo, inconmovible e irreformable del espíritu y la vida colectiva. Por el contrario, todos piensan que lo presente es un nuevo jalón en el proceso vital de nuestro pueblo, y conciben

ese proceso como algo continuamente perfectible y en que cada día irán corrigiéndose más defectos, amenguándose más tendencias perjudiciales y floreciendo en nuevas y superiores aplicaciones las buenas cualidades del alma española. Con esto, el futuro de las relaciones hispanoamericanas ha de darse, no como en la conjunción de un prototipo inmóvil (y con esto solo, necesariamente defectuoso), ofrecido por un pueblo viejo que ya dió lo suyo, y el constante hacer de los pueblos nuevos, sino en una coincidencia de movimientos ascendentes en que lo único que importa salvar es el troquel, la modalidad, la orientación característica de la psicología del grupo, a través de las varias e infinitas aplicaciones que las condiciones de los tiempos y de los lugares impondrán a unos y a otros.

Y esa si que es cuestión capital del hispanoamericanismo. Al lado de ella pierden valor tantas otras de puro detalle (sobre todo de detalle utilitario), que la limitación de horizonte y la ramplonería de muchas gentes se empeña en estimar como las de mayor fundamento. Si españoles e hispanoamericanos logran entenderse en cuanto a la primera, se habrá dado un paso formidable para la confianza en que todo acuerdo concreto necesita reposar. Y eso pide, solamente, descender sin temor al fondo de las cosas y confesarse mutuamente con sinceridad absoluta, mirándose hasta el fondo del alma.

XVI

La depuración de nuestro americanismo

Un escritor argentino, Alberto Ghiraldo, acaba de publicar el volumen I de una «Antología americana». Este volumen va dedicado a nueve de los que el editor llama «Precursores», y esos nueve son nada menos que Mariano Moreno, Bolívar, Luz y Caballero, San Martín, Fernández de Lizardi, Larrañaga, Camilo Enríquez, Torres y Mejía Lequerica.

Desde hace una semana, y en todos los instantes que mi vida compleja me permite la delicia de la lectura de placer, esa «Antología» es «mi libro». Sus páginas, refrescando en mí el conocimiento de textos que constituyen el abecedario de todo el que se proponga estudiar a fondo la historia del mundo hispanoamericano, renuevan ante mi espíritu la visión de aquellos hombres representativos, verdaderos fundadores de pueblos, y en quienes la expresión de la idealidad común a su época se combina con las zozobras y dolores del alumbramiento de sociedades que habían de resolver de golpe el problema, insoluble en lógica, de afirmar una personalidad nacional cuando aún no existía más que el anhelo de la nacionalidad. Pero la historia—es decir, los apremios de la realidad histó-

rica,—se ríen de la lógica muy a menudo, y van resolviendo los problemas sin atenerse a orden social y anticipando las conclusiones, en cuanto son necesarias para la continuación de la vida.

Y lo primero que salta a la vista leyendo a esos precursores, es la verdad de una afirmación ya vieja en la literatura americanista, aunque ahora se la remache y fortifique con nuevas probanzas: la de que la guerra de independencia americana fué una guerra civil. Al adherirme a esta opinión, no entiendo esas palabras de «guerra civil» en el sentido correspondiente a la consideración en que—según el mismo San Martín recuerda en una de sus Cartas—tenían los generales españoles a los patriotas americanos, sino en aquel otro según el cual los que riñeron en América entonces no fueron dos pueblos—el criollo y el peninsular—sino dos políticas, exactamente lo mismo que lucharon en España desde 1808 a 1833 y luego todavía, en otro plano de oposición.

Para un liberal español, en efecto, las doctrinas y las aspiraciones de los «precursores» americanos suenan exactamente como las de los doceañistas más radicales o las de los hombres de 1820. Aquellos patriotas que aspiraban a vivir una vida de libertad y de organizacion política moderna, hablan como los nuestros, y ni aún hay entre ellos, muchas veces, la diferencia de que el liberalismo americano haya preferido (era inevitable) la forma de gobierno republicana, mientras que los españoles tardasen muchísimo en abandonar (y no todos) la monarquía, para volver a ella en su mayor parte.

Después de todo, esta diferencia es accidental, como ya lo pensaba Bolívar y como lo declaran hoy muchos políticos radicales.

Pero vuelvo al parecido. Ocurre con el parecido espiritual como con el físico. Divergencias notables en doctrinas o en rasgos, no consiguen muchas veces invalidar la semejanza de fondo, que los buenos observadores aprecian aún entre las cosas o los espíritus que el vulgo estimaría como más alejados entre sí. Pero es que entre los precursores americanos y los liberales españoles de entonces y de buena parte del siglo XIX, las semejanzas exceden a las desemejanzas, a tal punto que todo hombre en quien el amor a lo que genéricamente se llama la libertad sobrepuje al resquemor patriótico, tiene que ver en aquellos unos verdaderos correligionarios, y en sus ideas la repetición de las que a él le han sido y le son gratas. La misma comunidad de los apellidos—tan netamente españoles—ayuda a la ilusión de que estamos leyendo páginas escritas por nuestros precursores peninsulares, por los fundadores de la España moderna.

Claro es que salvo alguna momia de pasadas edades, que tal vez queda por aquí a título de curiosidad histórica, pero sin eficacia ninguna en la opinión, nadie siente aquí resquemor ninguno cuando piensa en la independencia de nuestras colonias americanas y estudia la vida y los escritos de quienes con su verbo y su espada la establecieron. El tiempo, que no sólo trae olvido sino también reflexión, ha borrado de nosotros todo escozor, así como en el alma de los americanos todo odio. Pero la evolución espiritual no se ha cumplido aún totalmente.

No basta percibir esa comunidad de aspiraciones entre los hombres nuevos (no todos criollos) de las colonias y los de la península. Sin duda esa percepción explica muchas cosas y acerca gran-

demente los espíritus. Compañeros de ruta en una misma cruzada que tiene por meta la libertad y el respeto a los derechos de toda persona humana, individual y social, ellos y nosotros podemos comprendernos, y ya no cabe entre nosotros malquerencia. De nuestra parte, la comprensión puede llegar—debe llegar en toda alma serena y ecuánime—no sólo a la explicación, sino a la justificación de los actos. Y yo creo que esa es la posición espiritual en que se encuentran todos los españoles que piensan sobre estas cosas, y, singularmente, los americanistas. Hace años, quizá esa posición fuera patrimonio de unos pocos (Labra, Pí y Margall, v. gr.); hoy es un tópico común que ha ido labrándose, por natural efecto de la acción del pensar reflexivo, en el bloque de las convicciones. Al lado de ella no hay otra cosa que la melancolía emanada de la triste demostración (una vez más) de que los hombres no suelen ver la razón sino después que a golpes se la muestra la experiencia, y de que, por lo general, no han sabido nunca resolver sus problemas sin romper, aunque sea temporalmente, los lazos de la mejor fundada paternidad a impulsos de la violencia y al desamor. No hemos aprendido todavía a desatar el nudo gordiano. Seguiremos cortándolo con la espada, a reserva de dolernos después de la cortadura.

Pero todavía no es bastante la justificación. Es ésta un resultado intelectual, que marca sin duda un momento capitalísimo en la depuración de las disposiciones espirituales de un pueblo respecto de otro. Hay que llegar más allá; hay que entrar en el campo del sentimiento y depurar nuestro americanismo hasta llegar al amor de los hombres que sacudieron nuestro dominio político en América, viendo en ellos la encarnación del

ideal de libertad y justicia, que no sólo está escrito en la frente de los hombres modernos, sino que substancialmente constituye el fondo del alma española y la más íntima y jugosa representación de aquel caballeroso «Don Quijote» que Cervantes comenzó a pintar como una caricatura de cuyas líneas es dueño y señor el dibujante, y acabó arrastrándolo a él y haciéndole decir lo que no se propusiera en un comienzo, pero estaba gritando en lo más hondo del espíritu de aquel español, a pesar de todas las máculas que hoy descubrimos (a la luz de nuestras ideas modernas) en los hombres del siglo XVI y el XVII.

Convenzámonos de que mientras no lleguemos a la admiración y al entusiasmo de San Martín y de Bolívar, v. gr., como los tenemos para nuestros héroes de la Independencia y para nuestros maestros de democracia, no estaremos en disposición de espíritu para ser, propiamente y políticamente, (en lo más elevado que esta palabra pueda expresar) «americanista».

La floración de esos sentimientos en mi alma, preparada a ellos desde hace tiempo pero que solo ahora los ha incorporado a su conciencia viva, la debo a la lectura de la «Antología» de Ghiraldo. Una vez más emana de un libro, en mi vida, uno de esos empujes que nos hacen murmurar sin saber bien a quien nos dirigimos: «¡Gracias!»

XVII

El homenaje a Rodó

Los periódicos uruguayos de fines de Febrero, llegados últimamente a Madrid, dedican parte considerable de sus páginas al homenaje que la Patria del gran Rodó preparaba en aquellos días a la recepción del cadáver del insigne literato y filósofo.

De esos periódicos, uno, «La Razón», en el que Rodó colaboró durante muchos años, ha tenido la feliz idea de reunir en sus columnas, formando un ramillete de homenajes que mutuamente se completan y se explican, trozos escogidos de las obras del llorado maestro, evocaciones cariñosas del compañerismo periodístico, documentos epistolares, sacados del rico archivo que la admiración y respetos de todos habían ido formando en la biblioteca de Rodó, y juicios de la obra de éste, desde aquel ya lejano momento en que brilló esplendorosa y se impuso a la atención del mundo hispano con la publicación de «Ariel».

Entre las cartas y los juicios referidos, la mayoría son de españoles. Personalmente debo a «La Razón» el agradecimiento de haber exhumado dos cartas mias, una de Junio de 1900 y otra de Diciembre de 1903, que muestran hasta dónde había llegado la intimidad espiritual entre Rodó

y quien esto escribe. Más interés tendrá, sin duda, las cartas del amigo, que guardo y que hace poco me pedía otro escritor uruguayo notable, Hugo D. Barbagelata, para el «Epistolario» con que se propone completar el tomo de su Biblioteca Latinoamericana (París, 1920), titulado «Rodó y sus críticos».

Vuelvo al hecho consignado al principio del párrafo anterior. La mayoría de los documentos que «La Razón» publica, son de españoles. El volumen de Barbagelata (con faltarle algunas críticas de Rodó, y de las primeras que aquí en España se se escribieron), contiene también una gran parte de textos españoles. La causa de esto es obvia; pero a mi juicio, no está en el hecho exterior de que Rodó escribiese en castellano, lo cual le colocaba más al alcance de nuestro público que si hubiese escrito en otro idioma, sino a la condición fundamental de su pensamiento y de su orientación ideológica y de su doctrina ética, que más que «latino» (es decir, «aún más» que «latino») lo hicieron profundamente «hispano», en lo más substancioso y genuino de nuestra alta intelectualidad, desde Séneca a los días presentes. Así lo señalaba yo en el artículo que en Junio de 1900, y en la «Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispanoamericanas», dediqué a «Ariel». Así lo sigo creyendo, y en ello me afirman las declaraciones terminantes que el mismo Rodó escribiera más de una vez en punto a su americanismo. Y eso es lo que hace que el duelo de los escritores y de los hombres de pensamiento de España por la muerte de Rodó, así como el homenaje con que se unen al pueblo uruguayo en el momento, triste y gozoso a la vez, de recuperar los restos del gran director espiritual de juventu-

des, sea cosa íntima, arrancada de lo más profundo de la inteligencia y el corazón, como cuando una y otro se sienten heridos por algún golpe que quiebra en ellos una fibra esencial de las modalidades de espíritu que representan.

Por ello, los libros de Rodó y los que a Rodó se refieren (el ya citado de la «Biblioteca» de Barbagelata, el fundamental y más documentado de Víctor Pérez Petit sobre la vida y obra del maestro, etcétera), son, a la vez que libros uruguayos e hispanoamericanos, libros esencialmente españoles, que nosotros debemos ensalzar y defender como cosa propia.

XVIII

Historia y orientaciones de nuestro americanismo

I

Creo oportuno terminar esta Parte con algunas noticias que ofrezcan un cuadro sumario de nuestro americanismo como corriente ideal de un sector de la opinión española.

Dejando a un lado las doctrinas mismas que en libros anteriores y en otros lugares he expuesto, estimo ahora más interesante, por ser menos conocida, la historia de ese americanismo. Conviene recordarla para impedir olvidos e injusticias que, si en muchos son involuntarios, en otros son maliciosos, y en ambos casos extravían la opinión. Lo sucedido en esto es lo común y corriente en la vida: mientras no triunfa y se difunde, un ideal es patrimonio de pocos, a quienes los más miran con recelo o despectivamente; en cuanto triunfa, todos (incluso los que lo combatían o despreciaban antes) quieren pasar plaza de fundadores y, por supuesto, de especialistas.

Procuremos restablecer la verdad de los hechos, para que la opinión hispanista de América sepa a

que atenerse. He creído siempre que los errores de hecho tienen una gran importancia, cuando se trata (como es, en parte, nuestro caso) de reivindicar el prestigio de un pueblo y fundamentar sus títulos para ser considerado y seguir ejerciendo influencia espiritual en otros, que durante muchos años lo tuvieron casi en entredicho. Así, no pienso que sean indiferentes ni aun los pequeños errores, como, v. gr., el suponer que D. Rafael M. de Labra (un republicano impenitente) fué Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes — Ministerio de creación reciente y monárquica—o que presidió la Unión Ibero-Americana. Mayor gravedad, naturalmente, hay en colocar al frente del hispanoamericanismo a políticos que muy tardíamente, a remolque y casi siempre solo con palabras, han entrado en el, o a neófitos de última hora que nada han hecho todavía (incluso por falta material de tiempo) por la nueva fe.

Y ante todo, establezcamos una distinción que apunto más arriba. Nuestro americanismo—entendiendo por tal nuestra doctrina y nuestra política en cuanto a las relaciones con los países americanos,—se compone de dos corrientes, que en ciertos sectores de nuestra opinión pública aparecen como contradictorias: la corriente hispanoamericana y la norteamericana, es decir, la referente a las relaciones con los países de origen y habla españoles, y la que considera especialmente la relación con los Estados Unidos.

Por muchas razones que sería ocioso precisar, pues que todo el mundo las conoce, es la primera la más antigua, arraigada e importante. De ella me ocuparé en primer término, dejando para luego la segunda, que es recientísima.

Pero con ser mucho más antiguo el hispanoame-

ricanismo, puede afirmarse que solo en estos últimos años ha logrado convertirse en un movimiento que (aparentemente, a lo menos) sacude a la mayoría de nuestros sectores sociales.

En 1909 era todavía patrimonio de poquísimas personas, y la opinión general lo calificaba de chifladura, romanticismo y cursilería sin finalidad práctica. No hace mucho, aún oia yo en pleno Senado (pero en voz baja, es cierto) esos calificativos, dichos por un senador que tal vez ahora figure en juntas o comisiones americanistas.

El verbo definidor y propagandista del hispanoamericanismo, el precursor y en parte el creador del movimiento moderno en ese sentido, fué D. Rafael María de Labra, quien en la prensa, en el libro, en la tribuna parlamentaria, durante muchos años y casi solo (enteramente solo, por lo general) peleó por la aproximación de España a las Repúblicas hispanoamericanas, a la vez que luchaba por la resolución autonómica de nuestro problema antillano.

En 1892, con motivo del Congreso pedagógico hispano-portugués-americano que se celebró en Madrid, Labra expuso solemnemente, ante representantes de las Repúblicas hermanas, su programa de hispanoamericanismo, que nadie hasta entonces había formulado tan plenamente. Todavía se advierten en él muchas lagunas. La plenitud de la doctrina aún no se había formado, pero lo substancial de ella quedaba definido.

En 1895, una «Revista de Historia y Literatura españolas, portuguesas e hispanoamericanas», abría nuevo camino a las relaciones entre la nación peninsular y sus hermanas del Nuevo Mundo en la esfera de las actividades intelectuales, y unía por primera vez firmas de españoles e hispano-

americanos en una obra común de crítica histórica y literaria.

En 1900, otro Congreso, esta vez puramente Hispanoamericano, puso a muchos elementos de nuestra sociedad frente a un problema a que hasta entonces habían sido ajenos, y despertó en no pocos el interés hacia la doctrina que Labra venía substentando. Señalaré, entre las colaboraciones concretas a esa doctrina, las nueve «Proposiciones» presentadas al Congreso por varios profesores de la Universidad de Oviedo y que se refieren a relaciones docentes, literarias, económicas y sociales con los países hispanoamericanos. Esas «Proposiciones» (únicas formuladas por una Universidad española) fueron precedidas por una comunicación-circular a los centros docentes de América y otra a las colonias españolas de los Estados hispanoamericanos, ambos documentos con fecha de Julio de aquel año de 1900.

Pero, no obstante la positiva labor realizada por el Congreso Hispanoamericano; no obstante la resonancia que tuvieron sus deliberaciones y la intervención en ellas de políticos de gran significación, no derivó de él ningún resultado práctico. Los Gobiernos no se ocuparon de cumplir ni uno solo de los acuerdos; y el hispanoamericanismo siguió siendo en España patrimonio de unos pocos «chiflados solitarios», a cuyo frente continuaba, por propio derecho de precursor y propagandista, el Sr. Labra.

Corporativamente, la doctrina hispanoamericanista no tenía más expresión que la de la sociedad «Unión Iberoamericana», establecida en Madrid muchos años antes (en 1885, si no recuerdo mal), pero que no obstante su larga campaña de conferencias, la publicación de su revista, el prestigio

de su presidente D. Faustino Rodríguez San Pedro (antiguo político antillano de los incondicionales) y la actividad entusiasta de su secretario, Pando, permanecía arrinconada, sin eço en la opinión pública, que era impermeable en materia de iberoamericanismo.

En 1902, el interés económico de algunos catalanes clarividentes hizo surgir una nueva corriente, que parecía llamada a fortísimo desarrollo. Fueron sus precursores los señores Rahola (D. Federico), Zulueta (D. José), y el Sr. Puigdollers Macía, a quien Rahola atribuye la iniciativa del viaje realizado. Comprendió éste una buena parte de los países sudamericanos. Las impresiones recibidas por los viajeros fueron relatadas por Rahola en un libro que tituló «Sangre nueva» (Barcelona, 1905).

Pero nada de esto conseguía conmover más que la superficie de la opinión, en momentos que desaparecían pronto, o alimentar el entusiasmo fervoroso de la pequeñísima minoría de españoles que creía cosa vital para nosotros el hispanoamericanismo.

El otoño de 1908 iba a señalar un momento crítico en esta cuestión, como veremos en el siguiente artículo.

II

El momento crítico a que me referí en los renglones precedentes, fué motivado por la celebración del III Centenario de la Universidad de Oviedo.

Por primera vez se juntaron entonces, en el hogar de una Universidad española, profesores delegados de muchas de las que en Europa y

en América cultivan la llamada enseñanza superior. Entre ellos vino un catedrático de la de Habana, D. Miguel Dihigo, a quien particularmente festejó la numerosa colonia de emigrantes españoles vueltos a la madre patria después de haber pasado largos años en la isla de Cuba.

Es esta colonia—así como todas las procedentes de países hispanoamericanos — medio social singularmente propicio a comprender y a que en él arraiguen las propagandas americanistas que, por eso, tienen en Asturias (como en Galicia) un campo de difusión infinitamente superior al que ofrecen el resto de las provincias españolas.

Eso lo sabía muy bien quien entonces regentaba la Universidad de Oviedo a título de Rector de ella, el catedrático D. Fermín Canella y Secades, iniciador y alma del Centenario referido.

El Sr. Canella era, y es, un fervoroso americanista; y como a esta cualidad une la de ser universitario amantísimo de la Casa docente en que durante tantos años ha ejercido su profesión, quiso aprovechar el momento que ofrecía la presencia en Asturias del Sr. Dihigo, y en un banquete que a éste dieron los «americanos» de Avilés y las villas próximas, lanzó la promesa de que un catedrático de la Universidad de Oviedo iniciaría en breve el intercambio profesoral devolviendo a la de Habana la visita que en aquel momento festejábamos. Tal fué la primera chispa de un acontecimiento que iba a producir el papel de avivador eficacísimo del movimiento americanista.

El efecto que en toda Asturias primero, en Madrid y otros puntos de España, después y bien pronto en América, produjo la promesa del Rector de Oviedo, la he historiado en dos libros míos

anteriores (1) y no he de repetir la relación documentada que entonces hice.

Allí consta también cómo el propósito primitivo se convirtió, rápidamente, en el de una visita general a las Universidades de todos los países hispanoamericanos, y cómo hubo de combinarse con el concurrente llamamiento con que me honró la de la Plata para que en ella explicase un curso de *Metodología de la Historia*.

De lo que fué y de lo que produjo espiritualmente en América mi viaje y mi actuación docente en Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Méjico y Cuba, no me corresponde a mí hablar. Lo único que aquí importa decir es que mientras la Universidad de Oviedo realizaba en América el feliz pensamiento de su Rector, trocando por primera vez en hechos una parte principal del programa americanista que unos pocos habían ido elaborando y predicando en España, aquí se producía el natural acrecentamiento del interés por aquella doctrina, acrecentamiento a que contribuyó notablemente la prensa diaria.

Pueden, pues, considerarse como consecuencias felices de la iniciativa ovetense, la creación de varias nuevas sociedades americanistas: la «Casa de América», de Barcelona; el «Centro de Cultura Hispanoamericana», de Madrid, y otras de Andalucía y de Valencia (ésta, con vida muy efímera) que allegaron al fomento y buena dirección de las relaciones con los países hispanoamericanos, elementos que hasta entonces no se habían preocupado hondamente por aquellas y otros que, dispersos, no habían podido realizar una labor eficaz.

(1) *España en América:* Prólogo y Apéndices I, II y III; *Mi viaje a América,* cap. I.

Alguna de esas sociedades especializaron sus trabajos en un sentido económico, muy interesante, completando la actividad docente desarrollada por la Universidad de Oviedo. Tales fueron, en primer término, la «Casa de América» ya citada y la delegación o Centro correspondiente de la «Unión Iberoamericana» de Madrid que en Bilbao sostenía y vivificaba el entusiasmo y la especial competencia en asuntos mercantiles de D. Julio de Lazúrtegui.

Esto aparte, cabe afirmar, como un hecho histórico fácilmente comprobable, que el periodo de Septiembre de 1908 a Marzo de 1910 (término del viaje de la Universidad de Oviedo) fué singularmente propicio para la acción americanista, avivando los entusiasmos anteriores, encendiendo otros nuevos y dando a esta cuestión, antes refugiada en el cultivo de unos pocos especialistas, la cualidad de una cuestión de interés nacional, en que ya se fijaba la masa de nuestro pueblo.

III

A partir de los momentos historiados en el artículo anterior, la corriente americanista (en su aspecto hispano, que es el que ahora nos interesa en primer término) se ha extendido considerablemente.

Muchas personas y grupos sociales que hasta entonces habían estado alejados de aquella dirección, vinieron a ella; algunos partidos políticos comenzaron a manifestar su interés por las cuestiones hispanoamericanas; desde el banco azul, en plenas Cortes, algunos ministros y presidentes de gobierno lanzaron promesas valiosas; dejó de

ser el Senado el único cuerpo colegislador en que se trataba aquella materia, y nuevos nombres, entre los diputados, senadores, jefes de partido, profesores, académicos, etc., vinieron a unirse a la escasa falange de los primeros tiempos y los malos días. No se produjeron esas accesiones sin que en algunos casos les acompañasen las inevitables ingratitudes para quienes «trajeron las gallinas». A veces, los neófitos, o afectaban ignorar todo lo que antes de ellos (y con mayor trabajo) habían hecho otros en materia de americanismo, y se atribuían poco menos que la invención del programa, o tachaban el antiguo de retórico y romántico, con injusto desconocimiento de las soluciones prácticas y concretas que contenía. Pero esas son cosas de que la vida está llena en todos los órdenes. Los precursores siempre suelen ser desconocidos por quienes llegan a la hora del triunfo o del auge de una idea. Con distinguir de fechas y no olvidar la historia, queda todo el mundo en su puesto.

El efecto práctico que todo lo dicho anteriormente ha producido hasta hoy, en las esferas del gobierno sobre todo, queda historiado en mi libro sobre «España y el programa americanista». Después de la fecha de este libro, ha habido nuevas adhesiones al americanismo y nuevas manifestaciones, todas ellas importantes y plausibles, pero aun no puede decirse que hayan producido un fuerte resultado visible.

Esas expresiones de opinión están pasando actualmente por un periodo de efervescencia que si es signo de vida, es también prenda de ineficacia. Se caracteriza ese periodo por la creación de numerosas sociedades americanistas y la fundación de varios periódicos del mismo carácter.

Si las sociedades correspondiesen a diferentes ciudades españolas, demostrarían la difusión del americanismo en las distintas regiones y provincias de la Península; pero como casi todas ellas actúan en un mismo punto (Madrid), es indudable que no conseguirán más que dividir las fuerzas y restarse medios unas a otras. Puedo hablar de esto con toda independencia, porque ni he fundado ninguna, ni pertenezco a la dirección de las que otros crearon, aunque varias hayan tenido la atención (muy agradecida) de incluirme entre sus socios de honor.

Solo en Madrid existen, aparte la antigua Unión Ibero-Americana, el Centro de Cultura Hispanoamericana de que es presidente el Sr. Palomo; la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes, de reciente fundación; la Juventud Hispanoamericana, también novísima, y no sé si alguna otra sociedad de fines análogos, aparte un intentado Ateneo o Liceo Iberoamericano de fines sociales y de cultura, y el Ayuntamiento de Madrid, que también tiene actuaciones americanistas autónomas, en que, por cierto, suele prescindir de todos los que hasta hoy se han señalado en ese orden de estudios.

Las consecuencias de esta multiplicidad de organizaciones, puede fácilmente preverse. Si cada uno trabaja sin preocuparse de los otros, duplicarán o cuadruplicarán la labor sin resultado positivo; si compiten, se estorbarán mutuamente. En todo caso, dividen las fuerzas; y en cuanto al personal apto, como no es numeroso (y no lo es en ninguna especialidad), o tiene que repetirse en todas las sociedades, y entonces poco hará en cada una, o hay que improvisarlo, y entonces, hasta que esté en condiciones de trabajar eficazmente (porque ni

la competencia ni la autoridad se crean en 24 horas), pasará mucho tiempo en pura pérdida.

—

Ciertamente, en ningún empeño humano puede decirse que sobre gente y que no tengan todos su papel y trabajo que desempeñar. Aun sin otra cosa que entusiasmo y diligencia, se puede ser muy útil en cualquier labor, y bueno es que crezcan y se multipliquen los adeptos a una causa; pero de eso a creer que todos sirven igualmente, y que se puede graduar de americanista, pongo por caso, un individuo sólo porque lea o pronuncie unos discursos relativos al tema o escriba más o menos castizamente una soflama llena de bellezas retóricas y grandes y comunes verdades, hay un abismo en cuanto al provecho real que para el adelanto de la obra es necesario.

En términos generales puede decirse que existen muchos y substanciales problemas de americanismo que no se pueden aprender desde España y a través de papel impreso. Hace falta haber estado en América y haberlos visto como una realidad que tiene sus modalidades propias en cada región. Sólo así se puede ser perfecto americanista, dicho sea sin remilgos y con toda verdad; y por eso aventajan en comprensión de estos problemas, a los más avisados de aquí, aquellos de nuestros emigrantes que han vivido personalmente las realidades americanas y son capaces de apreciarlas.

Y si este aspecto de la dificultad (o sea el de tener aquí americanistas capacitados en número suficiente para proveer a las necesidades de muchos centros que se ocupen de las mismas cosas)

ya es un obstáculo para que todas logren el máximo apetecible de eficacia, cuánto más no lo ha de ser el efecto de disgregación que así se produce.

El ejemplo norteamericano es bien distinto y deberíamos tomarlo por guía. La condensación en un sólo núcleo de todos los elementos disponibles; la unidad de dirección; el allegamiento de todos los medios en un acervo común, crean obras tan poderosas y útiles como la Oficina de Unión Panamericana, de Wháshington. ¿Cómo ha de poder crear nada semejante ninguna de nuestras múltiples sociedades americanistas, más débil cada una cuanto más numerosas? ¿Y quién dudará que nuestra acción en América requiere la reunión en un solo haz de todos los elementos disponibles, si queremos hacer algo fuerte y de positivos resultados?

Y lo que digo de las sociedades, digo de las Revistas. También tenemos varias, con nombres variados e intención común. Cada una tiene su grupo de colaboradores exclusivos, y se dividen entre todas el escaso público que puede interesarse por tales materias. ¿No sería mejor juntarlas en una sola, que así aseguraría la vida para siempre, disminuiría los gastos y podría competir, v. gr., con el «Boletín» de la citada Unión?

—

He aquí, pues, cómo, habiéndose extendido nuestro americanismo, es hoy, en rigor, menos fuerte que antes. En el mismo orden político no creo que le dé ventajas la flamante «Unión parlamentaria Iberoamericana», demasiado extensa y heterogénea para ser eficaz. Con sólo que uno o dos jefes de partido se propusiesen hacer «efectivamente» política americanista y se asesorasen

de quienes en cada agrupación entienden de eso, adelantaríamos mucho más y en menos años. Pensar en que sin esa impulsión, partida de España (que es a quien corresponde como deber) y en actos de gobierno, sea posible ninguna inteligencia con los parlamentos americanos, es vivir de ilusiones. No han llegado aún los tiempos de esas inteligencias en condiciones de eficacia; y querer adelantarse a ellos es escribir frases en un papel sin más resultados que para la paz universal tuvo, v. gr., el famoso proyecto de Kant.

Vengamos a lo positivo. Es cierto que el interés por los problemas de América ha ganado terreno entre nosotros; cierto que hay ya un núcleo de verdaderos americanistas, no muy numeroso, pero importante y en que, salvo la pérdida de Labra, perduran los que vienen trabajando desde la primera hora; cierto que cada una de las sociedades que funcionan más o menos efectivamente en Madrid y provincias, ha realizado estudios y trabajos de valor y preparado proyectos de posible eficacia. Pero como lo que importa no es pensar y planear cosas, sino hacerlas, la acción pide ya unión de fuerzas, rompimiento de peñas y grupos, estimación sincera y sin esclusivismos de todos los factores aprovechables, sacrificio de ambiciones a «cabeza de ratón», para traer cada cual al acervo común su parte de obra. Cuando eso se produzca, estaremos en condiciones de aprovechar el momento presente, que es tan propicio. Sin eso, todo lo demás es poca cosa.

IV

Las manifestaciones de nuestro hispanoamericanismo no se limitan a las de las Sociedades y

periódicos de que he hablado en el artículo anterior. Otros elementos españoles han sentido interés por aquel problema en alguno de sus múltiples aspectos y han producido actos que tienen su valor, aunque convenga discernir bien cuál sea en cada uno de los casos.

Las iniciativas de Labra fueron siempre individuales. Labra no se ligó nunca a ninguna corporación o grupo, ni necesitaba de ellos, porque le sobraba personalidad; y, siendo él precursor y propagandista, más bien le seguían que necesitaba él de seguir a nadie. Algún otro de los americanistas activos ha continuado la misma senda, dispuesto a colaborar con todo el mundo, pero conservando las manos libres y sin afán de constituir grupito ni peña. Esas acciones personales, independientes, son útiles en todo caso y, a veces, insustituibles aun por la más intensa labor colectiva, mientras esta se ejerce al modo disperso que hasta ahora tiene en España.

Entre esas acciones personales debe citarse la de uno de nuestros economistas más distinguidos y de más meollo, el profesor D. José María de Olózaga, quien, dedicado preferentemente a los estudios de su vocación profesional, no solo se ha preocupado de conocer bien las necesidades de nuestras relaciones económicas con América, sino que ha estado allí, ha observado *de visu* esas necesidades y ha ensayado procedimientos de penetración del capital español en algunas naciones hispanoamericanas. Aunque hasta ahora la opinión no se ha percatado de esta labor del Sr. Olózaga, y los más de los llamados americanistas afectan hasta ignorar la existencia de aquel hombre, éste no deja de ser uno de los más enterados, sino el más (y no a título de aficionado superficial, sino como especia-

lista de cuerpo entero), de todo lo que se refiere al mundo de las relaciones mercantiles con América.

Las Universidades españolas no han sentido hasta ahora el americanismo, salvo la de Oviedo, en el periodo del Rectorado de D. Fermín Canella, como ya queda dicho. Las otras, no secundaron esa iniciativa.

La recogió en parte, y desde su limitado punto de vista, la Junta para ampliación de estudios, que por tener demasiados asuntos a que dirigir su actividad, no podrá ser nunca un buen órgano de americanismo, ni aun limitado al orden intelectual; aparte de que no parece sentirlo más que en el aspecto docente con relación a los Estados Unidos. En lo cual creo sinceramente que padece un error de bulto.

En 1910 se interesó, no obstante, en el estudio de algunas cuestiones de la América del Sur, y envió para ello al profesor D. Adolfo Posada, cuyo viaje por Uruguay, Argentina, Paraguay y Chile consta en varios libros escritos por el mismo viajero. La actuación de Posada, en parte igual a la mía (es decir, universitaria), se dirigió sobre todo en el sentido de los estudios sociales y jurídicos a que le inclinan su vocación y el pertenecer al Instituto de Reformas Sociales, cuya representación también llevaba.

Después de ésto, la Junta no ha realizado ninguna otra gestión americanista. No incluyo en ese género el envío (a petición de los mismos interesados) de algún que otro pensionado para estudiar en países americanos de habla española, porque han sido tan pocos que no han dejado casi rastro; y en esa materia o se envían a granel, o es trabajo perdido. Tampoco incluyo en el haber de la Junta su oficio de proveedora de profesores para la cátedra

creada por españoles de la Argentina y con dinero de estos exclusivamente de que anteriormente he hablado. Más bien he creído y sigo creyendo que es un error haber confiado a la Junta el monopolio de ese suministro.

—

Aparte algunos viajes de literatos, periodistas, dramaturgos, etc., que han obrado por cuenta propia, a veces con gran lucimiento, pero sin enlace entre sí, no se ha emprendido ninguna acción sistemática, ni de intercambio, ni de delegaciones a la manera de la de Oviedo. E insisto en afirmar que no es solo el intercambio con Norte América el que nos importa.

La gestión particular de algún español, a quien han acudido elementos oficiales y particulares de la América española, ha logrado, no obstante, el envío de algunos profesores y maestros primarios a Costa Rica, Colombia y otros países, constituyendo así núcleos de íntima relación espiritual entre ellos y España. La historia de estas aportaciones se hará en su día y creemos que ha de ser interesante.

Para terminar esta breve enumeración de las manifestaciones de nuestro americanismo, citaré las que se refieren a los estudios históricos. Constituye esta especie de americanismo científico un mundo aparte, que suele no mezclarse con el otro. Se puede ser un buen investigador de historia americana y no intervenir poco ni mucho en los problemas referentes a las relaciones actuales. Casi diría que en muchos casos se excluyen ambas dedicaciones, a menos que circunstancias especiales no las junten en un solo individuo.

En un artículo que ha publidado recientemente

«The Hispanic American Historical Review», relato algunas de las expresiones que actualmente tiene entre nosotros el americanismo histórico. En otros trabajos me he ocupado también de las que significan el Archivo de Indias y su Centro de Americanistas. No creo necesario repetir lo ya dicho.

Espero que de día en día aumente en España esa clase de eruditos y de investigadores a que en América corresponden, para citar solo gente viva, hombres como Bolton, Moses, Robertson, Priestley, Chapman, Lummis, Medina, García, Levene, etc. Tienen su esfera propia muy fecunda, sin necesidad de ocuparse también de la otra. Lo mismo digo de los cultivadores de nuestra historia literaria, que el moderno auge del castellano ha difundido, dando especial importancia a su misión, la cual sólo es americanista en cuanto es hispanista y sólo puede ser provechosa si a la parte erudita se une un sincero hispanismo que sepa apreciar toda nuestra historia (no exclusivamente la literaria) y no se preste a remachar la leyenda negra respecto de nuestro pasado o el pesimismo y el desprecio respecto de nuestro presente, como por desgracia hacen incluso algunos españoles en quienes el saber no consigue ocultar la mala yerba del antipatriotismo que, en el fondo, no es más que una manera de egoísmo que deprime lo de los demás para hacer resaltar mejor, como una excepción casi milagrosa, lo propio.

Como se ve, pues, por todo lo dicho en este y los artículos anteriores, es mucho lo que nos queda por hacer en punto a las actividades americanistas. Hagamos votos porque ese mucho sea en breve una realidad, mediante el esfuerzo concertado de todos los que verdaderamente merecen llamarse españoles.

V

En los artículos anteriores he hablado exclusivamente del movimiento hispanoamericano, pero aludí en ellos a esa otra dirección, tan interesante como aquella, que se refiere a las relaciones con los Estados Unidos.

Hay en esto dos cuestiones diferentes pero ligadas de un modo íntimo, tanto, que son inseparables: la cuestión de nuestro intercambio espiritual y económico con la gran República del Norte, y la cuestión de la inteligencia o contrariedad entre los intereses norteamericanos en el resto del Nuevo Mundo, y los que representa España, por sí y por la relación que le ligan con las naciones salidas de su tronco y continuadoras de su civilización en América.

Durante muchos años, ambas cuestiones han estado fuera del plano de nuestra política internacional e incluso de los programas privados de americanismo. La explicación es obvia. Había muchas razones para que en España la opinión pública mirase con recelo todo lo referente a los Estados Unidos. Diciendo las cosas con toda franqueza, que es como pueden ser útiles, nadie estimaba posible, ni decoroso (patrióticamente considerado), entenderse con aquel país, y si alguien estimaba lo contrario, no se atrevía a decirlo.

Pero los años no pasan en balde, y los intereses económicos son demasiado fuertes en la vida humana para no sobreponerse a todo lo demás. Así, la primera de las cuestiones apuntadas empezó a considerarse algunos años después de 1898 y a resolverse en sentido afirmativo, por lo que toca, ante todo, a las relaciones mercantiles. Más

tarde, la manifestación, por parte de valiosos elementos intelectuales norteamericanos, de sentimientos de simpatía respecto de nosotros; la intensificación del hispanismo literario e histórico en las Universidades de aquel país; la labor, nunca bastante aplaudida, de la «Hispanic Society», y otros factores análogos, probaron aquí, a una gran parte de la opinión, que era posible y deseable estrechar las relaciones intelectuales entre ambas naciones.

No recuerdo bien (cito de memoria), si fué el viaje de Cajal a los Estados Unidos, o la venida a España de profesores de Harvard y Columbia llamados por la Universidad de Oviedo a las fiestas del tercer centenario de su fundación (1908), el primer hecho ostensible y práctico con que se iniciaron esas relaciones. Poco después era yo invitado por la Asociación de Historiadores norteamericanos (The American Historical Association) para la celebración de su 25 aniversario en Diciembre de 1909, y tomé parte en las sesiones del convocado Congreso con varios trabajos, que tal vez eran los primeros con que un profesor español tomaba parte en una asamblea científica de aquel país. No recuerdo, por lo menos, de otros anteriores, salvo los de Cajal.

Desde entonces, las relaciones intelectuales entre los Estados Unidos y España, han ido aumentando cada día más. La historia de este movimiento y la razón de su creciente importancia, queda hecha en mi libro sobre «España y el programa americanista», en el de Romero Navarro y en mi prólogo al de Lummis (traducción castellana). La Junta para ampliación de estudios está recogiendo, en sus actuales gestiones, el fruto de todos esos precedentes, entre los cuales están el

viaje y las conferencias de Menéndez Pidal, la inauguración del Instituto Rice en Houston (en la que representé a España), el Congreso de Historia del Pacífico (San Francisco, 1915), al que fuí invitado y en el que tomé parte, y el empeño con que la «Hispanic Society» ha procurado la ida a los Estados Unidos, de conferenciantes y profesores españoles.

Por todo esto, y por lo que los problemas económicos que han planteado la guerra y la postguerra pusieron de relieve en cuanto a la mutua conveniencia de relaciones de ese género entre España y los Estados Unidos, considero resuelta la primera cuestión de que vengo ocupándome, es decir, en franco camino de rendir todos sus frutos posibles, ya que la opinión está ganada en ambas naciones.

La segunda cuestión no ha adelantado tanto. Hasta después de la intervención de los Estados Unidos en la guerra (y más bien podría decirse, hasta después de la victoria), puede afirmarse que ningún politico pensaba siquiera en la posibilidad de una inteligencia con la gran República para los asuntos de América; y en cuanto a nuestros americanistas, eran, en su inmensa mayoría, antiyankis, y aún lo son muchos de ellos. Los casos de Colombia, Santo Domingo, Méjico y Centro América contribuían y contribuyen a mantener los recelos en que se funda aquella actitud y a la que coadyuvan muchos hispanoamericanos, por razones muy fáciles de comprender.

En Enero de 1916, recién llegado de mi viaje a California y otras regiones de los Estados Unidos, me atreví a sostener públicamente una opinión contraria a esa que acabo de indicar como dominante. Expuse la mía en la conferencia pronuncia-

da en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, tratando de probar la posibilidad y la necesidad de marchar de acuerdo con los Estados Unidos en la política de América, y al mismo tiempo, poniendo los puntos sobre la ies en cuanto al imperialismo norteamericano y a la parte de opinión de aquel país en que tenemos que apoyarnos y con la que es posible una política de inteligencia.

Por de pronto, y salvo el comentario favorable de algunos periódicos (muy pocos), nadie hizo alto en mi doctrina. Los políticos permanecieron inconmovibles, probablemente por creer que eran fantasías poco prácticas. Wilson y la terminación de la guerra han venido a traer, a lo que yo estimo buena doctrina, muchos elementos que antes permanecían en aquella referida indiferencia. Aun así, creo que hay mucho que trabajar todavía para que se produzca entre nosotros una corriente intensa de ese americanismo que considero necesario. La fundación de revistas como la que con el título de «Los Estados Unidos» ha comenzado a publicarse en Barcelona, puede contribuir mucho a ese propósito.

Yo no me cansaré de predicar en su favor. Pero creo que es preciso el concurso de los políticos norteamericanos *con hechos,* no solo con declaraciones, y que cuanto más claro hablemos unos y otros respecto de todos los asuntos que integran esta cuestión, desvaneciendo recelos y señalando límites con toda sinceridad, más fácil haremos el acuerdo que a todos nos importa y en que todos tenemos cosas que salvar, afortunadamente (a juicio mío), compatibles entre sí, siempre que se las considere con espíritu de justicia y de libertad.

PARTE TERCERA

HISPANISMO Y ANTI-HISPANISMO

I

El Hispanismo en América

I

Al ocuparme en un libro anterior de las «posibilidades de España», señalé el valor que entre ellas tiene la extensión del estudio del castellano y su literatura, juntamente con el de la Historia de España, en casi todos los países cultos de Europa y en los de América cuyo idioma nacional no es aquél.

Este movimiento—cuyos móviles indiqué entonces y cuyo aprovechamiento en favor propio es cuenta nuestra, estudiada en capítulos precedentes—se sigue produciendo cada vez con mayor amplitud. Para las naciones que en él han entrado, representa una futura utilización económica que principalmente se dirige a los territorios americanos. Para nosotros trae, cuando menos, el beneficio de una ampliación extraordinaria del mercado de publicaciones españolas; e indirectamente, por la fuerza misma de las cosas superior a las intenciones de los hombres, la ventaja de que necesitando estudiarnos, a través de nuestros autores clásicos y modernos, de nuestros libros y de las indispensables noticias de nuestra situación actual,

se nos irá haciendo justicia y borrando muchas de las leyendas con que se ha ennegrecido nuestro pasado y nuestro presente.

Entre las nuevas expresiones de ese hispanismo, se hallan algunas que merecen recogerse aquí, no solo por su importancia individual, sino, también, por el valor que adquieren agrupadas. De ellas, son: el proyecto de convertir al castellano en materia obligatoria de la enseñanza primaria en las escuelas de Nueva York; la constitución en la Universidad de Edimburgo de una sociedad anglo-española o escoto-española, que organizará el estudio del español en aquel centro y las relaciones entre los estudiantes españoles y escoceses; los varios proyectos análogos que de Alemania nos anuncia el telégrafo, y la aparición de tres nuevas revistas dedicadas al estudio de la literatura, la historia y el estado actual de España.

Detallaré algo de lo que se refiere a las más importantes de estas manifestaciones hispánicas.

Con referencia a la primera, cuya importancia estriba en la densidad de la población neoyorquina y en el ejemplo que señala para otras ciudades de los Estados Unidos, ha hecho observar el profesor L. Wilkins, director de las escuelas de idiomas modernos en Nueva York, que constituye un grave error creer que el castellano sea una lengua fácil, respecto de la cual basta un ligero conocimiento, sino que, por el contrario, excede al inglés en riqueza de sinonismos, y en la propiedad, alcance y flexibilidad de la expresión, por todo lo cual exige un estudio profundo si se quiere dominarla a la perfección.

En Edimburgo, el Presidente (Rector) de aquella Universidad, ha dicho que «el español, desde el punto de vista académico y utilitario, no ha

sido hasta ahora objeto de la atención que merece, por parte nuestra; y sin embargo, de todas las lenguas europeas, el español es, después del inglés, la que más se habla en el mundo».

De las tres revistas que antes indiqué, dos han sido fundadas en los Estados Unidos.

La más antigua (el número preparatorio se publicó en Noviembre de 1917) se titula «Hispania» y ha sido creada por la Asociación Americana de Profesores de español (The American Association of Teachers of Spanish). La Asociación nació en Nueva York, en 1915, bajo la presidencia del doctor H. E. Bard, que ahora es Secretario de la Pan American Association. Meses antes, tuve ocasión de hablar acerca de este propósito, en San Francisco de California y en Palo Alto, con el profesor de la Universidad de Stanford, Aurelio M. Espinosa, uno de los más entusiastas de la agrupación, y conocía, pues, el propósito y los elementos preparados para darle realidad.

De esa realidad es muestra el citado número de «Hispania», en el cual hay varias cosas dignas de ser advertidas y puntualizadas. Es una, el contenido del mismo. Figura en él y en primer término, un artículo del propio Wilkins, antes mencionado, que historia los orígenes de la Asociación y expone los argumentos probatorios del interés que para los norteamericanos ofrece el estudio del castellano y su literatura. A los detractores sistemáticos de la España pasada y presente, les convendría mucho leer ese artículo y enterarse de lo que Mr. Wilkins dice saber de nuestra literatura clásica y moderna.

Rectificando un error que aún perdura en muchos, literatos y no literatos, Mr. Wilkins escribe: «La tradición dice que solo tiene valor la litera-

tura de la Europa Central y de Inglaterra. Nos han dominado los ideales literarios de Alemania, Inglaterra y Francia, y hemos descuidado los de España, probablemente porque solo muy escasos norteamericanos pueden leer el español tan bien como es preciso para apreciar la literatura que él ha inspirado». Al artículo de Mr. Wilkins, interesante para nosotros en muchos sentidos, sigue otro del profesor Fitz Gerald, acerca de «La oportunidad y la responsabilidad del maestro de español», y un tercero del profesor Espinosa, en que éste expone el plan y propósitos de la nueva revista.

Otra cosa que merece señalarse, es la gran participación que en «Hispania» van a tener profesores españoles de los más significados en el estudio de nuestra lingüística y de nuestra literatura. Secciones especiales de la revista van a ser encargadas a Ramón Menéndez Pidal; a Américo Castro, profesor de la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid; a Navarro Tomás, director del Laboratorio de Fonética experimental en nuestro Centro de Estudios Históricos; a Ramón Jaén, que actualmente presta sus servicios en la Universidad de California; a Felipe Morales, que actúa en la de Leland Stanford, y aparte todos estos, colaborarán en «Hispania» otros escritores españoles de reconocida autoridad. ¿Se quiere mayor testimonio de nuestra recepción en el círculo activo de la cultura moderna?

La otra revista, en cuya paternidad han querido reconocerme una parte sus fundadores efectivos, es la titulada «Hispanic American Historical Review». En efecto, yo hablé de la necesidad y utilidad de una revista semejante, con ocasión del Congreso de Historia del Pacífico a que fuí invitado en 1915, y mostré allí mi deseo de que la idea se

realizase. Ya está realizada. La Comisión redactora la forman hispanistas tan conocidos como los profesores Robertson, Chapman, Stevenson, Cox, Shepherd, Bolton y Manning. No hay que decir que en la nueva revista, como dedicada a la historia de los países hispanoamericanos, figurará la colaboración de muchos historiógrafos españoles.

La tercera revista se titula también «Hispania», como la antes referida, y es órgano del Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de París. El número primero de esta «Hispania» (Enero-Marzo de 1918) ofrece un sumario muy interesante. Entresaco de él: un artículo de presentación que ha escrito el Presidente del Instituto, Profesor E. Martinenche; un estudio sobre Blasco Ibáñez, de Tailhade; otro sobre Gabriel Miró, de Moreno; un relato de su visita al frente, escrito por el Arzobispo de Tarragona, señor López Peláez; una nota sobre Ramón y Cajal, del doctor Mathé; traducciones de Blasco Ibáñez, Rubén Darío, Miró y un artículo de Unamuno. Como verá el lector, sigue España participando en la obra hispanista que otras naciones emprenden. Ya no se puede decir que dejamos a los extranjeros la parte de obra que respecto de nosotros mismos nos corresponde ejecutar; ni tampoco que, por desconocernos, se prescinde de nosotros incluso en lo que personalmente nos concierne.

La Historia corre para todos, se ha dicho. Es grato poder añadir a esa frase, que también la Justicia se va haciendo para todos. Confiemos en que, en la relativa a España, hasta los mismos españoles van a acabar por creer y por colaborar. Y esa será la suprema regeneración de nuestro pueblo.

II

Las dos almas americanas

No hace muchos meses comentaba yo, en «La Lectura», un interesante artículo del escritor colombiano Luis López de Mesa, titulado «El alma de América» (1). En substancia, ese artículo es una nueva demostración de que existe, cada día más difusa y clara, una corriente favorable a la distinción de los dos mundos espirituales en que se divide el continente americano, y a la afirmación de la personalidad que corresponde al que se caracteriza por el uso de idiomas ibéricos; en suma, a la creación del hispanoamericanismo sobre base real y viva de historia y de psicología.

La importancia fundamental de esa corriente estriba en su abolengo y en su proceso de formación, que aleja de ella toda sospecha de precipitación o de apasionamiento circunstancial.

Tienen sus raíces en los momentos mismos de la independencia sudamericana, y llega a nuestros días con un representante tan ilustre como Rodó. Todo su problema consiste en que no se detenga en expresiones individuales (por muy altas que sean éstas), y aisladas, sino en que se difunda y

(1) Artículo y comentario se han publicado en un folleto aparte que se titula *El alma de América*, Madrid, 1917.

haga colectiva, despertando la conciencia de la América hispana como un todo dispuesto a mantener su personalidad.

Por ésto, el mayor servicio que puede hacérsele—sobre todo cuando se habla al pueblo español—no está en fundamentar prolijamente esa doctrina y presentarla como si acabara de nacer (Mediterráneo que se descubre a los ignorantes), sino en reconstruir su historia, ligar sus antecedentes y manifestaciones y sumar apellidos e ideas para que resalte la fuerza que ya va adquiriendo.

Mientras esa historia se escribe—y su oportunidad política es evidente—, vayamos sumando modestamente las cifras que la actualidad nos procura para que los lectores españoles puedan ir formando opinión respecto de estas cosas que tanto debieran interesarle. Si nuestros políticos tuvieran lo que no tienen, ni hay esperanza próxima de que llegen a tener, una orientación segura y trascendental de nuestros problemas internacionales, ellos serían los mejor enterados de esos movimientos de ideas que el historiador registra como hechos; pero que los políticos deben aprovechar y fomentar como fuerzas de insuperable eficacia. Ya que esto no sea así, procuremos una vez más que la opinión pública se forme y que ella entere a sus directores presuntos de lo que estos debieran aprender espontáneamente.

La idea de López de Mesa acaba de tener una nueva expresión en el libro que un político mejicano, el Sr. Esquivel, ha publicado con el título de «Influencia de España y los Estados Unidos sobre Méjico». De él hablaré ahora especialmente a mis lectores.

Esquivel, como Wilde y como otros tantos hombres muy «modernos», pero no desorientados

por el afán generoso de las rectificaciones absolutas, cree que la Historia es algo substancial en los pueblos. «Las naciones—dice—no son como los hombres mismos, sino seres que se intensifican por sus recuerdos».

El «recuerdo» para los países hispanoamericanos, está en su origen común del tronco español, que les imprimió sello indeleble, y «si tienen amor a sus propias cosas—escribe Esquivel—y no quieren quedar desarraigados y sin base de cultura nacional, a merced del «snobismo» imitativo y destructor, deben conservar cariño y lealtad para su pasado, cultivar el orgullo de su origen hispánico y afianzarse sobre la roca de la historia común con un pueblo que en un tiempo difundió la ciencia por Europa, defendió la civilización occidental y pobló un hemisferio, para sobre esa roca construir el edificio de la nueva y propia cultura». A lo que de aquí debe resultar en orden a la inteligencia entre los diversos países que de nosotros proceden, le llama Esquivel, con buen acuerdo, «hispanoamericanismo» (no «latinoamericanismo»), para diferenciarlo del «angloamericanismo»; pues, como López de Mesa y tantos otros, cree que el simple nombre de «americanismo» es una anfibología errónea y peligrosa.

Y volviendo por los fueros de la verdad histórica, que, como es sabido, y es justo repetir siempre, debe muchas de sus presentes rectificaciones a la obra de investigadores norteamericanos, Esquivel reacciona contra el error con que ha sido juzgada durante mucho tiempo nuestra política colonial antigua, y dice: «nosotros, los hispanoamericanos, somos muy dados a echar la culpa de nuestros males a nuestras instituciones españolas y a admirar las angloamericanas, porque el éxito

siempre conquista la admiración; de ese modo, la exagerada admiración por la Constitución angloamericana, por un lado, y por el otro el desprecio de las instituciones y tradiciones españolas, se han combinado para hacernos abandonar un sistema de leyes basado sobre hechos propios, tal como lo requiere el método positivo moderno...»

Hubo, en efecto, en la República mejicana, antes de la revolución de 1910, una corriente hostil a lo español entre ciertos elementos intelectuales, quizá arrastrados por romanticismos indígenas nobles, pero peligrosos. A esa corriente pertenece, v. gr., el libro de Jenaro García, sobre el «Carácter de la conquista española». Cierto es que, al propio tiempo, se manifestaba con gran fuerza otra dirección contraria, de sentido hondamente hispanista y de la cual yo presencié, con emoción profunda, en 1909 y a comienzos de 1910, manifestaciones muy significativas; pero en parte de la opinión persistía, y quizá persiste, el error contra el que predica Esquivel.

No pierde, por esto, el escritor mejicano, la serenidad de juicio que estas cuestiones necesitan si se aspira, al plantearlas y examinarlas, a una aplicación útil para los pueblos, y la pasión nunca ha sido útil en este orden de cosas.

Esquivel afirma la diferencia entre los dos mundos—las dos almas—americanos; pero no deduce de ahí, necesariamente, la enemiga entre ambos. Como Mesa, también quiere que trabajen en buena concordia por el porvenir de América, y cree que está en el propio interés de los Estados Unidos que así sea. Los párrafos que a este punto principal dedica Esquivel, en las páginas 20, 22 y 26 de su libro, y que yo no reproduzco por falta de espacio, son dignos de leerse y meditarse.

Lo mismo pienso yo, y tal ha sido siempre mi punto de vista. Mi convicción hondísima es que las relaciones internacionales en general, y particularmente las americanas, deben basarse sobre el concurso de la obra original de cada pueblo y cada civilización con la de los otros pueblos y civilizaciones, completándose y auxiliándose mutuamente; y por eso, la defensa del espíritu de cada cual contra la absorción ajena, lejos de ser un acto de hostilidad es un acto de cooperación para que el bien supremo pueda realizarse. Ese sentido de cooperación humana y de colaboración de las distintas cualidades, necesita, «precisamente», que cada pueblo o grupo de pueblos afirme y salve lo propio, respete lo ajeno y tome de éste lo que a él le falta.

A ese campo de concordia llama Esquivel, al propio tiempo que vuelve por lo castizo y propio de su raza; y esa posición, tan halagadora para nosotros los españoles, es también la única práctica, contando, naturalmente, con la lealtad de ambas partes. En todo caso, es la que se debe intentar antes de precipitarse a disociaciones absolutas que, en algunos casos, levantan la sospecha de estar agitadas por maquinaciones de quienes carecen de todo título histórico para terciar en cuestiones americanas.

III

Nuevas pruebas

De buena fe y con sincero patriotismo hay españoles que consideran el problema americano, en cuanto se nos refiere y afecta, como un problema de manejos antihispánicos, que es preciso combatir. Sin negar la realidad de los hechos a que se alude, antes bien, afirmándolos en la parte de exactitud que tienen, yo he creído en todo momento que el problema aquél más depende de lo que nosotros hagamos que de lo que otros hagan en contra o en favor nuestro. Si España desplegase en América toda la actividad correspondiente a sus intereses espirituales y económicos, tendría menos que temer de la actividad que los otros despliegan. Si respondiésemos al innegable movimiento de hispanismo que cada día se acentúa en los países de idiomas ibéricos, no habríamos de inquietarnos porque en algunos de ellos hubiese un grupo, más o menos agresivo, de hispanófobos. El peligro de nuestra situación está en nuestra inercia.

Pero también he creído siempre que si un pueblo tiene sensibilidad política (tomando la palabra en su más elevado sentido) e instinto de conservación, dos cosas principalmente han de hacerlo

salir de su apatía: los avances del competidor y las muestras de buena disposición en los que pueden ser sus cooperadores. Por eso procuro, lo más frecuentemente que puedo, dar a la publicidad, subrayándolas y comentándolas, noticias que muestran una y otra cosa: cómo avanzan en la penetración de la América hispana o ibérica nuestros competidores y cómo va aumentando en aquélla el sentido y el deseo de fortalecer su raíz española. A esto segundo es interesante añadir el testimonio de las posibilidades que nos abre, en pleno país de competidores, el auge actual de los valores espirituales y económicos de España.

Siguiendo esa táctica, voy a dar hoy a mis lectores algunas de esas noticias, que recojo en la Prensa americana y en la correspondencia particular.

Conocidas son las recientes manifestaciones hispanistas hechas en el reciente Congreso de estudiantes colombianos, porque de ellas ha hablado la prensa de Madrid. Bueno será añadir que continúan recibiéndose, con motivo del anunciado Congreso de Juventudes hispanoamericanas, manifestaciones procedentes de los escolares de otros países (Federación de estudiantes del Perú, Corporación de estudiantes de la Plata, estudiantes de la Universiad de la Habana, etc.), que muestran con cuánto entusiasmo se acoge en todos esos sitios el proyecto de la futura asamblea, en que por primera vez han de juntarse los universitarios de todos los países que hablan el idíoma de Cervantes.

En Méjico, un brillante escritor, Jesús Urueta, ha escrito hace poco los interesantes y justicieros párrafos que estimo indispensable copiar íntegros:

«Siempre me ha parecido raro que tengamos una Embajada en los Estados Unidos y que no la

tengamos en España. No es posible desconocer la importancia capital de nuestras relaciones con los Estados Unidos; pero ¿acaso son menos importantes nuestras relaciones con España?

»Que Méjico no tenga Embajada en España, es cosa que jamás he comprendido. Pero así es. Y no debe ser así. El antiespañolismo que fué inculcado y fomentado en las generaciones anteriores a la nuestra por una enseñanza de falsedades históricas, no puede compararse en intensidad al antiamericanismo, que apenas va cediendo el campo a sentimientos menos apasionados y a ideas más justas. Si hemos sostenido, si sostendremos siempre que es obligación de los que piensan y de los que educan, tanto en Méjico como en los Estados Unidos, borrar hasta extinguirla la política del odio, porque sólo la política de la amistad puede salvarnos, ¿qué diremos tratándose de España?

»¡Qué lejos estamos de los tiempos—que ya nos parecen legendarios—en que el Nigromante escribía su libelo: «¡Mejicanos, desespañolicémonos!», y en que D. Ignacio Altamirano disparaba las flechas del carcaj de Cuauhtémoc sobre los espectros de los conquistadores! Altamirano y Ramírez eran indios, tenían quizá razón; por lo menos, tenían SU razón; nosotros no podemos ni debemos imitarlos, y nos causa, más que indignación, piedad, ver que alguno que otro caballero tigre ruja su odio a España. Recuerdo, lo recordamos muchos, que en la ciudad de Veracruz pronunció una virulenta requisitoria contra España el actual rector de la Universidad de Méjico, D. José Natividad Macías. ¡El rector de la Universidad de Méjico! ¡Hizo pedazos la Historia, mancilló el lenguaje!... Clío tuvo que cubrirse el rostro ante el taparrabo del salvaje.

»Lo que dijo el rector Macías no fué sino lo que

aprendió de niño. Eso mismo nos enseñaban a todos; pero algunos hemos seguido estudiando y, en consecuencia, hemos procurado civilizarnos. Y nos hemos españolizado, en contra de lo que quería el Nigromante. Ya en nuestras esferas se tiene más respeto a la verdad histórica, y muchos maestros saben que no se hace obra patriótica con la mentira. Mucho hay que enmendar todavía a este respecto, pero ya está expedito el camino y las nuevas generaciones serán más afortunadas que la nuestra...

»Tengamos el valor de decir la verdad: hemos sido ingratos con España. ¡Al fin, hijos mimados de España! Rectifiquemos nuestros juicios con el estudio de la Historia y acudamos a su literatura y a su arte para encontrar su alma verdadera, su espíritu esplendoroso, su corazón cordial. Entonces sentiremos el orgullo de ser españoles. Pero ¡qué pocos mejicanos conocen la historia y la literatura de España!»

Varias veces he aludido en mis artículos a la sólida y ecuánime corriente de rectificación de la historia colonial que se ha producido entre los profesores jóvenes de la Argentina. Todos los correos me traen nuevas muestras de ese movimiento científico y del deseo que los investigadores de allá tienen de trabajar de común acuerdo con los que aquí cultivan universitariamente los estudios americanistas. El telégrafo nos trae ahora la noticia de una última manifestación de ese género en las palabras con que el profesor Vedia Mitre patrocina el proyecto de establecer en Buenos Aires una cátedra de Historia de España, diciendo que el conocimiento de la Historia nacional argentina no puede alcanzarse sin el de sus fundamentos y orígenes en la de España. «La literatura española

es nuestra propia literatura y no la de los indígenas de América, y la Historia de España es la nuestra propia».

Recojo, finalmente, un párrafo (que brindo a los españoles pesimistas o escépticos) del discurso pronunciado por el profesor L. S. Rowe ante la Asociación Nacional de Profesores de Español en los Estados Unidos:

«Hoy se ha demostrado hasta la evidencia, y ya lo aceptan hasta los más devotos partidarios de las otras lenguas extranjeras, que el español como expresión de cultura es digno de colocarse en primera fila entre los idiomas más perfectos del mundo. Su literatura riquisima, que tuvo una espléndida floración en los siglos XVI y XVII, no es una memoria que se cultiva por placer de erudición, sino un glorioso laurel que siempre reverdece y que hoy se decora con las mismas lozanias que ostentó en los tiempos de Cervantes y Quevedo. Como disciplina intelectual, el aprendizaje del español es tan eficaz como el aprendizaje de cualquiera otra de las lenguas muertas o vivas; es decir, que ningún fin de disciplina mental que pueda obtenerse con la enseñanza de cualquier otra lengua, se deja de obtener con la enseñanza del idioma castellano».

¿Hacen falta más pruebas de que este es el momento de desarrollar activamente una política americanista? Pues las hay en número considerable y cada día se acrecen (1).

(1) Véanse otras muy recientes, que tocan al movimiento paniberoamericano, en mi conferencia sobre *El punto de vista americano en la Sociedad de las Naciones.*

IV

El fondo español en la vida americana

Recibo una amable carta del doctor José Antonio Amuchástegui, profesor suplente de la Universidad de La Plata y concejal del Ayuntamiento de Buenos Aires, y con ella un folleto, en que el doctor publica el discurso que pronunció en la última fiesta argentina de la Raza (1919) y una carta abierta, dirigida al Presidente de la República.

Esta carta y aquel discurso tienen por tema principal la demostración del fundamento en que se basa la propuesta, hecha por el propio doctor Amuchástegui, de crear una cátedra de Historia de España que sería explicada en dos cursos (cuarto y quinto) en los Colegios nacionales, es decir, en los establecimientos de segunda enseñanza. El razonamiento empleado—con abundancia de pormenores y de puntos de vista concretos—ratifica, sacándola de su habitual vaguedad, la afirmación, ya recibída entre nosotros y admitida por los investigadores americanos más ecuánimes, de que es imposible conocer bien la historia de los pueblos modernos hispanoamericanos sin estudiar lo fundamental de los precedentes españoles, coloniales y metropolíticos.

Si la doctrina que defiende el doctor Amuchás-

tegui fuese tan solo una doctrina hispanista cuya eficacia redundase únicamente en provecho de nuestro prestigio histórico y cuya raíz se hallase en una casi filial hispanofilia, tendría para nosotros, sin más, una importancia considerable; pero, a la vez, podría encerrar un elemento de debilitación para lo futuro, análogo al que, por otras razones, puede convertir en pasajero el auge actual del idioma, de la literatura y, en general, de las cosas españolas, en pueblos o en grupos de hombres escogidos que se sienten arrastrados hoy en ese sentido por conveniencias mercantiles, por intereses de colonización, por planes de alcance político o por un sincero movimiento sentimental hacia la nación tantas veces azotada por la calumnia histórica.

Felizmente para nosotros, mejor dicho para lo más alto y generoso que hay en nuestra causa americanista, muy por encima de los egoísmos económicos o de los apetitos territoriales de otros pueblos, la doctrina del doctor Amuchástegui, y la de muchos hispanoamericanos que piensan como él, tiene otra significación, que la liga a lo más profundo del nacionalismo de aquellos países. No se trata, en efecto, de una tendencia para «españolizar» la América de habla cervantina, o simplemente (repito el concepto) para reivindicar el prestigio de España, sino para reconocer más y mejor, en el fondo psicológico e histórico de aquellos pueblos, en lo que es genuinamente de cada uno, la raíz española, intensificándola precisamente para salvar la propia personalidad de influencias e interpretaciones extrañas que la desnaturalizarían y, en parte, han comenzado ya a desnaturalizarla.

Vista así la cuestión, desaparece todo fantasma

de conflicto entre la personalidad de cada pueblo americano y la llamada influencia española: el fantasma que ha hecho incurrir a unos pocos, poquísimos americanos, extracelosos de su independencia espiritual, en la posición agresiva al españolismo.

La de los argentinos como el doctor Amuchástegui, no es así. Penetrando hondamente en la formación espiritual de su pueblo, encuentra sin esfuerzo alguno el estrato fundamental de origen español, y comprende que, cuanto más se depure y fortifique esa base, más energías recibirá el alma nacional, más se afirmará en lo que constituye su propia idiosincrasia, y mejor podrá defender lo que Unamuno llamó, en este mismo orden de cosas, el «casticismo».

Semejante modo de entender la doctrina (que a mí me parece el único acertado y que es el defendido por mí en todas ocasiones), no sólo asegura la esencialidad y, por tanto, la continuidad del hispanismo en América, ligándolo substancialmente a la personalidad de los pueblos nacidos de nuestro tronco y al porvenir de su civilización, sino que coloca a España en una posición franca y noble que le permite seguir trabajando por la defensa de sus intereses espirituales (los que le son comunes con las jóvenes Repúblicas), sin que pueda detener su acción la sospecha de que surja el menor recelo en el alma de las naciones hermanas. Tan sólo la malicia de los enemigos, de los hombres de otras civilizaciones, pudiera deslizar la sugestión de esos recelos; pero la historia de lo que han sido en el pasado esas estratagemas de política internacional, tiene bien prevenidos a los pueblos para no ser nuevamente víctimas de ellas.

Y ahora, para avalorar mi interpretación con

las propias palabras del Dr. Amuchástegui, copio algunos párrafos de su discurso y de su carta al presidente Irigoyen:

«Sostengo, señores—dice casi al comienzo del discurso—, con la más profunda convicción, que sin saber historia de la madre patria no se puede saber historia argentina, y que jamás tendremos pleno dominio de nuestras instituciones si nos apartamos del origen y fuente de lo genuinamente nacional. En esto, como en muchas otras cosas, el extranjerismo ha sido un mal de grandes consecuencias en el país, al extremo de que alguna vez nos hemos visto precisados, en plena función pública, a negar el derecho de interpretar nuestras leyes e instituciones a quienes «no tienen el espíritu de la raza en sus venas» y en su corazón el profundo amor a la madre España... La vida de un pueblo es siempre renovación. La vida argentina es la misma vida española modificada. Los elementos esenciales permanecen inalterables, las matrices persisten invariables, y el embrión refleja inconscientemente la vieja contextura. Para conocer, pues, la vida nacional argentina, debemos estudiarla y verla en español... Las naciones americanas no podrán jamás brillar en lo futuro si nosotros, sus hijos, olvidamos el núcleo fundador... para buscar fundamentos y principios exóticos que no condicen con nuestra tradición histórica, ni reflejan siquiera la proverbial hidalguía, el conocido desinterés y la moral profundamente sana y elevada de la madre común».

Dirigiéndose al presidente, le dice: «Hace varios años que observo graves errores en la enseñanza de nuestra historia. Nuestros profesores, influídos por escritores extranjeros, explican nuestras leyes como de origen francés o inglés. Se ol-

vida o se ignora multitud de viejas prácticas y disposiciones españolas implantadas en América; se desconoce por muchos hasta las ordenanzas de Alfaro, y se ha llegado al extremo de despreciar y ridiculizar el sabio organismo hispanoamericano de la administración civil y comunal de España y sus colonias. Escritores franceses e ingleses, celosos de la grandeza de España, se han encargado de ocultar, o de dañar y desprestigiar, todo lo español, y hasta ha habido algún escritor nacional que los ha secundado».

El Dr. Amuchástegui cita numerosos precedentes y modelos españoles desconocidos y reformados. Entre ellos, tiene actualidad interesante el contenido en las siguientes líneas: «¿Acaso hemos sabido la implantación primera del salario mínimo, contada por el Dr. Anadón en el «Colón», como resuelta a iniciativa del célebre obispo Trejo y Sanabria, fundador de la Universidad de Córdoba, en el cabildo de Santiago del Estero? ¿Somos, acaso, muchos los que sabemos que en varias comunas de España, y aquí mismo en América, se aplicó hace siglos la jornada de ocho horas?» (1).

Basta con lo copiado. Termino preguntando como otras veces. ¿Qué hace España por recoger y ayudar, con la urgencia de los momentos solemnes que atravesamos, ese movimiento hispanista, nacido en la propia entraña americana? Lo que hacen algunos pocos españoles, sabido es; pero no basta. ¿Cuándo ayudarán de veras los Gobiernos?

(1) El propósito del Dr. Amuchástegui es ya un hecho.

V

América inglesa y América española

Las fiestas colombinas que se están celebrando en Huelva, y en la que es mantenedor de los Juegos florales Manuel Ugarte, traen nuevamente al terreno de la actualidad la conferencia dada por el mismo, no hace mucho, en nuestro Ateneo de Madrid. La relación entre ambos puntos es muy estrecha, puesto que la tesis de Ugarte en uno y otro caso viene a ser fundamentalmente la misma.

Mientras llega el momento de conocer con todo pormenor el discurso de Huelva, ocupémonos de su precedente, la conferencia de Madrid, a la cual no se ha concedido toda la importancia que merece.

Es defecto muy común entre nosotros (¿por pereza?) gastar en elogios personales al autor de un discurso o libro, el esfuerzo que deberíamos dedicar al análisis y discusión de sus ideas. Los críticos creen cumplido su deber con unas cuantas alabanzas (o censuras) a las condiciones intelectuales y al arte de exposición del criticado, y ahí queda todo casi siempre. Creo que en la mayor parte de los casos (me refiero a quienes hablan o escriben, no por exhibición personal, sino en consideración exclusiva a su pensamiento sobre la cuestión pro-

puesta) el conferenciante y el escritor estimarían mucho más un buen extracto de lo que realmente piensan y dicen y alguna discusión doctrinal substanciosa.

Hago a Ugarte la justicia de creer que es de esos. Y tiene razón. Que su conferencia merecía examen detenido, no sólo de los reporteros, sino también de los políticos (verdad es que éstos aún no han pasado de *jugar al americanismo,* por lo general), nos lo prueba el hecho de que para los norteamericanos no pasó inadvertida.

En los Estados Unidos hay mucha gente para quien es una verdad indiscutible que España constituye hoy, para cierta parte de la opinión y de los intereses europeos (más o menos de origen alemán o alemanizado), una *base de operaciones* en América contra la influencia yanqui, y que a eso ayuda aquella porción de nuestro americanismo que, con motivos, cuya realidad los mismos norteamericanos reconocen, también es antiyanqui. Para esa gente antes referida, la conferencia de Ugarte (quien presumo habrá ratificado su tesis en las fiestas de Huelva) es un episodio de esa campaña y una prueba de la intención que se nos atribuye de *reconquistar* la América del Sur, claro es que no por las armas, sino espiritualmente y, en lo que cabe, económicamente también; es decir, lo mismo que procuran lograr los Estados Unidos.

Por todo esto, conviene que nos fijemos en el problema, y con referencia a él, en la conferencia de Ugarte, quien, como saben bien mis lectores, no es un advenedizo en la materia y ha tenido la valentía de exponer sus ideas en la propia Columbia University de Nueva York. Ante todo, pues, veamos exactamente cómo piensa Ugarte.

Si en las cuestiones de orden internacional

(más que en otra alguna) todos los que hablan fuesen absolutamente francos y claros y procurasen enterarse con precisión de lo que dicen los demás, no hay duda que adelantaría grandemente la resolución de aquéllas. La guerra que acaba de terminar ha dado justísimo margen a quejas duras contra las solaperías, ocultaciones y misterios de la diplomacia a la antigua, causante de muchos conflictos sangrientos. En la cuestión de América tal vez hay del otro lado alguna solapería. Del nuestro hay, en cambio, falta de precisión, miedo a decir las cosas claras y a ver el problema en toda la gravedad que tiene, y también no poco desconocimiento de sus verdaderos términos.

Quiero creer que muchos de los que en España son antiyanquis saben bien lo que quieren (o no quieren) y el límite de su doctrina; pero dudo muchísimo que ocurra lo mismo con casi todos los que ahora predican una política de armonía o inteligencia con los Estados Unidos. No pasan éstos, por lo general, de fórmulas vagas, dentro de las cuales cabe todo: lo que nos conviene y lo que no nos podrá convenir nunca; lo que es compatible con nuestros intereses y con nuestro deber histórico (histórico, pero muy actual y del futuro) y lo que les es totalmente contrario. Y eso es precisamente lo que precisa definir de una vez para que lo sepan los españoles y los americanos del Norte y del Sur.

Como yo he hablado a este respecto con toda claridad, estoy en condiciones de pedir a los otros que hagan lo mismo.

Ugarte ha hablado claro, pero creo que no todos le han entendido la doctrina. Es él representante muy ilustre del más puro y radical hispanismo respecto de América. Muchos peninsulares hay que

sienten menos que él ese hispanismo y, por de contado, que lo comprenden menos.

Para Ugarte, si la historia humana se moviese conforme a la lógica, toda América sería española; quiere decir de tronco y colonización nuestra. Pero no lo es; y Ugarte, a fuer de sensato, no pide que se imponga lógica a los hombres, que son quienes hacen la Historia.

Parte, pues, del hecho de la división existente y dice, con clara percepción de un hecho que en vano pretenderíamos borrar o desconocer, que el problema de América (uno de los problemas fundamentales, bien entendido) es saber si el grupo anglosajón continuará su marcha hacia el Sur o si el grupo hispano podrá defender sus posiciones y con ellas la continuación espiritual de España (en lo más profundo, original y bueno de su psicología y de su civilización) en el Nuevo Mundo.

Para quienes no olviden que es doctrina casi mística de algunos imperialistas yanquis la de que está en las leyes históricas de su país el extenderse sobre territorios de origen hispano, la afirmación de Ugarte no parecerá discutible, ni aun por los mismos que piensan de aquel modo.

Ugarte sabe, como todos los modernos investigadores y americanistas (Labra ya lo dijo hace muchos años), que la revolución de nuestras colonias americanas no fué contra España sino contra los errores de nuestra política colonial, de una parte (Inglaterra los tuvo también y por eso se sublevaron las suyas); y de otra, fué natural consecuencia de las ideas de libertad propias de aquellos tiempos. Por eso, muchos de nuestros liberales ayudaron a los americanos. La posición de Pi en 1898 (que entonces pareció a casi todo el mundo

un fenómeno de originalidad) tenía muchos precedentes.

Pero la emancipación no podía dar en las colonias españolas el mismo resultado que en las inglesas. La continuidad geográfica que éstas gozaban; la facilidad de sus relaciones por tierra y por mar; la intensidad de su emigración blanca; la inexistencia en ellas de un contrarresto indígena que las nuestras tenían, no obstante nuestras cacareadas despoblaciones a sangre y fuego; la exigüidad de su territorio, comparado con la enormísima extensión del hispano... todo contribuía a que allí se formase un solo bloque y un cuerpo homogéneo, y que las colonias españolas se dividiesen en veinte Estados, muchos de ellos hostiles entre sí desde el primer momento. En esas condiciones, y con la inexperiencia política de los recién emancipados, no es maravilla que pronto se convirtiese en una verdad la profecía del conde de Aranda. Méjico y la fecha de 1848 fueron pronto una buena demostración.

Homogeneidad y fortaleza cada vez mayor, arriba, en el Norte. Separación y debilidad, en el Sur, desde Río Grande. Tal fué antes de que pasaran muchos años el espectáculo social y político de los dos factores que se dividían América. Ese espectáculo se ha ido acentuando y agravando día por día, no obstante la constitución de algunos Estados hispanoamericanos en que triunfa la homogeneidad, que han alcanzado una situación económica fuerte y que tienen ante sí un porvenir mucho más grande; porque estos casos son pocos relativamente y, en cambio, los demás elementos de inferioridad respecto de los Estados Unidos han continuado, a la vez que estos robustecían formidablemente todos sus órdenes de vida.

No es extraño, pues, que se hayan producido dos hechos señalados por Ugarte como fundamentales en el problema actual. De un lado, en los Estados Unidos nació, ha actuado enérgicamente desde sus Gobiernos y continúa teniendo partidarios, una opinión imperialista, es decir, absorbente de elementos ajenos, sean los que fueren, con tal de que sirvan para el propio engrandecimiento económico y político. De otro lado, hay que agregar la natural sugestión que por su grandeza y por todos los aspectos buenos (que son muchos) de su vida, ejercen los Estados Unidos sobre el resto de las naciones americanas.

El imperialismo norteamericano se ha ejercido y ejerce en dos formas: la clásica o de dominación política, más o menos disfrazada de intervención tutelar o de reivindicación en ciertos casos (Tejas, Nuevo Méjico, California, Panamá, Santo Domingo, Nicaragua, etc.), y la moderna o de influencia económica (colonización sin dominio por medio de empréstitos, tarifas, colocación de capitales, establecimiento de industrias, compra de tierras, Tratados, Convenios panamericanos, etc.) (1).

La primera tiene por fórmula, entre otras muchas que pudieran citarse, estas palabras del político Root, que Ugarte repitió:

Respuesta a los delegados de Puerto Rico: «Entre los hispanoamericanos y nosotros no puede haber nada común». Discurso del mismo en Agosto de 1912: «Es cuestión de tiempo el que Méjico, Centroamérica y las islas que nos faltan en el mar Caribe, queden bajo nuestra bandera».

En 1838 anticipó la misma doctrina Preston, al

(1) Para los que deseen informarse en conjunto, de este movimiento, será útil el reciente libro de John Holladay Latané, *The United States and Latin America*. (Nueva York, 1920).

decir: «La bandera estrellada flotará sobre toda la América española». La doctrina de Monroe, en una de sus interpretaciones utilizada por los imperialistas (de ello hablé en mi conferencia de Enero de 1916), es un protectorado que sirve para tales fines.

La segunda forma del imperialismo deja a salvo las expresiones externas de libertad y soberanía de los demás pueblos: Gobierno autónomo, vida política, salvo en lo que limitan los Tratados; representación internacional, bandera... Pero se infiltra en todo lo demás, y de ese modo indirecto, ata. La guerra última le ha servido grandemente para ello. La admiración sincera (y en gran parte justificada) de casi todos los hispanoamericanos, algunos de los cuales tienen incluso motivos de gratitud, ayuda a esta labor.

Y de ese modo se plantea el peligro contra el que se levanta Ugarte.

Tiene él razón en decir que no es enemigo de los Estados Unidos, ni desconocedor de las grandezas de civilización de aquel país. Nadie puede serlo sin que la pasión le ciegue. Lo que pide Ugarte no es que la América española (y con ella España) sea enemiga de los Estados Unidos, sino que estos no persistan en serlo de las Repúblicas hispanoamericanas, en cualquiera de las formas de imperialismo que pueden absorber la civilización de tronco español y, a la postre, la libertad esencial de los grupos que a él pertenecen.

Por creer que este peligro existe y que lo hacen evidente, de un lado, aquella opinión imperialista que ha sido tantas veces una realidad en el Gobierno norteamericano, y de otro, el contraste entre una nación (*una sola* nación, señores regionalistas) de 100 millones de habitantes al Norte, y

al Sur 80 millones de hispanos divididos en veinte naciones, es por lo que Ugarte (y con él tantos otros ya) realizan su campaña de alertas y de hispanismo, que para ellos substancialmente es de independencia.

Ugarte les dice a los norteamericanos: «Amigos, siempre; súbditos, jamás». En 1909 Rodolfo Reyes decía en su discurso de la Academia de Jurisprudencia mejicana: «Ya que la Geografía nos hizo vecinos, que la justicia nos haga hermanos».

Es decir, que en el fondo de la doctrina de oposición al imperialismo norteamericano, o al panamericanismo con hegemonía y tutela del Norte, hay un sincerísimo deseo de armonía, de convivencia cordial, y un reconocimiento de todas las excelencias del mundo anglosajón; pero a la vez un grave temor de que no piensen de igual modo los norteamericanos, o a lo menos una parte de la opinión política de aquel país, que ha dado ya muestras de proceder muy diferentemente y que no recata sus manifestaciones hostiles sobre la base de una superioridad cierta, pero cacareada como base de dirección y tutela.

Creo que en el fondo de la tesis de Ugarte está la creencia de que esa opinión imperialista es la dominante en los Estados Unidos, y que siendo invencible allí, el peligro es seguro; y pide una reacción vigorosa en las naciones hispanoamericanas y en España misma.

Y en eso está la diferencia entre Ugarte y yo; sólo en eso. No cabe desconocer, a mi juicio, que en los Estados Unidos (sobre todo ahora, desde hace algunos años) hay una opinión antiimperialista. Muchos de los mismos imperialistas (o que lo parecen) protestan de que se les atribuyan intenciones que nunca tuvieron. Aunque esas pro-

testas no fuesen sinceras, siempre nos quedaría una parte de opinión favorable al modo de entender nosotros las relaciones interamericanas.

Frente a ese hecho, ¿es lícito, ni aun conveniente, condenar a todo un país por los errores o las faltas de un sector de él, aunque sea numeroso? ¿No es más congruente con nuestra propia doctrina entenderse con los que allí piensan como nosotros y ayudar a que se propague y triunfe su opinión? Y mientras se decide ese pleito y se definen las actitudes, apreciando serenamente la situación actual, no olvidando los términos proporcionales en que se plantea el problema, según el propio Ugarte reconoce y expone, ¿no es lo racional y lo político proceder de acuerdo con el coloso del Norte en todo lo que no suscita problema de absorción y ofrece campo de acuerdo mutuo y de convivencia de intereses, en vez de colocarse de un modo total y absoluto en posición de enemistad y en negativa de inteligencia?

Yo creo que sí, y se me figura que Ugarte también, a pesar de todo. Lo que Ugarte necesitaría es garantías de parte de los norteamericanos. También las apetecemos nosotros, los que no podemos infundir sospecha en los Estados Unidos por nuestras campañas de mutua inteligencia. A la opinión norteamericana toca, pues, hablar. Que lo haga de un modo claro y terminante, y el equívoco, si existe, desaparecerá en el acto. Y no olvide que en política, y sobre todo en política internacional, no bastan palabras; hay que avalarlas con hechos. Quienes piensan que pueden no ser incompatibles las dos Américas, los están esperando.

VI

América española y América latina

En uno de los anteriores capítulos he mencionado el hecho de las nuevas publicaciones hispanistas que han salido a luz en los Estados Unidos. Es de advertir en ellas una circunstancia aparentemente sin valor, pero que, en realidad, lo tiene muy grande. Me refiero al título de ellas. Una se llama «Hispania»; otra, «The Hispanic American Historical Review».

Al historiar esta última, en su primer número, la razón de haber adoptado ese título y no el de «Latin American» que algunos patrocinaban, coincide en absoluto con «Hispania». Ambas toman por base de la resolución varios párrafos de la admirable carta que en marzo de 1916 publicó nuestro benemérito compatriota D. J. C. Cebrián, en «Las Novedades», de Nueva York.

Todo el mundo americanista conoce aquí al Sr. Cebrián. En nuestra Escuela de Arquitectura no se ha olvidado su generoso donativo, que no es la única muestra de su patriotismo español clarividente, a prueba de regionalismos.

El Sr. Cebrián, que, como es sabido, vive desde hace muchos años en San Francisco de California y es allí una persona de gran significación social,

protestaba en aquella carta contra el nuevo «apodo» de «América Latina» con que algunos quieren bautizar a los países de colonización española y portuguesa.

¿Y con qué razón?—pregunta el Sr. Cebrián—Con ninguna; porque América Latina significa un producto o derivado «latino», y «latino», hoy día, significa lo francés, italiano, español y portugués. Ahora bien; esos países (las Repúblicas hispanoamericanas) son hijos legítimos de España, sin intervención de Francia ni de Italia. España sola derramó su sangre, perdió sus hijos e hijas, gastó sus caudales e inteligencia, empleó sus métodos propios (y a menudo vituperados, sin razón sea dicho) para conquistar, civilizar y crear esos países. España sola los amamantó, los crió, lo guió maternalmente sin ayuda de Francia ni de Italia (más bien censurada por estas dos «latinas») y los protegió con otras naciones envidiosas. España sola las dotó con su idioma, sus leyes, sus usos y costumbres, vicios y virtudes. España trasplantó a esos países su civilización propia, completa, sin ayuda alguna...

Así vemos que después de ser «colonias españolas», todo el mundo ha continuado llamando a aquellos países por su propio apellido, que es: «español»; y hasta hace cinco años han sido conocidos como países «hispanoamericanos, Repúblicas hispanoamericanas, América española o hispana». «Spanish America» han dicho siempre los yanquis; y cuando un hispanoamericano de cualquier zona anda por los Estados Unidos, todo el mundo, doctos e indoctos, grandes o chicos, lo han llamado y llaman «Spanish». Jamás se les ocurre decir «he» o «she is Latín». Véanse los escritos e impresos de los Estados Unidos anteriores a 1910, y siempre

se hallarán los apelativos «Spanish», «Spanish American», «Spanish America», «The Spanish Republics», y lo mismo en Francia, antes de 1910, en todos los periódicos han impreso: «Les pays hispano-américains, les hispano-américains, l'Amérique espagnole».

Saliendo al paso de la objeción que surge de la existencia del Brasil, dice el Sr. Cebrián: «Pero hay que notar que ese país es también hispano, porque «Hispania» como «Iberia», comprendía Portugal y España, y nada más. De suerte que el apelativo hispanoamericano comprende todo lo que proviene de Portugal y de España. Y ahí va un ejemplo: los yanquis, que tienen fama de inteligentes, lógicos, justicieros, fundaron en Nueva York una Sociedad para el estudio de la Historia americana relacionada con España y Portugal, y escogieron por nombre «The Hispanic Society of America»; no eligieron el título de «Latín Society of America», porque hubiera sido un equívoco, una falsedad, un craso error, como lo es querer aplicar el apelativo «latino» a nuestras naciones hispánicas, hispanas o españolas que no descienden ni de Francia ni de Italia. El poderío de Francia en América nunca tuvo lugar en los países hispanos: se ejerció solamente en terrenos que hoy pertenecen a los Estados Unidos o al Canadá. Que se trate de introducir el apelativo «latino» en esas regiones».

Según ya hemos visto, el criterio del Sr. Cebrián ha triunfado, como no podía menos; y lo invocan, no publicaciones españolas, en las que cabría sospechar un exceso de patriotismo, sino publicaciones norteamericanas.

El ejemplo que nos dan es de los que no deben despreciarse. Ahora que se habla de la proxima

reunión en Sevilla de un Congreso americanista, bueno es que se tenga presente esa lección que desde allá nos envian, para que no se repita el triste espectáculo del Congreso celebrado, también en Sevilla, en 1914, y en que una Asamblea, en su casi totalidad de españoles e hispanoamericanos, acordó no pronunciarse en definitiva (quizá por mal entendidas consideraciones de cortesía internacional) sobre una proposición del Sr. Manjarrés, que pedía lo mismo que ahora han acordado quienes, con nuestros descendientes hispanos, se dividen el dominio del Nuevo Mundo.

Tengamos valentía en nuestro patriotismo y no lo gastemos todo en combatir el panamericanismo de una parte de la opinión de los Estados Unidos.

Hay más peligros que ese para nosotros en América.

VII

John Barrett y la Unión Panamericana

La dimisión de John Barrett es una actualidad de importancia en los Estados Unidos. También es importante para nosotros.

Barrett (muchos de nuestros lectores tienen ya de ello suficiente noticia) es el organizador y director general de la Oficina de la Uninón Panamericana. Esa oficina, instalada regiamente, con una biblioteca riquísima en libros y documentos relativos a la historia pasada y la vida actual de los pueblos americanos, es uno de los instrumentos más eficaces del panamericanismo del Norte y de la influencia de la gran República de origen inglés sobre las de origen portugués y español. Barrett le ha dedicado todos sus esfuerzos, toda su voluntad firme y constante de norteamericano, durante catorce años cumplidos. Cuando empezó en ella su obra de director general, la Unión Panamericana —según él mismo dice—no tenía casi propiedad alguna, y ahora posee un palacio y terrenos que representan un valor de dos millones de dólares. Hace catorce años, sus miembros no pasaban de veinte y ahora llegan a setenta y cinco. Las rentas de la Unión en aquella época eran de 36.000 pesos y actualmente ascienden a 200.000. Los paises de

Centro y Sudamérica eran difícilmente conocidos en los Estados Unidos, y hoy ocupan el primer lugar en esta materia. El comercio panamericano, hace catorce años, estaba valuado en menos de 500.000.000 de pesos, y ahora ha pasado el límite de 2.000.000.000, o sea un aumento de trescientos por ciento.

Barrett ha sido *The right man in the right place.*

Pero con todas sus grandes condiciones, Barrett no hubiera podido realizar su plan y conseguir la estrecha colaboración de las otras Repúblicas y dar un impulso formidable a los medios de propaganda (entre ellos la notable *Revista* de la Unión, con dos ediciones: inglesa y española), de no haberle asistido el apoyo de los Gobiernos de su país.

Allí, el Estado oficial, con clara conciencia de lo que le importa dirigir y dominar (si le es posible) la vida económica y política de toda América, no abandona a los patriotas entusiastas (aunque sabe cuán intensos son entre ellos el sentimiento de solidaridad y el espíritu de corporación) el cumplimiento de los más altos fines e intereses nacionales. Les ayuda, no solo con subvenciones, que a veces pueden ser dinero perdido, sino con su presencia misma, interviniendo en las organizaciones creadas y dándoles una garantía que, juntamente, ayuda a la cohesión e impide que se disgreguen en acciones paralelas, muy a menudo perturbadoras entre sí, las iniciativas sociales.

Así, en la Junta directiva de la Unión Panamericana figura el Secretario de Estado, a la vez que los embajadores y ministros de Centro y Sudamérica. En ese mismo departamento de Estado hay una Sección *latinoamericana,* cuyo jefe es nada menos que el doctor L. S. Rowe, bien conocido por sus campañas panamericanistas, sus viajes a los

países de habla española y sus conferencias en éstos.

Por ese apoyo oficial, cuyo valor supremo reside en advertir a las gentes que se trata de algo que importa en grado sumo al Estado, ha podido la Unión Panamericana lograr esos admirables resultados que el propio Barrett declara.

Un mismo espíritu, una unidad de política, una intención bien definida y coincidente, anima todos los actos. Barret ha sido el hombre de acción en cuya mano se condensaron muchos de los medios conducentes al fin perseguido, y que ha sabido hacerles rendir el máximo de eficacia.

Para nosotros es un ejemplo. Lo es en su acción personal, aunque estamos seguros de que España no carece de hombres así. Lo es también, y, sobre todo, por las condiciones ya referidas en que ha podido desarrollar esa acción, y que hasta ahora ningún Gobierno nuestro, con importarnos tanto lo que América nos importa, ha sido capaz de iniciar, ni aun de sentir.

La dimisión de Barrett (hija tan sólo de un legítimo deseo de mirar por su vida propia, después de haber dado tanto de ella a la patria) plantea en los Estados Unidos el problema de su sucesor. No puede sernos indiferente ese problema, ya que se trata de la participación de los hispanoamericanos en la suprema dirección de la Oficina.

Se habla de D. Francisco J. Yáñez que, durante muchos años, ha sido secretario del director; pero también se habla del Dr. Rowe, es decir, de otro norteamericano.

La elección debe importarnos, si es que sentimos algo no más, el lazo que nos une, con idealidad suprema y honda, a nuestros hermanos de América.

Pero aún más nos debe atraer la obra de Barrett y las condiciones que la han hecho posible. ¿No creen los políticos españoles que nosotros podíamos hacer algo semejante, en vez de la mortal disgregación de fuerzas americanistas en que vivimos, quizá, principalmente, por la indiferencia de los Poderes públicos y la ausencia en ellos de una política americana?

VIII

Inglaterra y nuestro americanismo

Con el gusto de siempre he leído un artículo de Madariaga (1) tan interesante como todos los suyos, acerca de la opinión que en Inglaterra se tiene del hispanoamericanismo.

Ha hecho muy bien Madariaga en proporcionarnos esos informes, singularmente los que se refieren a la actitud española, o por mejor decir, al modo como los ingleses ven y juzgan, en consecuencia, nuestra actitud.

La posición de aquellos políticos respecto de la América española nos era más conocida, no solo por la Prensa y los libros, sino también por gestiones y tanteos menos públicos, que quizá no expresan siempre la inclinación panamericana.

Pero lo más interesante es lo otro; porque, refiriéndose a hechos de nuestra vida nacional, entra en la esfera de lo remediable por nosotros mismos, mientras que sólo en una medida pobrísima nos sería dado modificar actitudes fundadas en las conveniencias propias de un país que tiene bien demostrada su inflexibilidad utilitaria en materias internacionales. Esto aparte de que, tal vez, la

(1) Se publicó en *El Fígaro* de Madrid, en Mayo de 1920.

acertada política internacional—como, abstractamente, la mejor regla de conducta en el trato de hombres—, consiste en aprovechar las conveniencias de los otros en cada momento, para lograr cooperaciones o disminuir resistencias.

Lo que Madariaga nos dice de la opinión inglesa respecto de nuestro americanismo, confirma una vez más nuestra queja de siempre.

El movimiento hispanista que se está produciendo en muchas naciones de ambos Mundos, es demasiado reciente para que haya podido corregir la supina ignorancia de las cosas españolas en que la mayoría de las gentes está. Salvo un grugo (cada vez mayor y más escuchado) de hispanistas profesionales, las masas extranjeras, entre las que figuran muchísimos hombres cultos, saben muy poco de España, y lo que es peor, repiten leyendas y juicios gratuitos que las condiciones en que de ordinario se suele ejercer la información periodística procedente de España, ayudan a perpetuar. Por lo común, en efecto (y me limito a consignar lo que ocurre, con la salvedad de que tal vez no pueda ser de otro modo), los corresponsales extranjeros tratan solo de nuestra política, no de otras manifestaciones de nuestra vida, y de aquélla toman lo que creen que pueda interesar a sus públicos o lo que conviene de momento a la política de su país o del grupo de opinión a que pertenecen. Información objetiva y amplia, se da muy rara vez. Y los lectores de cada país toman la parte de realidad que se les sirve, como la total realidad, o confunden una apreciación personal con un hecho cumplido.

El caso es que no se nos conoce bien, y que muchas veces no se aplican, para juzgar nuestros actos, los mismos criterios que se aplican para

juzgar los de otros países. He advertido esto, con frecuencia, a propósito de nuestra política interior. Mi experiencia personal es que en la mayoría de los países la política interior es lo peor de ellos, y que en todos, si se la fuese a juzgar por las censuras de los propios nacionales, sacaríamos de ella el más triste de los conceptos. La generalidad de ese hecho quita importancia a su valor respectivo en cada país. Hay muchos de estos en los que la política interior no es menos inorgánica que la que actualmente padecemos nosotros; muchos, en que el pueblo no es más, sino menos, soberano que lo es, a juicio de algunos, el español; muchos, en que se producen espectáculos bochornosos, iguales o parecidos a los que de vez en cuando ocurren ahora en España. Y, sin embargo, nadie cree incapacitados a esos países para una política internacional o para otras manifestaciones de vida pública. En general, siempre he creído que, salvo casos muy excepcionales, no hay que darle demasiado valor a lo que pasa en el Gobierno de cada país, mucho menos a lo que de él dicen y murmuran los propios políticos, como índice o exponente, según dicen los americanos, de la vida nacional. En otras cosas está la potencialidad de los pueblos y los motivos de que su acción pese en el mundo.

No niego que cuanto más perfeccionemos y dignifiquemos nuestra vida política interior, más autoridad tendremos en América; pero los ingleses se equivocan al dar a esto tan suprema importancia en la acción americanista, porque lo menos que podríamos decir nosotros es que en todas partes cuecen habas de esa calidad.

En lo que sí acierta, a mi juicio, la opinión inglesa, es en tachar de tímidos a nuestros gober-

nantes, y en acusarles como carentes de fe en los destinos de España. Esa carencia de fe es mayor que en ningún otro orden, en el referente al destino de España en América. No es otra la predicación que desde hace muchos años hemos emprendido algunos hombres optimistas o, para ser más exacto, conocedores de nuestras conveniencias y posibilidades en el Nuevo Mundo y de la condición crítica del momento presente. Hasta ahora, hemos conseguido muy poco, por no decir que nada; y ello procede, a mi juicio, quizá más que de desconocimiento del problema, de esa timidez que los ingleses acusan. ¿Qué duda cabe que siempre habrá de hacer España reservas en cuanto a la doctrina de Monroe, aunque no sea más que para tomar en consideración las que hacen algunas naciones hispanoamericanas? Y la cosa es tanto más fácil y exenta de peligro, cuanto que en la propia política norteamericana hay muchos que disienten de las modernas interpretaciones imperialistas dadas a la declaración del presidente Monroe, a quien, como a Quevedo, cada cual le cuelga los milagros que le convienen.

Pero en lo que están equivocados totalmente los ingleses es en creer que aquí, en España, nadie sabe nada de historia moderna de América; que esta disciplina no está cultivada entre nosotros, y que cuando queremos enterarnos de ella hemos de recurrir a libros escritos en inglés. La información que a este respecto nos da Madariaga es, tal vez, la más importante de todas, puesto que a ella podemos contestar con hechos muy concretos.

En primer lugar, no es exacto que en nuestras Universidades no se enseñe Historia de América. En todas se *puede* enseñar; está en el programa de

nuestros cursos de Historia de España (periodo colonial) y de Historia universal. Pero, además, en la de Madrid hay dos cátedras especializadas: una, de Historia general de América; otra (común a las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras), dedicada a las Instituciones políticas y civiles de América. Hace poco he tenido el honor de exponer, en una revista norteamericana, parte de los resultados de esas enseñanzas.

Al lado de ellas, y con destino a otro público, existe, en el Instituto Diplomático y Consular, una cátedra de Historia política contemporánea de América, en la que los futuros diplomáticos y cónsules estudian todos esos hechos que los ingleses estiman ser para nosotros como algo totalmente desconocido. Yo no sé si la mayoría de los políticos militantes conocerán la cuestión de Tacna y Arica. De algunos me consta que la conocen bien, y no por libros ingleses, puesto que en castellano los hay y ni aun necesitamos escribirlos en España; pero lo que sí puedo afirmar es que las promociones modernas del referido Instituto, y muchos alumnos de la Universidad de Madrid, han podido aprender lo que en la política sudamericana significa la cuestión entre Perú y Chile. El reciente y valioso libro de Carlos Badía, es una buena prueba de ello. Y si hubiese un Ministro de Instrucción Pública que recogiese la petición hecha en el Congreso de Bilbao por el delegado de Chile (en representación del Ministro de esa República en Madrid) acerca de la enseñanza especial de Historia de América en los Institutos, al modo y dentro de los límites que consiente la segunda enseñanza, casi no cabría pedir más a la cooperación del Estado, aparte la ampliación de aquella medida a todas las Universidades, más como especialización de

una parte del programa, que como creación de cátedra nueva.

Yo sé que en Inglaterra hay una corriente hispanista de buena fe, pronta a escuchar rectificaciones como la que precede y gozosa de que las hagamos, porque lo que desea es enterarse bien de lo nuestro y enterar a la opinión de su país. A esos hispanistas se dirigen las anteriores líneas que no cerraré sin dar a Madariaga las gracias más sinceras por el buen servicio que nos ha prestado transmitiéndonos, con su pluma patriótica y su cultura elevada, un estado de opinión inglesa que a todos nos importa conocer y criticar.

FIN

ÍNDICE

Página